

VOZ de ACERO

VEGA
FOUNTAIN



Voz de acero

Vega Fountain



VOZ DE ACERO

Vega Fountain

A veces, lo único que te permite desprenderte del estrés del día a día es una buena sesión de sexo, y si es con un desconocido... —o dos—, mucho mejor. Lo malo es cuando acaba convirtiéndose en algo más.

ACERCA DE LA OBRA

Patricia es una mujer segura de sí misma que disfruta del sexo sin complicaciones. Lo ha decidido así tras quedarse viuda, no quiere complicaciones ni relaciones sentimentales, solo evadirse de su realidad practicando sexo con hombres o mujeres en un club de intercambio de parejas. Tiene una regla que cumple siempre: nunca repite con el mismo hombre. No quiere malos entendidos ni falsas esperanzas. No quiere enamorarse ni siente esa necesidad.

En uno de sus encuentros se topa por casualidad con un hombre de profunda voz que le hará tambalear todo su universo. Mikel, un empresario vasco que con sus juegos ardientes hará que Patricia recupere sensaciones olvidadas. Sus encuentros son morbosos y sensuales. Todo lo que él la pide ella lo acata sin problema.

Patricia rompe sus barreras para comenzar una nueva historia personal, sin embargo, todos guardan secretos, secretos que antes o después harán tambalear una historia recién comenzada. ¿Podrán sobrevivir a todas las adversidades y continuar juntos?

ACERCA DE LA AUTORA

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación, nunca hasta ahora había escrito una novela. Empezó a hacerlo como terapia y poco a poco ha ideado personajes e historias que le gustaría encontrar en los libros que lee compulsivamente.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Epílogo

Créditos

—¡Adiós, mamá!

—Adiós, cariño que pases un buen fin de semana. No hagas enfadar a los abuelos —sugirió a Alberto por ser el mayor, y por todo lo que eso conllevaba.

—Ya lo sé, no me lo vuelvas a repetir —le contestó el chiquillo.

—Adiós, mami —dijo Alba.

—Adiós, cielo, pásalo bien —repuso, dándole un beso a su hija menor mientras le colocaba la camiseta.

—Y tú también, mami —le deseó Alba.

Claro que lo haría o por lo menos lo intentaría. Esa misma noche saldría de caza. Había sido una semana muy dura, necesitaba quitarse todo el estrés de encima y la mejor forma que conocía era mediante el sexo. Eran muchas las veces que había pensado en hacerlo de forma «normal», ir a un bar convencional, pero no le apetecía nada entablar conversación con alguien para luego llegar al mismo punto. Así que, como venía siendo habitual, decidió ir donde siempre, al club de intercambio de parejas donde tantas veces había estado con su marido. Cuando él falleció pensó en dejar de pagar la cuota y desvincularse del lugar en el que tanto había disfrutado con la persona que amaba, pero después de un tiempo decidió que, ¿por qué? Nunca sería lo mismo, eso estaba claro, pero allí podía desinhibirse de todo, olvidarse durante algunas horas de todo lo que la rodeaba y simplemente evadirse y disfrutar. No se había sentido culpable por disfrutar, era una cosa que tenía bien clara, ahora y antes, con su marido, pero mucho más ahora que él no estaba. No porque no disfrutara antes, ahora simplemente era distinto, no tenía esa complicidad y confianza que había tenido con él con nadie más. A veces, algunas situaciones le recordaban a momentos vividos con Alberto, pero los borraba lo más rápido posible de su mente y vivía el momento. Él lo hubiera querido así. Durante una temporada también pensó en hacer lo que hace todo el mundo, ir a un bar, buscar a alguien, entablar conversación y si la cosa cuadraba y se daba bien pues, darse un revolcón con algún hombre. Esta última opción la había desechado hacía tiempo, aunque a veces se lo volvía a plantear. Lo que no quería era implicaciones, ni supuestas confianzas, por eso la mejor opción era ir al «(S)experience».

Era una mujer adulta, desinhibida, sin tiempo que perder en dar explicaciones ni que se las dieran. Eso no entraba en sus planes, el amor se había acabado, ya lo había tenido una vez, no necesitaba más, le duró poco, sí, pero cada momento vivido con Alberto había sido emocionante y muy apasionado. Hacía dos años que él se había ido, un terrible accidente se lo arrebató. Durante mucho tiempo estuvo enfadada con él, por abandonarla con los niños, no podía explicarse por qué un hombre tan joven, tan lleno de vida podía morir dejando una familia y un montón de proyectos personales y profesionales sin terminar, pero ya no. Ya lo había perdonado. Aunque no llegaba a entenderlo del todo, se había dado cuenta de que él era el que más había perdido y que, en realidad, ninguno de los implicados tenía culpa de nada. Así lo había decidido, vivir la vida que

le había tocado de la mejor manera posible. Sus hijos eran lo mejor de su vida. Por ellos daría lo que fuera, todo giraba en torno a esos dos pequeños a los que adoraba. Alberto era el mayor, tenía casi siete años, era un niño muy risueño y algo tímido cuando no tenía confianza, físicamente se parecía mucho a ella, era moreno con el pelo algo rizado y los ojos marrones, en cambio Alba era igual físicamente a su padre, era más rubia, con rizos más marcados que se ensortijaban unos con otros, tenía carita de muñeca, a sus cinco años era muy extrovertida y alegre.

Dedicaba todo su tiempo libre a ellos, se volcaba en su educación y también en su tiempo de ocio, hacía cosas con sus hijos, manualidades, juegos, iba a la piscina, leían cuentos juntos, los ayudaba en sus deberes, todas las cosas que hacen los padres con sus hijos, con la única diferencia de que estaba ella sola, no tenía el apoyo y la ayuda de un papá que la aliviara un poco de su carga, pero no le importaba, era feliz así. Contaba con una familia política que la quería y la apoyaba en lo que ella necesitara, eran su única familia.

Adoraba su trabajo aunque casi siempre era demasiado absorbente, por ello cada quince días se dedicaba un tiempo a ella y esa era una de esas noches; iba a salir de caza, sus hijos se iban a pasar el fin de semana con los abuelos paternos y hasta el domingo por la tarde no volvería a verlos. Así se decidió cuando murió Alberto y así seguía siendo. Les servía a todos de válvula de escape, a ella la primera, así podía disfrutar de sus escapadas. Nunca había surgido el llevar a un hombre a casa, cosa que no quería por nada del mundo, y en el caso de que ocurriera no estarían los pequeños allí, no tenía fuerzas para dar explicaciones sobre todo a sus hijos. Alberto y Alba disfrutaban de lo lindo con sus abuelos y primos, y los abuelos encantados de la vida por poder disfrutar de alguna manera de un trocito de su hijo.

Se había vestido de forma provocativa, pero no ordinaria. Llevaba un vestido negro recto y sencillo de tirante ancho y escote cuadrado que insinuaba sus pechos, su ropa interior era también negra y lo acompañaba todo de unos zapatos negros de tacón, adoraba esos zapatos. Era alta aunque no delgada, tenía formas y su pecho era prominente, su cabello moreno y rizado a media altura la daba a veces un aspecto de devoradora de hombres, pero nada más lejos de la realidad. Su forma de caminar, segura de sí misma la hacía sentirse orgullosa con su cuerpo. No llevaba nada de maquillaje, pero eso era por simple practicidad, en las sesiones de sexo el maquillaje solía estropearse y después o se volvía a retocar o tenía que desmaquillarse, todo eso unido a que a diario tenía que ir muy arreglada a trabajar hacía que desestimara la idea de hacerlo en sus salidas nocturnas, solamente se echaba perfume.

Llegó al (S)experience, un local de intercambio de parejas, situado a las afueras de la ciudad, estaba localizado en una finca aislada y escondida de miradas indiscretas. Era una gran casa que fue en su día un chalet de lujo de una familia acomodada, que después se adecuó a las necesidades de los socios. Se llevó a cabo una reforma muy grande para poder dotar al lugar de todo lo necesario para disfrutar del sexo, el morbo y la lujuria. En la parte baja había una zona común muy amplia donde se podía charlar y tomar una copa en un ambiente distendido, contaba con sillones y butacones amplios repartidos por toda la estancia además de varias barras donde los camareros servían cualquier bebida que se solicitara con profesionalidad y discreción. La decoración era muy provocativa, sobre todo porque había imágenes religiosas y esculturas que representan angelotes y alguna virgen, el contraste entre esas imágenes y lo que allí se vivía era cuanto menos chocante. Los tonos de las paredes eran ocres, vainilla y beige y algún detalle en dorado, sobre todo en las lámparas de araña que combinaban el dorado con el cristal. En la parte superior a la que se accedía por unas escaleras de mármol color rosa y una barandilla de madera policromada en tonos dorados, se hallaban las habitaciones, todas con amplios baños y una cama

redonda, además de alguna butaca. La zona de *jacuzzi* tenía dos bañeras separadas por un pequeño murete. A parte de las habitaciones normales, había habitaciones temáticas, como la de los espejos, la negra y otras con todo lo necesario para quién quisiera practicar sexo más fuerte, sado o cosas así. Contaban, por tanto, con una habitación con un potro, distintos tipos de cuerdas y correas, además de fustas y látigos. Todos los socios sabían lo que allí había, nadie se escandalizaba, era un club como otro cualquiera en el que sus socios pagaban una cuota anual elevada que les permitía disfrutar de su sexualidad de manera libre. Años atrás Patricia y Alberto habían sido invitados por un amigo a visitar las instalaciones y desde entonces habían decidido hacerse socios. Lo que allí habían vivido fue toda una experiencia como su propio nombre indicaba. La cuota era muy alta y los socios se elegían con mimo, nada de antecedentes y con una situación económica holgada. Además tenían la opción de invitar a amigos cuando lo creyeran oportuno, de este modo se garantizaba que hubiera caras nuevas casi constantemente. La regla primordial había sido y era la discreción, si ésta no se respetaba automáticamente se expulsaba al socio. El anonimato era primordial.

Charly, el relaciones públicas del local, era un tipo maduro y educado, iba vestido impecablemente y tenía modales de auténtico gentleman. Además poseía un atractivo físico y personal que encandilaba tanto a hombres como a mujeres, era alto, delgado con pelo canoso que le daba un toque interesantísimo y una sonrisa encantadora que hacía que se le formaran unos hoyuelos muy atractivos en su rostro. Todo el mundo lo conocía, era muy respetado, hacía que la gente se encontrara a gusto. Nunca jamás hablaba con palabras malsonantes ni en un tono alto, era un hombre tranquilo. El trato con los clientes era exquisito. Él se encargaba de solventar cualquier problema que pudiera surgir de la mejor manera posible y de enseñarles el local a los que acudían por primera vez allí, también se encargaba de organizar fiestas temáticas refinadas y muy divertidas.

Patricia aparcó su coche y, al entrar en el local, no se detuvo en la zona social donde había algunas personas charlando y esperando a ver que les deparaba la noche.

Se dirigió directamente a una de las salas, a la sala común donde había pantallas colocadas estratégicamente para que todo el que quisiera pudiera ver qué era lo que se solicitaba en cada habitación si es que no le había surgido el plan antes en la gran sala. Ella vio que se solicitaba una mujer y sin pensárselo subió por las escaleras hasta el lugar indicado. Al principio le costó un poco ver debido a la penumbra que reinaba allí, entornó los ojos hasta que se acostumbraron a la poca luz. Se sentía expectante y excitada, siempre le pasaba cuando iba a tener un encuentro, nunca sabía lo que le iba a deparar la noche y esa incertidumbre hacía que creciera su deseo. Cuando entró vio a una pareja sobre la cama, estaban desnudos y se acariciaban mutuamente, se estaban besando apasionadamente y los ruidos que emitían hacían saber a cualquiera que los escuchara que estaban muy excitados. Al verla llegar la saludaron.

—Hola —dijo Patricia.

—Hola —contestó la mujer separándose del hombre y recibiendo a su invitada con una sonrisa en la cara—, soy Elena y él es Marcos —continuó, presentando a su acompañante.

—Yo soy Patricia —dijo devolviéndoles la sonrisa.

—Quítate la ropa —ordenó Elena en un tono dulce pero autoritario.

Estaba claro que era ella la que llevaba la voz cantante en aquella pareja. Era pequeña y con ojos muy vivos de color miel, igual que su pelo. Él era más alto, moreno y con ojos oscuros, su cuerpo estaba bien definido, se notaba que pasaba horas en el gimnasio. Patricia acató las órdenes, dejó el bolso sobre la butaca y se quitó su vestido, los zapatos y se quedó con la ropa

interior. Cuando se volvió, Elena le hizo un gesto para que también se desprendiera del resto, no hablaban, nada más la miraban con deseo. Patricia lo sabía, sentirse observada por dos personas anónimas que la deseaban, que deseaban su cuerpo la excitaba, se sentía poderosa ante esa situación.

—Tumbate —continuó. Patricia obedeció sin decir nada—. Te vamos a dar placer porque eso nos lo proporciona a nosotros también —prosiguió.

—De acuerdo —respondió Patricia excitada, era lo que necesitaba en ese momento.

Se tumbó y rápidamente el hombre se dirigió a sus pechos, los lamía, succionaba y le daba pequeños mordisquitos que excitaron a Patricia al máximo.

Patricia ya tenía la cabeza de Elena entre sus piernas, y sabía lo que se hacía. Directamente se centró en el clítoris estimulándolo con la lengua, también se dedicó a chupar y lamer sus labios vaginales, desde el perineo hasta el clítoris, lametones profundos que la hacían jadear, cuando llegaba hasta el clítoris se entretenía con él, arrancándole gemidos de satisfacción, con la lengua bien empapada de saliva y de los propios jugos de Patricia le lubricaba toda la zona, su abertura, sus labios, todo su sexo estaba húmedo y caliente. La estaba penetrando con su lengua como si fuera un pene, la punta de la lengua de Elena exploraba y acariciaba cada centímetro externo e interno de su piel, y ella se retorció de placer. Elena tenía las manos ocupadas separándole las piernas para tener mayor acceso a todo su sexo, mientras Patricia continuaba con los ojos cerrados y sentía a dos personas que estaban colmando de atenciones tanto su sexo como su pecho, cuatro manos, dos lenguas y dos bocas para ella sola. Sólo tenía que sentir, disfrutar y evadirse de todo. Era lo que estaba haciendo, en ese momento no había nada más sólo su placer y su excitación. Y jadeaba. No podía hacer otra cosa, que alguien le diera placer sin tener que hacer nada era maravilloso, iba al local en busca de eso y era lo que estaba obteniendo. Así le gustaba, rápido sin preámbulos, sin conversaciones absurdas. Permanecía con los ojos cerrados dejándose hacer. Cuando había jugado con Alberto y alguna persona más, nunca cerraba los ojos, no quería perderse ni un detalle de lo que allí ocurría. Pero ahora ya no, no tenía a nadie a quién mirar, nadie que le dijera tantas cosas sin hablar, si estaban disfrutando, si no, si estaban a punto de llegar al orgasmo, si faltaba algo... Cosas así que sólo podía mostrar a alguien con el que tenía una conexión especial. La que tenía con Alberto. Placer, placer y placer, eso era lo que le habían prometido, darle placer, y lo estaban consiguiendo. Se limitó a sentir. Estaba jadeando muy excitada, aquella pareja le estaba dando justo lo que necesitaba en ese momento. El calor la abrasaba por dentro, Marcos había estimulado y amasado sus pechos con auténtica maestría y lo que Elena le provocaba eran oleadas de un placer inmenso dependiendo de en qué parte de su sexo la tocara. Cuando se dieron por satisfechos le ordenaron que se pusiera a cuatro patas. Ella estaba a punto de correrse y ese cambio de ritmo no le gustó mucho, pero ese parón hizo que se incrementara su deseo por momentos. Elena le explicó que su marido se la follaría mientras ella miraba, así fue, Marcos ya tenía el condón puesto, no veía sus movimientos pero eso acrecentaba sus ganas, de una estocada se introdujo en ella, esa acción hizo que gritara de placer, Marcos estaba bien dotado, no era nada extraordinario en cuanto a grosor pero sí en longitud y eso le hizo desear más, una vez dentro de ella comenzó a moverse con agilidad mientras le estimulaba el clítoris con los dedos, en seis o siete empalamientos ella se corrió, no podía esperar más. Estaba muy excitada, la dosis de sexo oral la había calentado demasiado, siguieron las acometidas de Marcos, dentro y fuera, dentro y fuera y unos minutos más tarde él también alcanzó el éxtasis resoplando y expulsando el aire entre los dientes. Elena observaba cómo su marido le daba placer

mientras se acariciaba de forma pausada su propio sexo. Tardaron unos minutos en recobrar el aliento.

En cuanto Patricia se recuperó se giró y vio que Marcos se dedicaba a dar placer a Elena, supo que ya no hacía nada allí, así se lo insinuaron con un movimiento de cabeza que captó a la primera. Se levantó y se fue al baño a recomponer su aspecto inicial, cuando volvió a la habitación la pareja había terminado también, se despidieron amablemente y le prometieron que repetirían en otra ocasión. Eso no pasaría nunca. Patricia no repetía, era una norma autoimpuesta, cuando había parejas era más complicado, pero con hombres solos lo cumplía siempre, sí o sí. No quería mayor implicación de la estrictamente necesaria.

Salió de la habitación como si tal cosa, no tenía ganas de irse a casa así que bajó a la zona común a tomar una copa. Pidió un *gintonic*, necesitaba refrescarse, los momentos vividos anteriormente le hacían estar sedienta y satisfecha, por supuesto.

Estaba dando un trago largo a su bebida cuando se le acercó un hombre de unos cuarenta años, moreno con el pelo no muy corto, seguramente si lo tuviera más largo casi le tocaría los hombros. Cuando se acercó a ella y pudo ver unos ojos preciosos, eran marrones, sí nada del otro mundo, pero muy expresivos. Sus pestañas eran larguísimas, tenía barba de dos días y una boca muy sensual. Vestía unos pantalones vaqueros que le sentaban de maravilla y una camisa blanca que se ceñía a su torso.

«Es muy atractivo», pensó Patricia.

—¿Quieres compañía? —preguntó él decidido.

—Sí, por supuesto —contestó Patricia.

Con una voz muy sensual le comentó en voz baja, y muy cerca de su oreja que tenía un amigo esperando en una sala, el acercamiento de ese hombre hizo que se le erizara el vello, además desprendía un olor excitante. Por su trabajo, ella solía tener mucha familiaridad con los aromas, pero sabía que se trataba de una mezcla de perfume y sexualidad. Un cóctel que hacía de ese hombre un ser muy apetecible, un bombón al que hincar el diente.

—¿Te apetece venir? —preguntó mirándole fijamente a los ojos.

Ella asintió y se pusieron en marcha sin más demora. Cogió su bebida y aquel hombre la guió por el pasillo poniendo su mano derecha en la parte alta de sus glúteos. No había pensado repetir aquella noche, pero todo había sucedido sin proponérselo.

En la habitación había otro hombre más o menos de la misma edad, alto, con el cabello más corto que el primero, cara angulosa y un cuerpo de infarto. Ojos de color verde oscuro y barba de pocos días. La elección era muy tentadora.

—¡Eres preciosa! —exclamó al verla entrar.

—Gracias —respondió ella algo acobardada por el cumplido.

Dejó la bebida y el bolso en una butaca que había cerca de la puerta cuando el primer hombre le pidió con la misma voz sensual que había mostrado en el bar que se desvistiera. Ella le obedeció.

—Te voy a follar duro —continuó el hombre—, pero no vas a sentir placer —le dijo. Aquellas palabras hicieron que se mojara rápidamente, no sabía si era por el tono o las palabras en sí pero lo habían conseguido—. Luego —prosiguió—, cuando yo haya terminado, mi amigo te va a follar despacio y vas a correrte como nunca antes lo has hecho.

Ella asintió con la cabeza sin saber muy bien qué decir. La situación era extraña; le resultaba algo prepotente por parte de sus nuevos amantes todo aquello, sin embargo, le gustó. No tenía miedo, sabía que no iba a pasarle nada. Había reglas muy claras al respecto, si algo se ponía feo

se largaba de allí. Nunca se había visto en esa tesitura, aunque antes Alberto la protegía; ahora estaba sola.

La tumbaron desnuda en la cama, el hombre que daba las órdenes pasó los dedos por sus pliegues y al notar su calor y su humedad sonrió y se puso un condón rápidamente. Patricia estaba húmeda, excitada y preparada para lo que fuera a pasar. Deseaba todo lo que ese hombre le había dicho. Como le prometió, fue duro, sin cuidado, rápido, fuerte, profundo. La empaló sin tregua, y ella, con los ojos cerrados se dejaba hacer, le estaba gustando, el hombre le había dicho que no iba a disfrutar, pero no era así. Ese hombre era rudo y llegaba a una gran profundidad con su enorme polla. Y era enorme de verdad, la había visto y era grande, gruesa y rugosa en el tronco, aunque en su extremo sedosa y suave; no la había tocado con los dedos, pero lo sabía, sería seda en su boca, y en el caso de que él le pidiera que se la chupara no lo dudaría, podría ser un caramelo para su lengua. Sus pechos se bamboleaban al ritmo de las embestidas, y el otro hombre se los agarró con rapidez, estimulándole los pezones para excitarla todavía más. Sus pezones estaban duros, durísimos, incluso le dolían, la excitación y lo que ese hombre le estaba haciendo sentir era más de lo que en principio hubiera podido imaginar. Patricia jadeaba, era duro y rudo pero la estaba gustando muchísimo. Fue rápido, el hombre no duró mucho —a ese ritmo era imposible—, y se corrió con un grito.

—¡Agggg, aagggg, síiiiiii! —gimió cuando eyaculó dentro de ella. En cuanto terminó sus miradas se encontraron—. Eres preciosa —le dijo con su voz profunda.

Ella esbozó una leve sonrisa. No se había corrido, le quedaba poco, pero no le importó, sabía que no se había acabado. El hombre se incorporó y se fue a quitar el condón, y cuando ella quiso darse cuenta él ya estaba de nuevo allí, la tenía acostada en su regazo y con su voz sensual y ronca le iba explicando al oído todo lo que su compañero y él le iban a hacer. Esa voz tenía algo que la fascinaba, nunca había sentido nada igual, era extraño, pero no sabía por qué razón aquella voz sugerente la transportaba, hacía que se dejara llevar, y a fin de cuentas estaba allí para eso ¿no? Sus palabras y su voz tenían mayor efecto en ella casi que sus caricias. Le erizaban el vello y la ponían más caliente de lo que nunca pensó podría hacerle sólo una voz.

—Te va colocar un dilatador anal en tu precioso culito, ¿lo has probado antes? —le preguntó de forma sensual y muy pegado a su oído.

—Sí —contestó ella que observaba al otro hombre con expectación.

—Si hay algo que te molesta o que no aceptas dínoslo, ¿de acuerdo? —pidió atento. Ella asintió. Estaba deseosa de experimentar, hacía mucho tiempo que no se sentía así, aquellos pensamientos la distrajeran un instante, pero rápidamente los desechó, no quería ir por ahí. — Cuando lo tengas dentro, tu coño se va a contraer, de esa manera cuando te penetre va a estar estrujando la polla de mi amigo, ¿entendido? —le explicó con palabras sucias.

—Ajá —dijo ella deseando que todo eso ocurriera ya.

Con habilidad, él se aplicó lubricante en el dedo para tentar el agujero de Patricia, ese hombre estaba siendo muy considerado con ella —los dos en realidad, querían que ella estuviera cómoda y preparada—, y cuando consideró que era suficiente se llevó a la boca el dilatador anal —con forma de cono, metálico y de un tamaño aceptable— y lo chupó y lubricó antes de metérselo lentamente, iba despacio, pues quería que no fuera doloroso para ella. Patricia lo agradeció, al principio la quemazón le produjo algo de molestia, pero a medida que el hombre empujaba el juguete dentro de ella esa incomodidad se iba transformando en placer. Aunque pareciera una situación fría e incluso incómoda, Patricia no se sentía así, estaban siendo muy cuidadosos con ella. Hasta aquel momento el otro hombre había permanecido callado, sólo observaba y acataba

las órdenes del primero. Estaba excitado, era evidente en su polla erecta, pero nada más, ninguna expresión. El hombre que llevaba la voz cantante comenzó a tocarle los pechos, ya estaba excitado otra vez, Patricia lo notaba al estar recostada sobre él. Se sentía llena y todavía no había empezado la fiesta.

—Tendrás que acoger a mi amigo dentro de ti —continuó el hombre— y él es muy grande.

Patricia no se había percatado de ello hasta que se fijó más en su polla, era enorme, estaba hinchada, las venas se le marcaban y en la punta brillaba el líquido preseminal. Estaba muy excitado y eso la hacía excitarse aún más. Cuando se puso el condón y se colocó encima de ella para penetrarla la sensación fue sublime, iba despacio pero seguro, empezó a hundirse un poco más rápido.

—¿Estás bien? —preguntó el director de aquel tórrido encuentro.

—Sí —logró decir jadeando.

La sensación era abrumadora; estaba totalmente llena por la polla de su amante y por el dilatador anal. Las embestidas eran cada vez más rápidas y certeras, llegando muy adentro. Las dimensiones de esa polla eran descomunales, la dilataba y la llenaba por completo, la abrasaba al entrar y al salir, era maravilloso sentirse así. Sólo podía jadear y arquearse. El hombre que la estaba empalando brutalmente permanecía prácticamente impassible, no había nada que modificara el gesto de su cara. La empujaba una y otra vez sujetándola con posesión de las caderas, pero seguía serio y concentrado sin expresar para nada lo placentero que tendría que ser aquello para él, solamente con que fuera la mitad de lo que le estaba resultando a Patricia, su cara se tendría que contraer de gusto, pensó ella. Era increíble el poder de contención y la frialdad que mostraba. Las embestidas continuaron, una, otra, otra más. Casi había llegado al orgasmo cuando él empezó a tocarle el clítoris con el pulgar, haciendo que se multiplicara el placer por momentos. Estaba a punto de correrse y lo necesitaba, su cuerpo le pedía ese desahogo, un calor interno junto con los escalofríos que le recorrían su cuerpo anunciaban que quedaba poco, casi lo alcanzaba cuando de repente todo se paró. Patricia abrió los ojos como platos sin saber qué era lo que estaba pasando. No entendía por qué se había parado todo, le faltaba nada para culminar. El hombre que marcaba los tiempos le dijo que se calmara que en cuanto la volvieran a tocar se correría brutalmente, pero ella necesitaba más e impulsaba las caderas hacia la erección que permanecía en su entrada, con la intención de obtener su alivio, sin embargo, él se separaba privándola de ese contacto. Cuando se calmó un poco y su aliento se sosegó por un instante, notó que los hombres se miraban y en tres segundos ocurrió todo. Uno de ellos, el que le hablaba sensualmente y la tenía sobre su regazo le pellizcó los pezones y el otro presionó su clítoris al tiempo que la penetraba hasta lo más hondo de su cuerpo. Fue una milésima de segundo en la que ocurrió todo a la vez, y su cuerpo experimentó placer en tantas zonas distintas que hubiera sido prácticamente imposible que no se corriera, y lo hizo. El éxtasis la inundó, se corrió, convulsionó y se desplomó en la cama por el placer que había sentido. El hombre que la embestía llegó al clímax al mismo tiempo que ella.

Patricia notó calor concentrado dentro de su vientre, era el elixir que se acumulaba en la punta del condón y que la abrasaba. Todos estaban jadeando y boqueando ante la intensidad que habían sentido.

Había sido una de las mejores experiencias de su vida. Esos dos hombres sabían lo que se hacían, no era la primera vez que estaban juntos en una situación similar, y eso se notaba. Sabían cómo hacer gozar a una mujer, llevarla hasta lo más alto y cuando todo parecía que iba a culminar alargar esa caída libre y hacer que deseara más y más. Había sido brutal, arrollador, demoledor. Cuando Patricia recuperó el aliento, el hombre que se había corrido con ella le retiró el dilatador

anal con cuidado. Entre los dos la ayudaron a levantarse y a refrescarse, le ofrecieron un trago de su bebida, era prácticamente agua, se había fundido casi todo el hielo, como ella misma se había fundido en un orgasmo abrasador. Le temblaban las piernas. Como pudo fue al baño un momento, allí se miró al espejo que le devolvió el reflejo de una sonrisa en su cara, estaba relajada y satisfecha, a eso había ido, su propósito se había cumplido. Se aseó y salió vestida y arreglada. Al salir vio que el hombre de la voz sensual ya estaba vestido, su acompañante había desaparecido; al notar su presencia él se giró con una sonrisa encantadora en la cara, acercándose a ella le dio una tarjeta con su nombre y dirección. Patricia lo miró, le devolvió la sonrisa, cogió la tarjeta y le dio las gracias. Nada más salir de la sala tiró la tarjeta sin mirarla. No necesitaba saber más, había disfrutado de lo lindo, se lo había pasado genial y por unas horas había descargado el cansancio y el estrés acumulado de toda la semana.

Llegó a casa exhausta. Tras una ducha, se puso el pijama, se metió en la cama y se quedó dormida inmediatamente.

A la mañana siguiente se levantó, desayunó tranquilamente, puso música y se dedicó a sus quehaceres de los sábados. No quería pensar en lo ocurrido la noche anterior, pero lo cierto era que estaba un poco dolorida pero muy satisfecha, el dedicarse a su casa le impediría el pensar más de la cuenta, aunque el hecho de recordarlo le hacía sonreír. Esta noche no sabía si saldría de caza, aunque en su interior estaba deseando encontrárselo de nuevo.

Pasó el día, hizo la colada, comida para la semana y por la tarde estuvo leyendo un libro tumbada en el sofá, era una de sus pasiones. Fue entonces cuando decidió que volvería a salir, se dio una ducha y se puso un pantalón negro ancho con una camisa blanca semitransparente que insinuaba con elegancia sus pechos, lo completó con unas sandalias de escándalo y un pequeño bolsito de pedrería. Se cogió una coleta alta y como casi siempre nada de maquillaje, nada más su perfume.

Cuando llegó al club, hizo lo mismo que la noche anterior, miró en las pantallas y en una de ellas vio que se solicitaba una mujer. Se encaminó por el pasillo y entró en la habitación, allí vio a un hombre desnudo de espaldas.

—Desnúdate y tumbate en la cama, te voy a atar —dijo con una voz profunda cuando la oyó entrar.

A Patricia esos juegos la excitaban, le gustaban siempre y cuando controlara la situación, el verse privada de movimientos era estimulante, pero si la cosa se excedía más de la cuenta, se ponía nerviosa y pedía que el juego parara. No podía soportar estar indefensa del todo, tenía que tener el control. Cuando se desvistió y el hombre se dio la vuelta se quedó parada y con cara de asombro cuando vio que era el mismo hombre de la noche anterior. No había reconocido su voz, esta vez era mucho más profunda y denotaba más lujuria que el día anterior.

—No debería estar aquí —dijo ella. Una sonrisa se dibujó en la cara de él.

—¿Tan mal lo pasaste anoche? —preguntó con suficiencia.

—No, nada de eso, es que no repito con el mismo hombre dos veces —argumentó también de forma chulesca.

—Ya veo —contestó él—, pero ahora solo estamos tú y yo.

El hombre la miró con una mirada felina que la intimidó un poco y la excitó a la vez.

—De acuerdo —dijo ella tumbándose como le había ordenado.

Patricia ya estaba excitada, estar de nuevo con el hombre de la voz profunda era lo que deseaba y su deseo se había cumplido. Con maestría y mucha delicadeza la ató de pies y manos a la cama y la dejó expuesta. Él observaba el bello cuerpo de Patricia mientras se movía de un lado al otro de la cama, quería admirar la preciosa anatomía de esa mujer desde todos los ángulos posibles, se mordía los labios y se relamía observando sin decir nada. El modo en el que ese hombre miraba en silencio a Patricia la hizo calentarse y mojarse al instante, y todavía no la había tocado.

—Hoy voy a ser un poco más suave que ayer y te volverás a correr —dijo con su voz profunda. Aquella voz la transportaba, hacía que su voluntad quedara anulada y no sabía por qué. —Estás preciosa —dijo mientras le acariciaba los hombros, bajó por sus pechos lentamente y siguió hasta su entrepierna.

Patricia estaba preparada y receptiva. En cuanto ese hombre estuvo entre sus piernas, volvió a observar con detenimiento el pubis y el sexo de Patricia, ella mantenía su pelo muy corto, y entre el poco vello que allí había se intuía la carne sonrosada de su sexo. Se agachó y sacó su lengua, Patricia sentía el aliento cálido de ese hombre en su piel sensible. Cuando él puso la lengua en su sexo, ella sólo pudo suspirar, estaba deseando que ese hombre la saboreara. Así lo hizo. Rápido comenzó a lamer y a succionar sus pliegues. Patricia se movió un poco cuando lo hizo, no podía más debido a las ataduras. Él siguió comiéndola y devorándola con devoción, Patricia jadeaba, no podía moverse, tenía los ojos cerrados, ese hombre la estaba transportando al séptimo cielo solamente con la lengua y los labios. Patricia notó una invasión en su interior, y es que ese hombre se metió dentro de ella con un dedo, de forma lenta pero segura la invadió del todo, ella gimió, no podía hacer otra cosa. Estaba empezando a notar cómo se formaba un orgasmo en su interior.

—Córrete —le ordenó—, quiero beber tu elixir, el hombre empezó a mover el dedo hacia dentro y hacia fuera del coño de Patricia, primero uno, después de ese le siguió el otro, seguía con el mismo ritmo, a la vez posaba el pulgar en el bulto hinchado que aparecía entre sus pliegues. Así fue como con dos pulsaciones más en su clítoris se corrió, mientras ese hombre se bebía todos sus fluidos. Se la estaba bebiendo por completo. Ella seguía todavía con la respiración agitada tras el orgasmo cuando él se puso encima de ella relamiéndose—. Sabes muy bien —dijo de forma calmada haciendo que Patricia abriera los ojos para mirar al hombre que de nuevo le hablaba.

Ella se limitó a mostrar una leve sonrisa en su rostro. Todavía estaba agitada por lo que acababa de sentir. De repente notó algo en la entrada de su hendidura, al quedarse mirándolo embelesada no se había percatado que ese hombre tenía su erección posada en su sexo. De una estocada la embistió hasta el fondo, su erección era larga y ancha y de repente se vio llena de él, siguió sus movimientos despacio, no tenía nada que ver con la brusquedad de la noche anterior. Entraba y salía de forma fácil, Patricia estaba muy lubricada y el camino que debía seguir esa polla estaba preparado. El ritmo aumentaba, más rápido... más profundo... dentro... fuera... dentro... muy dentro... fuera hasta que se volvió frenético y se corrieron ambos soltando unos gritos sordos. El orgasmo que habían sentido los dos resultó ser abrasador y haberlo conseguido de forma simultánea era algo especial, como si todo hubiera estado cronometrado y preparado para que así fuera, como si hubiera una conexión invisible entre ellos que hiciera que eso tuviera que ser así. Rápidamente salió de su interior y la desató. Ella se masajeó las muñecas y los tobillos aún con la respiración acelerada. El hombre le pidió disculpas y se dirigió al baño. Cuando salió de nuevo a la habitación ella ya no estaba.

— ¡Joder! —gritó, se vistió rápidamente y salió corriendo del local.

Charly el relaciones públicas vio correr a Patricia fuera del club y la interceptó en la salida

—¿Está todo bien señora Muñoz? —preguntó educadamente.

—Sí, todo bien —repuso ella con ganas de salir de allí cuanto antes.

Había cometido un error, ella no repetía, pero esta vez no lo había cumplido.

Cuando el hombre salió tras ella, ya era demasiado tarde, se había marchado.

Patricia se metió en el coche rápidamente, un Alfa Romeo Giulietta, regalo de Alberto, coche que pensó en vender cuando él murió pero al final decidió no hacerlo, era muy práctico para ir a

trabajar y desplazarse por la ciudad. Cuando iba con los niños cogía el Range Rover, en él tenía las sillas de seguridad y los parosoles de princesas y de Spiderman de sus hijos.

Salió de la finca a toda velocidad, intentó que su respiración se tranquilizara y dando un golpe al volante gritó

—¡Joder! ¿Es que no había otro? Esto no va a volver a pasar —se dijo apretando los dientes.

Se lo repitió una y otra vez hasta llegar a casa, según lo decía estaba menos convencida de sus palabras, había algo en ese hombre que la atraía como un imán al metal.

Se quitó las sandalias, el pantalón y la blusa, y los dejó tirado de mala manera encima del butacón de su dormitorio, estaba enfadada, muy enfadada consigo misma. Se dio una ducha rápida, pero ni el agua caliente ni el olor de su gel favorito le hicieron relajarse, ¿qué le pasaba? Había algo, algo en la voz de aquel hombre, tan profunda y penetrante, ¿era posible que sólo la voz de un hombre la arrebatara de aquella manera?, ¿o era que hacía mucho que no se sentía así? No y no a las dos preguntas. No quería sentir nada por ningún hombre, eso no iba con ella más. Parecía que cuanto más lo deseaba, menos caso le hacían sus sentimientos.

—¡Maldita sea! —volvió a gritar con rabia debajo de la ducha.

Se secó y se puso el pijama, estaba ya en la cama cuando decidió sacar un juguetito del cajón de la mesilla y mientras lo usaba, pensó en él. Necesitaba descargar su enfado.

*E*l domingo por la mañana se estaba desperezando y estirando cuando notó entre las sábanas el juguetito que había usado la noche anterior; sonrió. A fin de cuentas su fin de semana de caza había sido un éxito, de no ser por el desliz que había tenido, se lo había pasado muy bien. Eso era lo que contaba, ¿no? Desayunó cuando se levantó, y metida en la cocina decidió hacer una tarta de manzana, tenía que ir a recoger a sus hijos, comería con sus suegros y pasarían la tarde juntos. Era perfecto, le encantaba esa rutina, era reconfortante para ella. Pasar tiempo con la gente que la quería le gustaba, se sentía arropada y querida, además veía a sus hijos felices por compartir esos pequeños momentos en familia.

—Patricia, hija ¿estás bien? —le preguntó Mona, su suegra.

Mona era el diminutivo de Ramona, ella odiaba su nombre, pero era tradición en la familia poner al primer vástago Ramón o Ramona, así que su herencia era esa. Ella lo cumplió también y su primer hijo, el hermano de Alberto, se llamaba Ramón, aunque este último había roto la tradición familiar con su hijo al que llamó Pablo.

—Sí, Mona, estoy cansada eso es todo. No he dormido muy bien. La mujer asintió pero el gesto de su cara delataba que no se creía muy bien aquella explicación—. ¡Os he traído tarta de manzana! —añadió Patricia para cambiar de tema.

—¡Yupiiiiiii! —dijeron sus hijos a la vez. Esos dos bichos morían por los dulces de su madre, cada vez que iba a recogerlos les llevaba algo distinto, tarta de manzana, bizcocho de yogur, galletas de chocolate, postres caseros que Patricia hacía con esmero y mucho cariño para sus hijos y sus suegros. Ese día comían todo lo que Mona les preparaba porque sabían que después venía la recompensa del postre, el postre dulce y sabroso que ella llevaba. Ese gesto se había convertido en una tradición.

El domingo pasó rápido entre risas, juegos y anécdotas, y llegó el lunes. Todo volvía a la rutina de nuevo.

¡Toc!, ¡toc!, llamaron a la puerta de su despacho, era su secretaria,

—Disculpa que te moleste, Patricia, ¡te traen flores! —dijo Raquel la secretaria con la alegría plasmada en la cara como si hubieran sido para ella y no para Patricia.

—¿Flores?—preguntó extrañada—. Haz que pasen —ordenó intrigada. No sabía quién le podía enviar flores, aunque lo cierto era que de vez en cuando llegaba algún ramo, casi siempre para su jefa, ella no solía ser agasajada de esa manera.

El repartidor dejó un ramo de flores enorme dentro de su despacho. Raquel corrió hacia el armario y sacó un jarrón que fue a llenar al baño. Cuando Patricia se quedó sola cogió la tarjeta y vio que era de Charly, el relaciones públicas del Club. En ese momento llegó Raquel con el jarrón lleno de agua y colocó el ramo.

—¡Son preciosas!

El humor de Patricia había cambiado en cuestión de segundos.

—Raquel, sal de mi despacho y que no me molesten por favor —pidió de forma autoritaria.

—Por supuesto, Patricia —dijo Raquel extrañada por el cambio de actitud

En cuanto oyó el ruido de la puerta al cerrarse no perdió ni un segundo en llamar a Charly.

—¿Se puede saber qué significa esto?! —le espetó nada más descolgar—. Soy Patricia Muñoz, ¿a qué vienen estas flores? —volvió a preguntar enfadada.

—No había esperado una reacción así —dijo Charly impactado por la actitud de Patricia. El hombre, acostumbrado a los buenos modales, no estaba habituado con ese tipo de respuestas—. Lo... lo... siento, señorita Muñoz —acertó a disculparse Charly—. El sábado la vi salir del club bastante acalorada y pensé que algún socio o invitado se habían propasado con usted o que no habían cumplido las reglas, que por otra parte son muy claras. ¿Tuvo algún problema con el señor Arriaga? Vi que salió detrás de usted desesperado e intentó recabar información acerca de su persona —explicó Charly de corrido.

Sin darse cuenta, Patricia estaba anotando el nombre en un Post-it que tenía en el escritorio.

—¿Señorita Muñoz? —preguntó cauto el relaciones públicas ante el silencio que había surgido al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, sí, lo siento... Er... eh... No, no tuve ningún problema —replicó aturullada.

—Ya sabe usted que somos muy estrictos en cuanto a los miembros del club y los invitados. No nos podemos permitir indiscreciones ni comportamientos incívicos. Le pido disculpas si algo de eso ha ocurrido. Sería inadmisibile y conllevaría la expulsión. Si algo malo le ha ocurrido... —prosiguió más calmado.

Patricia no dejó que terminara la frase.

—Gracias Charly —le cortó—, no ocurrió nada de eso, muchas gracias por las flores —contestó Patricia confundida.

Acto seguido, colgó.

Nada más dejar el teléfono estaba tecleando en el buscador de internet el apellido Arriaga. En un par de *clicks* ¡Bingo! Apareció en su pantalla su fotografía. Mikel Arriaga, director gerente de Acerías Arriaga, cuarenta y dos años, mayor de tres hermanos, hijo de Andoni Arriaga y M^a del Carmen Fernández, oriundo de Bilbao, afincado entre Bilbao y Madrid. Divorciado de Estíbaliz Gorostiaga, sin hijos. Heredero de la empresa familiar junto con sus hermanos Aitor y Arantxa, que formaban el consejo de administración de la compañía. ¿Por qué estaba leyendo todo aquello? No le importaba, había sido una noche, bueno dos, error monumental donde los hubiera. Mejor él con su vida y ella con la suya. No tenían nada en común.

La semana pasaba sin grandes problemas, Patricia ya estaba planeando las vacaciones de verano. Todavía faltaba tiempo, pero le gustaba ser previsor. Pronto le tocaría hacer visitas a otras delegaciones, siempre aprovechaba las estancias de sus hijos durante las vacaciones estivales en la casa familiar al norte de Cataluña para poder viajar y estar descuidada y centrada en su trabajo. Era un acuerdo con su jefa, durante el resto del año era ella la que viajaba más y en verano era Patricia la que lo hacía, les venía bien a las dos. Alicia, su jefa, odiaba viajar en verano, decía que hacía mucho calor, en cuanto podía se escapaba a una casita que tenía en la sierra de Madrid, no le apetecía estar viajando toda la semana, por eso delegaba en Patricia.

Sus hijos estaban deseando terminar el curso e irse con sus abuelos y primos a pasar las vacaciones a una masía enorme que tenían en Cataluña. Más adelante pasaría diez días con ellos, este año en Menorca. Cada año iban a un destino distinto, el anterior habían estado en Disneyland Paris, donde lo pasaron en grande; era el segundo año sin Alberto y decidió que se merecían algo que les hiciera olvidar un poco los malos momentos vividos. Disfrutaron como nunca.

Hasta que llegaran esos días quedaba mucho verano y mucho trabajo por preparar y desarrollar. Tenía en mente un proyecto muy ambicioso que requería de toda su concentración. Pasaría más horas en la oficina y viajando que en su propia casa pero era muy ambiciosa en ese aspecto e iba a por todas. En esa época estival era cuando Toñi, la mujer que arreglaba su casa y cuidaba a sus hijos cuando era necesario, se tomaba las vacaciones. Llevaba trabajando con ella más de siete años, nunca habían tenido una discusión, sabía lo que tenía que hacer y cómo le gustaban las cosas a Patricia. Era exigente con sus hijos en todo, en los estudios, en el orden que intentaba que se mantuviera en la casa, pero una niña más cuando los estudios no lo exigían.

Ese era el último fin de semana con sus hijos hasta que volviera a verlos algún fin de semana que se acercara a visitarlos a la casa familiar. Así que esos días iba a disfrutar de ellos como nunca, los iba a malcriar y así fue. Helados, hamburguesas, carrera con las bicis, chapuzones en la piscina de la urbanización, parque infantil, hinchables, piscina de bolas, camas elásticas... Cuando llegaron a casa estaban fundidos, no podían más, se dieron una ducha, con los pijamas puestos tomaron una pizza que les había dejado Toñi preparada, sólo era meterla en el horno. Cenaron y decidieron poner una peli de dibujos, en pocos minutos cayeron los dos en un profundo sueño. Daba gusto mirarlos, eran dos angelitos. Los cogió en brazos y los metió en sus camas, ya pesaban demasiado para hacer aquello, pero no le importaba.

Mientras, Mikel iba al (S)experience cada vez que se lo permitía su trabajo y sus viajes para poder verla de nuevo. No follaba con nadie, se limitaba a observar a las personas que entraban y salían. No le faltaron proposiciones, pero las rechazó todas con la esperanza de verla de nuevo. ¿Quién sería aquella mujer tan enigmática? ¿Por qué no repetía? Sentía mucha curiosidad y ni siquiera sabía su nombre. Mikel no era socio del club, era un invitado, cada socio podía dar pases

especiales a otras personas para poder acceder al club, un muy buen amigo suyo le había dado esos pases y los estaba aprovechando. Cada vez que estaba en Madrid, y sus obligaciones se lo permitían, se daba una vuelta por allí, había disfrutado como nunca, sobre todo desde el encuentro con la mujer que le estaba empezando a obsesionar. Disfrutaba del placer que le proporcionaban esos tórridos encuentros, no le resultaba difícil ligar pues era un hombre muy atractivo, pero a veces no le apetecía tener que contar su vida a nadie, en esos lugares se sabía a lo que se iba, a disfrutar, así que aprovechaba y daba rienda suelta a sus deseos.

—*P*atricia, ¿puedes pasar por mi despacho? —preguntó Alicia.

—Sí, claro, ahora mismo voy.

Era lunes, tenían que concretar la agenda para los próximos dos meses, iba a ser un trabajo minucioso pero seguro que, como otras veces, llegarían a un acuerdo entre las dos; se llevaban muy bien. Cuando Patricia entró a trabajar en Beauty World, una multinacional cosmética, Alicia —la que era su jefa ahora— tenía una fama de estricta y dura, pero por esas cosas de la vida congeniaron muy bien, pronto fueron algo más que jefa y empleada. Se hicieron grandes amigas, aunque pocas veces hablaban de su vida privada. Ambas eran bastante reservadas para ello, sin embargo sabían lo básico la una de la otra. Se respetaban y se llevaban muy bien y en cuanto al trabajo confiaban plenamente la una en la otra formando un equipo sólido y competente.

Alicia tenía cuarenta y cinco años, estaba casada con Joaquín. Su marido tenía quince años más que ella y aunque al principio fue algo difícil para los dos, el amor pudo con todas las dificultades. Habían decidido no tener hijos ya que Joaquín tenía dos de su anterior relación y a Alicia no era una cosa que le llamara mucho la atención, sí hubo una época en la que se lo había planteado, pero después los años pasaron, se acomodaron a una vida dedicada el uno al otro y se habían vuelto un poco egoístas en ese sentido. Tenían una casita en la sierra de la que disfrutaban en cuanto podían, los veranos en Madrid eran agobiantes, Joaquín tenía problemas respiratorios y pasaba allí los meses estivales. Por eso, durante esa época Alicia no quería viajar. Lo hacía en invierno y muchas veces él le acompañaba, de esta manera Patricia podía estar con sus hijos y era en verano cuando ella viajaba, ya que ellos pasaban los veranos en Gerona.

Patricia entró en el despacho.

—Hola Alicia —dijo sonriente caminando de forma segura con una carpeta y la agenda en la mano.

Llevaba un vestido azul marino con botones en el pecho y un cinturón color crudo, en sus pies unas sandalias de tiras azules y tacón medio.

—Hola, siéntate, ¿nos ponemos con la agenda? —preguntó Alicia.

—Sí, claro —dijo Patricia sentándose frente a ella, abriendo la agenda y cogiendo el bolígrafo esperando órdenes por parte de su jefa.

—Por cierto, ha llegado la invitación para la comida de la Cámara de Comercio.

—¡Uy!, lo había olvidado —respondió Patricia frunciendo el ceño—, este año me toca a mí ¿no? —preguntó poniendo cara de pena.

—Sí —sonrió Alicia—. Se que no te gusta estar expuesta, habrá fotógrafos, *photocall* y todo eso, ya sabes, pero es importante para nosotros que se sepa que becamos a estudiantes.

—Lo sé, lo sé —repuso Patricia moviendo las manos.

—Estás muy involucrada en ese asunto y te gusta contar con los mejores alumnos para que se formen aquí, así que... —continuó Alicia.

—Sí, sí, no te preocupes allí estaré —repuso Patricia consciente de que ese tipo de reuniones formaban parte de su trabajo.

—De acuerdo, ahora vamos a hacer el *planning* de las visitas a las delegaciones para las próximas semanas.

Pasaron la mañana reunidas, concretando citas, preparando documentación y contrastando agendas. Fue duro pero al final consiguieron cuadrarlo todo de la mejor manera posible. A la hora de comer, salieron a un restaurante cercano.

—¿Qué vas a hacer este verano? —preguntó Alicia mientras cortaba su escalope.

—Pues lo de siempre, ya sabes, los niños con los abuelos y en mis vacaciones nos iremos a la playa, he encontrado un hotel temático fabuloso en Menorca, es de personajes de los Picapiedra, las habitaciones tienen literas hechas con huesos, troncomóvil y un millón de actividades para los niños —le explicó entusiasmada.

—Todo por ellos, ¿no? —preguntó Alicia sonriendo.

—Ya lo sabes, es el único momento que paso con ellos a tiempo completo y quiero que sea especial, durante el curso, ellos tienen que estudiar y yo con el trabajo tampoco puedo dedicarles todo el tiempo que quisiera. Así que en vacaciones exclusividad total —sonrió.

—Lo estás haciendo muy bien Patricia —afirmó Alicia.

—Lo intento —sonrió aunque su cara expresaba pena. Se había acordado de Alberto.

El jueves era la comida de la Cámara de Comercio. Patricia llevaba un vestido corto sin mangas de gasa roja, falda de vuelo y cuerpo ceñido, el *look* se completaba con un cinturón estrecho color nude y unas sandalias del mismo tono con un tacón de vértigo. Los zapatos eran su debilidad, tenía un montón de pares de todas las formas y colores. Llegó puntual al pabellón donde se realizaba el convite, fue saludando a conocidos hasta que se acercó Gerardo.

—Patricia, querida, ¡qué gusto me da verte! —dijo Gerardo con un par de besos y un pequeño abrazo.

—Hola, Gerardo, ¿qué tal todo? —saludó sonriendo.

Gerardo era el presidente de la Cámara de Comercio, un hombre maduro y encantador, un viejo interesante, como él solía decir. Les unía una bonita amistad, eran muchos años de relación y colaboración, se entendían a las mil maravillas.

—¿Qué tal Cecilia? —preguntó Patricia.

—Bueno —frunció el ceño apenado —cada vez está peor, aunque intento que su vida sea lo más tranquila y placentera posible.

Cecilia, la mujer de Gerardo, sufría una enfermedad degenerativa que le estaba consumiendo, hecho que hacía que Gerardo sufriera por verla así.

Los camareros se acercaban con copas de cava para los asistentes, Gerardo cogió dos ofreciéndole una a Patricia.

—Gracias, Gerardo.

—De nada, querida —dijo acercando su copa a la de Patricia para brindar, ambos bebieron. — Por cierto quiero presentarte a algunas personas.

—De acuerdo —asintió ella.

—Mira, aquí está —dijo Gerardo dándose la vuelta—. Te presento a Mikel Arriaga, es un empresario vasco, es el gerente de Acerías Arriaga.

Cuando Patricia oyó aquel nombre y apellido se quedó paralizada, pero en pocos segundos se recompuso, puso su mejor cara y se dio la vuelta con una sonrisa. Iba impecable, traje oscuro camisa blanca y corbata de un rojo muy parecido al de su vestido. ¿Coincidencia? Quizás.

—Ella es Patricia Muñoz, representa a Beauty World, una multinacional que beca a alguno de nuestros alumnos del máster de innovación y tecnología —explicó Gerardo sonriente ajeno a todo.

—Encantada de conocerlo —dijo ella, tendiéndole la mano.

—Lo mismo digo —respondió él con su voz profunda, agarrándole la mano con fuerza.

«¡Joder, mierda!, esto sólo me pasa a mí», se dijo ella para sus adentros.

Los segundos transcurrieron entre palabras de alabanza hacia Patricia y Mikel por parte de Gerardo, ellos educadamente sonreían y asentían, hasta que una mujer requirió la atención de Gerardo.

—Si me disculpáis queridos tengo que dejaros un momento.

—Adelante —dijo Mikel. Se hizo el silencio entre ellos, fue Mikel con su profunda voz el que lo interrumpió. —He ido al (S)experience tantas veces como he podido para volver a verte —dijo en voz baja acercándose más a ella y rozándole el brazo con la mano. Esa cercanía y el contacto hicieron que se le pusiera el vello de punta, solo con ese simple roce se había excitado—, pero no te he visto —continuó.

—No he vuelto a ir —explicó ella.

—¿Por qué? —volvió a la carga con su sensual voz.

—Porque no.

—¿Por qué no? —repitió él intrigado.

—Creo que esta no es una conversación que mantener aquí —concluyó Patricia haciendo ademán de irse. Él le agarró del brazo para retenerla,

—En eso estamos de acuerdo, ¿quedamos para aclararlo? —dijo con una sonrisa seductora en su rostro.

—No —contestó Patricia muy seria.

—¿Por qué? —insistió Mikel—. Creo que lo pasamos bien —sonrió de forma pícaro—, y cuando lo paso bien con alguien me gusta repetir —dijo sonriéndole de medio lado.

Estaba guapísimo con ese traje y ese aspecto de chico duro, le otorgaba un halo de misterio que a ella le encantaba.

—Tienes razón, pero fue un error.

—¿Un error? —preguntó poniendo cara de asombro.

—Te dije que yo no repetía, asunto concluido. Si me perdonas tengo que irme —dijo ella yendo hacia la otra parte del pabellón.

—Como quieras, Patricia.

Ese tono de su voz al decir su nombre la caló, la había excitado. Maldijo interiormente a Gerardo por presentárselo.

Gerardo tuvo una mención especial para la multinacional donde trabajaba Patricia durante el acto de entrega de premios, ella sonrió y cientos de flashes la iluminaron cuando la nombró. Era cierto que el montante económico de las becas resultaba importante y los alumnos tenían una muy buena oportunidad para formarse.

Después del almuerzo, Mikel aprovechó la oportunidad para volver a hablar con Patricia. Estaban en un corrillo junto con Gerardo,

—¿Qué tal Andoni? —preguntó el hombre.

—Ya sabes, algo pachucho —dijo Mikel.

—Ese bribón con tal de teneros cerca se inventa cualquier cosa —añadió riendo.

—Ya sabes cómo es, aunque creo que ahora es cierto —afirmó Mikel apenado.

—¿Cuándo te vas a Bilbao? —siguió interesándose Gerardo

—Esta tarde.

—Muy bien, dale recuerdos de mi parte, y que se mejore —dijo Gerardo a modo de despedida, iba hablando con todos los presentes muy amablemente. Era muy buen anfitrión.

—De tu parte, Gerardo.

Gerardo los había vuelto a dejar solos, fue cuando Mikel volvió a la carga, se acercó más a Patricia.

—Me gustaría volver a verte —insistió.

A ella se le erizaron de nuevo los pelos de la nuca.

—Es imposible —contestó a pesar de volverse a excitar por la voz de ese hombre, por la forma de decir las cosas, por su aroma, por su cuerpo; todo la sumía en un estado de excitación como nunca antes la había sentido.

—¿Por qué?

—Te he dicho que no repito —reiteró ella seria. Era una cosa que tenía muy clara en su cabeza, aunque nunca antes había debido reunir semejante fuerza de voluntad para creerse sus propias palabras.

—Te prometo que si volvemos a vernos una noche más y tomamos un café en otra ocasión te dejaré en paz para siempre —afirmó él igual de serio.

Ella se rió.

—¿En serio? ¿Una noche y un café? —preguntó extrañada. Pensó que igual esa era de la única manera de deshacerse de él de una vez por todas, él asintió sin decir nada—. De acuerdo —aceptó sin pensárselo más.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido.

—Sí —dijo rotunda.

—¿Cuándo? —quiso saber, al final estaba siendo más fácil de lo que aparentemente parecía al principio.

—Esta noche en el (S)experience.

Patricia había oído la conversación que había tenido con Gerardo y sabía que volvía esa misma tarde a Bilbao. Con un poco de suerte declinaría la invitación.

—Allí estaré, dime hora y paso a recogerte —se ofreció.

«¡Mierda, mierda!, ha aceptado», se dijo para sus adentros.

—No, no hace falta que me recojas, voy yo. Te espero allí. A las diez, ¿te viene bien?

—Sí, claro y el café el lunes por la mañana —añadió él adelantándose a Patricia. Patricia pensó en su agenda y se acordó que tenía cita con el tutor de Alberto a las doce.

—De acuerdo —confirmó ella—, a las once, ¿te va bien?

—Perfecto.

Cuando finalizó el evento organizado por la Cámara de Comercio, Patricia se fue directa a casa; excitada, expectante por un lado y por otro con ganas de finalizar aquella cita. No quería problemas, quería zanjar el asunto, así que ya ni pasó por la oficina.

Ya desde casa, llamó a Toñi para decirle que tendría que salir esa noche y que si podía quedarse con los niños. Iba a ser algo rápido y por fin terminaría con aquello.

Aunque por otro lado se decía que aquel era un triple error, y eso la atormentaba.

Cuando llegó al (S)experience Mikel estaba allí, había poca gente, era jueves. Estaba en la barra sentando tomando algo cuando ella se acercó, y se dieron dos besos en las mejillas. Se

había cambiado también de ropa, iba con unos vaqueros que le quedaban de muerte y una camisa blanca arremangada.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó galante el vasco.

—No, ahora cuando vayamos al reservado —dijo ella.

—De acuerdo —contestó él. Esa voz la excitaba cada vez más, y ¡qué bien olía! Se dirigieron a un reservado—. ¿Quieres más compañía?

—Claro —respondió ella con suficiencia. Eso fastidió un poco los planes que tenía Mikel, pero luego pensó que por qué no.

—¿Qué prefieres? Hombre o mujer —preguntó solícito.

—Hombre —se apresuró a decir.

—De acuerdo. —Marcó en la pantalla la petición—. ¿Alguna preferencia? —volvió a querer saber.

—No. Me da igual —contestó ella. A la espera del nuevo amante se acercaron a la barra que había en el reservado al que habían ido.

—¿Qué te apetece? ¿Cava? —preguntó Mikel observando a Patricia.

Ella se había puesto otra ropa diferente a la que llevaba en el almuerzo, pero al igual que por la mañana estaba magnífica.

—Sí, eso estaría bien. —Le sirvió una copa a ella y otra para él.

—Brindemos —sugirió ella. ¿Qué le pasaba con aquel hombre? Anulaba su voluntad, cualquier cosa que le dijera la acataba sin rechistar, estaba convencida que era aquella voz. Se miraron a los ojos

—Por nuestra última noche juntos —brindó él.

Ella sonrió.

—Puedes estar seguro de ello —dijo convencida.

Cuando iba a posar la copa encima de la barra él la agarró por la cintura y la besó sin darle tiempo a reaccionar. Al principio, pensó en negarse, no besaba a los hombres con los que se acostaba, iba al grano. Los besos eran para ella era un acto íntimo que implicaba algo más, y como decía una vieja canción... Dejemos los besos para los enamorados.

Sin embargo, para no empeorar la situación y hacerla más tensa se dejó avasallar por aquel hombre. Era un beso exigente pero no brusco, su lengua se movía con maestría, recorría su boca con deseo y Patricia le correspondió; sus lenguas se enredaron. Ella se excitó mucho con aquel beso caliente y abrasador, a lo que añadió que él le había levantado la falda y tenía la mano entre sus piernas. Mikel le acariciaba los muslos a la vez que seguía besándola y con la otra mano la agarraba por la cintura de forma posesiva. De repente, Patricia notó a otra persona detrás de ella, era el otro hombre; no le había oído entrar, cuatro manos para un solo cuerpo. Su misión era darle placer. Le acariciaba los pechos por encima de la blusa, le besaba el cuello, mientras Mikel devoraba su boca y tocaba entre sus piernas. Patricia tenía los ojos cerrados como siempre, se dejaba hacer. Notaba dos erecciones rozando su cuerpo, una por delante y otra por detrás. Cuando aquel beso terminó, Mikel la ayudó a desnudarse, el otro hombre le desabrochó el sujetador y le bajó el tanga.

—Patricia vete a la cama y ponte a cuatro patas —dijo Mikel con voz susurrante y profunda—, nuestro amigo va a follarte por detrás.

Así lo hizo, sin mirar atrás; ya estaba acatando órdenes de nuevo, y él se había vuelto a convertir en el narrador de ese encuentro, tan caliente como la primera vez que se encontraron. Era por la manera de decirlo o de expresarse, entre autoritario y chulesco, lo que la excitaba

enormemente. Mientras iba a la cama notó una presencia tras ella, el colchón se hundió al tener a otra persona a su espalda, era el otro hombre, que empezó acariciándole el culo, amasando los dos cachetes con deseo, Patricia sentía cómo su respiración se aceleraba mientras iba tentando su ano. Le había echado lubricante y ya había introducido un poco el dedo, prosiguió extendiéndole por todo su culo el líquido meloso a la vez que intentaba invadirla por detrás, cuando consideró que todo estaba preparado cesó sus caricias. Fue entonces cuando Patricia oyó rasgarse el envoltorio del condón, y acto seguido sintió el paso de la punta del pene por su abertura. Tensó un poco su cuerpo. Estaba muy caliente, el beso de Mikel la había descolocado y junto con las caricias estaba a mil. Su otro amante iba con más tiento.

—Dime si te hago daño —dijo solícito. Patricia solo jadeaba, entró en ella despacio. — ¡Diossss! —dijo aquél hombre—. ¡Qué bueno! —Y comenzó a moverse con movimientos cadenciosos.

Notó que la cama se hundía de nuevo, era Mikel, que ya se había desnudado y le ofrecía un poco de cava en la copa, el otro amante se detuvo para que ella pudiera beber, Patricia lo agradeció, estaba sedienta, y cuando terminó de beber su amante continuó con su asedio.

Mientras observaba cómo sus pechos se bamboleaban, Mikel le pinzó uno de los pezones y ella gimió viendo que con la otra mano se acariciaba la polla al tiempo que le susurraba al oído frases cariñosas pero subidas de tono. El orgasmo se estaba formando en su interior, por todo, por el amante que la empalaba una y otra vez desde atrás, por las palabras calientes que Mikel le decía en el oído, por su cercanía a escasos centímetros... Patricia veía cómo se acariciaba la polla delante de sus narices a la vez que se arrimaba más a ella para susurrarle con su voz profunda. Su amante empujaba fuerte, una, dos, tres... siete, los movimientos de cadera de él unidos al movimiento de agarrarla por las caderas e impulsarla hacia atrás hacían que las penetraciones fueran más y más profundas y placenteras hasta que ella explotó e hizo inminente el clímax de él.

—¡Diosss, ¡síiii! —dijo él mientras se corría dentro de ella. En cuanto terminó, salió de ella con mucho cuidado.

—Gracias amigo —concluyó Mikel.

—Un placer —contestó.

Esas dos palabras le sirvieron para entender que allí sobraba. Cuando el amante inesperado desapareció, Mikel dio la vuelta a Patricia y le volvió a ofrecer cava, cosa que agradeció. Ella lo miró y vio que estaba excitadísimo.

—Ahora vamos a terminar lo que hemos empezado.

La volvió a besar y ella se dejó. Aquel beso abrasador hizo que volviera a mojarse, sus lenguas se revolvían dentro de la boca del otro, incluso hubo mordiscos, se estaban follando con la lengua; era un beso lujurioso. Con un movimiento rápido Mikel la puso a horcajadas sobre él. Patricia no esperaba ese cambio de papeles, pensaba que iba a ser él el que llevara las riendas del juego, pero no le desagradó para nada la variación de roles. Se introdujo en él haciendo que jadeara. Se sentía liberada, salvaje, estaba allí para demostrarse a sí misma y a aquel hombre lo que era capaz de disfrutar con el sexo. Empezó su particular cabalgada, entraba y salía de él, rozaba su clítoris hinchado contra el cuerpo de Mikel.

—Eso es, Patricia, móntame así, salvaje, así me gusta.

Aquella voz la encendía aún más mientras seguía moviéndose como una amazona; arqueó su cuerpo hacia atrás, cerró los ojos y levantó los brazos acariciándose la melena que le caía por los hombros. Tenía la boca abierta y se lamía los labios. Esa imagen tan sensual hizo que Mikel enloqueciera; le agarró las caderas con fuerza para impulsarse más dentro aún, Patricia jadeaba

ante aquellas acometidas salvajes, buscaba su propio placer al tiempo que se lo estaba dando a él. Los pechos de ella se bamboleaban al ritmo frenético que estaba imponiendo. El sexo de Patricia empezaba a contraerse, él lo notó, el clímax llegaría de un momento a otro, como si le succionara, la verga de Mikel se vio apretada y sin poder evitarlo explotó al tiempo que Patricia se desmadejaba en un orgasmo brutal. Exhausta, se desplomó encima de él, que la abrazó en un acto reflejo. Cuando sus respiraciones se restablecieron, ella se retiró.

—Ahora no huyas como la última vez —dijo Mikel con una sonrisa en la cara.

—No temas, no lo haré —contestó ella con la cara sonrojada.

—¿Te duchas conmigo? —preguntó él.

Quería negarse, pero ya que aquel iba a ser el último encuentro con ese hombre de cuerpo definido y voz sensual iba a aprovecharlo.

—De acuerdo —aceptó.

Entraron en el baño desnudos, él lo hizo primero y le tendió la mano a ella que aceptó gustosa. Agradeció el contacto con el agua mientras él empezaba a acariciarle la espalda y los brazos. ¿Cuánto tiempo hacía que no le frotaban la espalda? Demasiado. Ese acercamiento era íntimo pero ya no le importaba.

—¿Pensabas en él verdad? —preguntó él mientras seguía frotándole la espalda.

—¡¿Quéee?! —gritó sorprendida.

—Que si pensabas en él cuando estabas conmigo —dijo muy serio aunque no enfadado. Mikel era muy observador y veía las reacciones de Patricia.

—No. —Lo dijo con rapidez—. No pienso, pongo la mente en blanco y disfruto del sexo —afirmó, aunque no siempre era cierto. Alguna circunstancia le recordaba a veces a momentos vividos con Alberto.

Esa pregunta la inquietó, pero estuvo rápida de reflejos y pronto reaccionó. Mikel daba por sentado que había otro, no iba a sacarle de su error, claro que lo había, pero no como él pensaba. Con Alberto era una cosa y con los otros amantes otra muy distinta.

Mikel no volvió a preguntar. Salieron de la ducha, se secaron y se vistieron.

—¿Tomas algo conmigo? —la invitó.

—No, es tarde, y mañana tengo que madrugar.

—De acuerdo —dijo él, conforme.

Mikel no quería forzar las cosas, la próxima cita sería para tomar un café, sería ahí cuando desplegara todas sus armas de seducción. Esa mujer le estaba volviendo loco e iba a intentar por todos los medios que fuera suya.

Se despidieron con dos besos y un «nos vemos el lunes».

Al día siguiente en la oficina Patricia recibió la enhorabuena por parte de Alicia.

—¡Estabas muy guapa!, te he visto en todas las ediciones del digitales de los periódicos.

—Gracias —dijo Patricia.

—Por cierto, ¿quién es ese chulazo con el que estás hablando? ¿Le conocemos? —preguntó Alicia con retintín.

—Me lo presentó Gerardo, ya sabes cómo es. Al parecer se trata de un empresario vasco que está ampliando mercado aquí. Su empresa es Acerías Arriaga, ¿te suena? —explicó Patricia.

—Pues no mucho la verdad, bueno en cualquier caso ¿qué tal fue todo?

—Bien —dijo Patricia.

A lo largo de la mañana se pusieron al día de todo lo ocurrido allí, bueno de todo no. De casi todo, había cosas que no debía contar a su jefa.

En la otra punta del país, Mikel no dejaba de pensar en Patricia, ¿qué estaba empezando a sentir por ella? No se había vuelto a enamorar, aunque cuando pensaba en ello con la distancia que daba el tiempo sabía que nunca había estado enamorado de Estíbaliz. Había sido parte de su vida desde siempre, sus padres eran muy buenos amigos de los de ella, así que siempre había estado en su casa y viceversa. Quizás la familiaridad de verse casi a diario hizo que empezaran a salir, Mikel había tenido sus relaciones antes, pero ninguna tan seria como para formalizar la situación. Comenzó a salir con ella a los treinta y cinco años cuando los dos ya habían tenido encuentros con otras parejas y estaban un poco cansados de relaciones sin futuro. Estíbaliz era hija única, y mimada donde las hubiera, conseguía todo lo que quería, era muy caprichosa, y cosa o persona de la que se encaprichaba la conseguía. Tenía cualidades para ello, era alta, delgada, de larga melena caoba, cuidaba su aspecto con mimo y siempre iba a la última. Materialista y superficial, lo único que le interesaba era ella misma; no tenía ninguna aspiración más en la vida. Con su hermana Arantxa no se llevaba bien pero ambas se respetaban. Con Aitor, su hermano, tenía una relación cordial de colegio.

Todo empezó muy bien, ilusionados ante las expectativas que les proporcionaba la vida, Mikel estaba centrado en el trabajo, eso le daba estabilidad emocional y la relación con Estíbaliz era buena. Se llevaban muy bien, lo cierto era que Mikel la consentía igual que lo había hecho su padre, le daba bastante espacio para ella, no la agobiaba, nunca había sido celoso y confiaba en ella plenamente. En el aspecto sexual, les iba bien, sin embargo alguna vez Mikel había insinuado algo sobre el intercambio de pareja o meter a un tercero en la relación, pero ella no lo compartía en absoluto, lo suyo era suyo. Por respeto a ella, Mikel así lo aceptó. Nunca, en los años que habían estado casados le había sido infiel ni había mantenido ningún contacto extraconyugal. Era algo muy claro, no soportaba la deslealtad por nada del mundo ni la falta de honestidad, era algo imposible de entender para él, tanto en el aspecto profesional como en el personal. Era una cosa que no soportaba. Podía aguantar casi cualquier cosa, pero eso no. Cuando decidieron casarse

ambas familias estaban pletóricas, les hacía especial ilusión que sus hijos se unieran, era una manera más de crear un nuevo vínculo entre ellos. Los años pasaron y la situación era cómoda para ambos, se querían, en teoría sí, pero Mikel anhelaba hijos, habían hablado sobre el tema pero nunca era el momento o no concretaban nada, eso estaba minando la moral de Mikel hasta que lo inminente sucedió y aquel idílico matrimonio fracasó. Arantxa siempre había sido muy reacia a que su hermanito se casara con aquella arpía que sólo quería su dinero, ella era así de directa, herencia materna. Cuando se separó de Estibaliz, realmente lo pasó muy mal, y fue su hermana, la que le hizo abrir los ojos y reaccionar a tiempo. Gracias a ella evitó males mayores.

Lo que le estaba pasando con Patricia era diferente, ¿se estaba enamorando de ella? ¿Era posible que en tan poco tiempo sintiera lo que sentía? Tenía sensaciones muy especiales cuando estaba cerca de ella. No sabía cómo explicarlo; eran contadas las ocasiones en que se habían visto, pero su instinto le decía que aquella mujer enigmática valía la pena. Era como un imán para él, le atraía, tenía algo que le volvía loco, algo aparte de su sensualidad y erotismo, que era mucho. Tendría que hacer todo lo que pudiera para conquistarla, parecía muy reacia a mantener una relación, no sabía por qué; intuía que algo le había pasado con otro hombre pero debía indagar más en el asunto y hacer que confiara en él. Al final después de todo parecía que tenían más cosas en común de las que aparentemente pudiera parecer. Ambos eran dos almas heridas.

*E*l sábado pasó tranquilo, los niños estaban con sus abuelos, sería el último fin de semana aquí antes de irse a la masía que tenían en Cataluña. Aprovechó para poner su casa en orden e ir preparando maletas y demás cosas para sus hijos. ¡Pi pi pi!

—Diga —contestó Patricia con la voz pastosa.

—¡Hola preciosa!

—¡Hola, Carlos! —dijo con la voz entrecortada.

—No me digas que Patricia Muñoz ¡está aún en la cama! —recreminó bromeando.

—Eh..., sí..., bueno, ¿qué hora es? —preguntó incorporándose y mirando el reloj despertador de la mesilla.

—Las diez y media —contestó el hombre que la llamaba.

—¡Ufff!, estaba muy cansada la verdad —confesó.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber Carlos.

—No, solamente que necesitaba descansar.

—Bueno, te llamaba para invitarte a comer, si puedes claro, hace mucho que no nos vemos.

—Sí es verdad, ¡vale! No tengo planes. Los niños no llegan hasta por la tarde, están con sus abuelos —explicó Patricia.

—Ah, vale, me han hablado de un restaurante nuevo, ¿quieres que vayamos allí? —preguntó Carlos.

—Está bien, donde tu elijas.

—Vale, te mando un mensaje con la dirección y nos vemos allí, ¿vale? Sobre las dos y media... ¿Qué te parece?

—Perfecto, nada formal ¿no? —preguntó un poco más despierta.

—Nada formal, luego nos vemos. Adiós.

Colgó el teléfono y se apoyó en el cabecero. Le estaban rondando por la cabeza muchas cosas de las ocurridas con Mikel la noche del jueves. No quería pensar en ello más, tenía que hacer algo para mantenerse distraída hasta la hora de la comida con Carlos. Decidió cortar el césped, le hacía falta. Saltó de la cama y se puso su ropa cómoda de trabajo, es decir, un chándal viejo y agujereado pero muy cómodo y unas zapatillas deportivas que se resistía a tirar y que para esas cosas le venían muy bien. Pasó por la cocina, una taza de café caliente y a funcionar. Arreglar el jardín siempre le había gustado, la relajaba y hacía que no pensara en nada. Cuando se casó con Alberto estuvieron buscando un sitio para vivir, siempre habían querido lo mismo y lo tuvieron claro, vivía en una casa de dos plantas más la buhardilla, en la parte baja se encontraba la cocina, el salón que daba al jardín trasero, un baño y una habitación que Patricia usaba como despacho. En la parte de arriba tenía tres habitaciones, la principal con un baño completo y en el pasillo había otro para el uso de las otras dos habitaciones, en la buhardilla había casi de todo, era el lugar que sus hijos usaban como sitio de juegos, una gran alfombra situada en el medio servía de

punto de encuentro de los dos hermanos, allí había juguetes, cuentos, disfraces, todo un mundo infantil para sus hijos. El que estuviera desordenado no le importaba, en el resto de la casa no era así, además su asistente lo tenía todo ordenado y limpio. Mientras pasaba el cortacésped iba canturreando alguna canción, sus años en la tienda de discos daban para mucho. Esa tarea le llevó un rato, había mucho que hacer. Toñi la mujer que se encargaba de que su casa estuviera reluciente y en orden no se encargaba del jardín, ¡sólo faltaba! Era una mujer extraordinaria, no sabría qué hacer sin ella. Intentaba que todo estuviera en orden aunque con dos niños revoltosos a veces le resultaba difícil.

Cuando acabó el trabajo, recogió el césped y los restos de poda en una bolsa gigante de basura, lo llevó al contenedor y miró el reloj.

—¡Las doce! Tiempo suficiente para arreglarse.

Patricia se dio una ducha un poco más larga de lo habitual, no tenía que salir escopetada a trabajar y eligió su atuendo. Como Carlos había dicho que nada formal, eligió unos pantalones de lino negro y una blusa sin mangas de color verde y sandalias de poco tacón. Se arregló el pelo como siempre y sólo se puso brillo en los labios. Debido a su trabajo iba todos los días maquillada y muy arreglada a trabajar. Patricia trabaja en una multinacional de cosmética, por eso tenía miles de potingues en casa, los probaba y daba su opinión al equipo de I+D aunque ese no era su cometido en la empresa. Ella era adjunta de dirección en España.

A las dos y cuarto llegó al restaurante que le había indicado Carlos en el mensaje, era un restaurante coqueto con muchos detalles de buen gusto. Era acogedor, combinaba madera y acero, tenía muchas plantas que destacaban en esa decoración cuidada. Patricia se acercó a la barra donde Carlos esperaba.

Se conocían desde la Universidad, estudiaron juntos Administración y Dirección de empresas. Siempre habían sido muy buenos amigos, aunque en repetidas ocasiones Carlos le hizo ver que quería algo más. Moreno, alto, ojos marrones, manos grandes, bien proporcionado y con buen cuerpo, de hecho practicaba ciclismo y eso hacía que estuviera fibroso.

—Hola, preciosa —se levantó del taburete y le guiñó un ojo.

—Hola, ¿qué tal? —contestó Patricia acercándosele y dándole dos besos.

—Muy bien, ¿cuánto hace que no os vemos?

—¡Ufff!, deja que piense —dijo mirando al techo. Después lo volvió a mirar con una sonrisa—. ¡Ni idea!

—Eso es demasiado —contestó Carlos sonriendo.

—Sí, es verdad —afirmó Patricia.

—¿Nos sentamos o quieres tomar algo?

—Un verdejo por favor —pidió Patricia al camarero.

El camarero solícito sirvió la copa de vino y a continuación empezaron a ponerse al día. Cuando terminaron su bebida se dirigieron al comedor, estaba decorado al igual que el resto; madera, plantas, fotografías en blanco y negro. Todo muy acogedor. La carta no era muy extensa pero lo que había parecía muy apetecible. Una vez eligieron y el camarero tomó la comanda continuaron hablando.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto, dispara —dijo Patricia mirándolo a la cara. Se dio cuenta de que estaba muy moreno, seguramente debido a sus largos paseos en bici.

—¿Estás bien?

—Sí, claro ¿por? —dijo ella algo extrañada.

—No sé, te noto cansada, tienes ojeras —explicó algo tímido. El decirle a una mujer que tenía ojeras no era muy diplomático, aunque ellos tenían la suficiente confianza como para hacerlo. Si no, Carlos en ningún caso hubiera comentado nada, no quería ofenderla por nada del mundo.

—Sí, ya, te lo he dicho antes, no he dormido mucho y no me he puesto ni gota de maquillaje, quiero descansar de eso —aclaró moviendo la mano a lo largo de su rostro.

—Ya, ¿puedes con todo sola? —insistió.

—Sí, ya sabes, Toñi tiene la casa en perfecto orden, los niños trato de que sean ordenados, y yo últimamente trabajo mucho, estoy con algo entre manos que me ocupa más tiempo del que quisiera pero si sale va a ser ¡la bomba! —dijo ella entusiasmada.

—Si tú quisieras... Yo te podría ayudar con todo... —añadió Carlos agachando la cabeza casi en un susurro.

—Carlos, Carlos, Carlos... ¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación? —preguntó Patricia poniendo cara de enfado pero sin conseguirlo.

—Lo sé, Patricia, pero tenía que intentarlo —dijo él algo cortado.

—Pues no lo intentes más, me siento incómoda cada vez que lo haces. Mira, escúchame. Te digo esto por última vez y zanjamos el tema —argumentó en tono serio pero sin mostrar enfado—. Tú y yo siempre nos hemos llevado muy bien, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Te considero mi mejor amigo, te aprecio y te quiero pero no de la manera que tú necesitas —afirmó ella serena y firme. Carlos levantó la mano intentando dar la réplica pero Patricia no le dejó—. Escúchame, déjame terminar. Yo no soy para ti, Carlos, ya me gustaría que hubiera surgido algo entre y tú y yo, pero no es así, lo siento. Sé que apreciabas a Alberto, que adoras a los niños y podrías ocupar un sitio muy especial en sus vidas, pero no puedo darte lo que tú necesitas.

—Bueno, podríamos intentarlo, igual con el tiempo...

—No serviría de nada, Carlos, no te engañes, acabarías sufriendo y no quiero hacerte daño, eres muy importante para mí. Sal por ahí, diviértete, hay miles de chicas estupendas esperando a un tipo como tú.

— ¡Ya! —dijo pensativo—, pero no son como tú.

—¡Gracias a Dios! —espetó riendo e intentando aligerar un poco la conversación que se estaba poniendo un poco más seria de lo necesario. —Sabes que no soy fácil Carlos, no te convengo, convéncete de ello —continuó.

Llegó el camarero y les retiró los platos del entrante, esto hizo que la conversación se relajara. Volvieron a reírse, recordando anécdotas de la universidad, contándose peripecias de su trabajo. Todo fluía de nuevo, la comida era excelente y la velada transcurrió de forma amable.

A las cinco terminaron de comer y decidieron tomar una copa en la terraza del local, Patricia se tenía que ir en breve pues llegaban sus hijos. Carlos estaba algo pensativo y ausente parapetado tras sus gafas de sol, y aunque no se le veía bien la expresión, en su cabeza bullían mil cosas.

—¿Sabes qué? —dijo de repente.

—Dime —contestó Patricia mirando al horizonte, el local tenía unas vistas excelentes, al estar alejado de la ciudad el paisaje era evocador.

—Voy a hacer lo que tú me has dicho, voy a salir a dejarme querer, a encontrar a alguien.

—Me parece muy bien, pero no fuerces las cosas, todo tiene que fluir —le sugirió Patricia.

—Ya, entiendo, y tú ¿qué vas a hacer? —quiso saber curioso.

—¿Yo?, hacer de qué —preguntó Patricia frunciendo el ceño.

—¿Por qué no sales? Te diviertes, conoces a alguien, todo eso que me dices a mí —dijo Carlos devolviéndole la sugerencia.

—¡Uyyyy!, no tengo tiempo para eso y ni quiero, además sí salgo y me divierto, pero no quiero complicarme la existencia. Mi vida está así bien —afirmó Patricia convencida al cien por cien.

—Como tú digas —respondió Carlos no muy convencido.

Cuando terminaron sus copas, se despidieron y quedaron en verse pronto. Patricia se fue a casa a esperar a sus hijos. Estaba deseando achucharlos y besarlos.

*E*l lunes empezó con fuerza, tenían que ir concretando visitas para la siguiente semana con otras delegaciones. Había mucho trabajo que hacer por delante, cuando de repente se acordó de que tenía una cita con el tutor de Alberto, todos los años antes de finalizar el curso hacía una tutoría individualizada con los padres para indicarles las pautas a seguir en verano y de cara al nuevo curso. Además había quedado con Mikel en una cafetería cercana al colegio de sus hijos. De una vez por todas terminaría esa historia y él la dejaría en paz, como se fiaba de su palabra así lo creía.

—Alicia, perdona, te recuerdo que hoy tengo reunión con el tutor de Alberto, ¿te acuerdas? — dijo Patricia asomándose por la puerta del despacho de Alicia.

—No, pero da igual, ve, luego confirmamos lo que nos falta. Igual esta tarde tenemos que quedarnos un rato más a concretar los flecos que quedan de lo de Toledo.

—Vale, de acuerdo, cuando acabe nos quedamos a comer en la oficina y avanzamos.

—Venga, vete.

—Hasta luego.

—Chao —contestó Alicia tecleando en el ordenador ya sin mirarla.

No le gustaba mentir, bueno, no era una mentira, era una verdad a medias, tenía reunión en el colegio, pero también con Mikel.

Llegó a las once menos cinco a la cafetería donde habían quedado, iba como siempre, arreglada y maquillada, su trabajo así lo requería, no se había puesto nada extraordinario para mantener una cita con Mikel. Pidió un café en la barra y se puso a leer el periódico. Estaba como una quinceañera, algo nerviosa, en su estómago revoloteaban miles de mariposas. Le temblaban las manos, pero ¿estaba tonta? ¿Cómo podía ponerse nerviosa por una cosa así? Estaba más que acostumbrada a estar en reuniones todos los días y a lidiar con personas mucho más difíciles que Mikel. Aunque claro, un detalle importante era que esas otras personas no tenían ese magnetismo que desprendía Mikel. Suspiró mientras miraba el reloj, las once y cinco, odiaba esperar, iba a esperar otros cinco minutos y se iría. Si es que era idiota, pensó, se la había jugado y eso que parecía un hombre de palabra. Miró de nuevo el reloj, eran las once y diez, cogió el teléfono y se dispuso a llamarle, no quería quedar como una idiota orgullosa, pero la iba a oír pero bien.

—¡Mierda! —dijo, sólo tenía el dos por ciento de batería, lo suficiente para llamarle, marcó el número y le saltó el contestador, cuando se disponía a dejarle un mensaje se cortó la comunicación—. ¡Mierda otra vez! —miró a la pantalla y efectivamente la batería se había agotado. Cosas del destino, pensó, si llegaba a tener batería, no sabía lo que hubiera salido por esa boquita.

Iba a pagar el café e irse cuando alzó la vista y, en la televisión del bar, tenían puesto uno de esos programas matinales donde se disecciona la vida política, económica y social de este bendito

país y allí leyó en los titulares: «Fallece el empresario vasco Andoni Arriaga», aquel apellido era el de Mikel.

—¡Joder! —dijo.

En la imagen apareció Mikel del brazo de otra mujer, una mujer mayor que supuso que era su madre y algún familiar más. Como el televisor no tenía el volumen puesto le pidió al camarero si podía ponerlo, él aceptó sorprendido y allí se enteró de que efectivamente era el padre de Mikel el que había fallecido. Se acordó de que Gerardo el día del almuerzo de la Cámara de Comercio, había comentado algo. Los tertulianos hablaban y comentaban lo buen empresario que había sido... bla... bla... bla... No pudo escuchar más, sólo veía la cara de Mikel, estaba abatido, desolado, una tristeza infinita se mostraba en su cara, iba del brazo de su madre y al otro lado otra mujer muy guapa y con mucho estilo. Patricia miraba la televisión alucinada hasta que uno de los tertulianos dijo:

—Su hijo Mikel estaba acompañado de su ex mujer Estíbaliz.

¿Cómo?! ¿Qué pintaba ella allí?! Se preguntaba dejando aflorar unos celos que no sabía que existían, ¿no se suponía que era su ex? Patricia no entendía nada, pero los tertulianos no la sacaban de dudas ya que a partir de ahí empezaron las divagaciones y suposiciones acerca de... si había habido una reconciliación..., si nunca se habían separado..., si la muerte de su padre..., etc..., etc.

Cuando salió del bar, Patricia estaba algo atontada ante la noticia. ¿Por qué le afectaba tanto?, quizás porque ella sabía lo que era perder a un ser querido, por lo poco que sabía de la vida de Mikel, su padre era muy importante para él, o por lo menos le dio esa impresión cuando hablaba con Gerardo.

En la reunión con el tutor de Alberto no se enteró de mucho, aunque intentó estar atenta a lo esencial.

Un poco más calmada llegó a la comida que tenía con Alicia, aunque le pasó algo parecido. Intentó aguantar el tirón durante el resto de la jornada aunque su cabeza no dejaba de pensar en Mikel y en la muerte de su padre. El día estaba resultando agotador.

Cuando llegó a casa por la tarde, se desvistió y se dio una ducha, se puso cómoda y pensó en llamarlo, oír su voz, decirle que lo sentía, decirle algo pero no sabía muy bien el qué. ¿Qué se hacía en estas situaciones? ¿Qué debía decirle? ¿Era de recibo llamarle y presentarle sus condolencias? ¿Lo harían las mujeres que se habían acostado con él anteriormente? No tenía ni idea. Cuando se quedó sola en la habitación y los niños estaban acostados, lo volvió a llamar, esta vez con la batería cargada. Dejó que sonara, no era muy tarde, pero tampoco insistiría, igual estaba descansando. Volvió a saltar el contestador, aunque cuando sonó el *pliiiiii* no supo que decir y colgó. Estaba bloqueada, no le pasaban estas cosas desde hacía mucho tiempo. Optó por mandarle un whatsapp, pero ¿qué le iba a poner? Borraba una y otra vez el texto, al final decidió poner: «Hola soy Patricia, siento mucho lo de tu padre. Un beso. Patricia».

No se hizo esperar su respuesta, estaba claro que no le apetecía hablar con nadie, pero los mensajes los leía. «Muchas gracias, te debo un café. Mikel».

Cuando leyó el mensaje no pudo evitar sonreír, a pesar de las tristes circunstancias personales se había acordado de que tenían una cita y un café pendiente. Con una sonrisa se quedó dormida al instante.

Pasaban los días y seguía sin tener noticias de Mikel, mejor así, había solventado de un plumazo el tener que volver a verlo aunque lo cierto era que la manera había sido radical y muy dolorosa, sobre todo para él. Patricia se centraba en su trabajo, tenía un verano ajetreado. Alicia, su jefa, se había tomado sus vacaciones y era ella la que está al mando hasta que regresara.

Esa misma mañana, los niños se habían levantado pronto, Patricia ya había preparado las maletas cuando sus abuelos llegaron a buscarlos. Se los llevaban de vacaciones. Notó un nudo en la garganta cuando se despidió de ellos, siempre le pasaba igual, la idea de separarse de ellos la mortificaba aunque sabía que iban a estar muy bien cuidados y se lo iban a pasar genial. Se despidió de ellos mientras luchaba por no derramar ni una sola lágrima, no la gustaba mostrar debilidad frente a sus hijos, cuando ellos se fueran podría dejar fluir todo el dolor que sentía por dentro. Mantendría el contacto como siempre, todos los días los llamaría y hablaría con ellos, los niños le contarían mil y una aventuras, allí estaban encantados de la vida.

El fin de semana llegó y en vista de que parecía que Mikel se ha olvidado de ella decidió ir al (S)experience, estaba frustrada, enfadada ante la situación. Se había colgado más de la cuenta de Mikel, lo deseaba y no quería que aquello hubiera ocurrido. Querría haberse deshecho de él pero a la vez deseaba verlo, tocarlo, sentirlo, escuchar esa voz que la transportaba y la hacía ser una muñeca en sus manos.

Cuando llegó al local, se acercó a la barra, y rápidamente al verla sola fueron varias personas las que se le acercaron cada cual con una propuesta más tentadora que la anterior, pero las rechazó todas, ¿por qué? No tenía ni idea. Decidió ir con su bebida hacia un reservado donde permitían la entrada, en él había un hombre con varias mujeres. Todos estaban desnudos sobre la cama, el hombre estaba de rodillas en el centro, y las mujeres rodeándolo. Patricia estaba expectante. Una voz femenina le preguntó cuando la vio entrar

—¿Te unes a nosotros?,

—No —contestó Patricia—, sólo quiero mirar si puede ser.

—Como desees —dijo el hombre que estaba masturbando a una de las mujeres, mientras otra le estaba chupando el pene y la otra comía el sexo de la que estaba practicando la felación.

Era todo un espectáculo. Se oían los gemidos del hombre y de las mujeres, cada uno obtenía el placer de una manera diferente. Todos disfrutaban y gozaban. En otras circunstancias Patricia se hubiera unido, no era lo que más le gustaba pero hubiera estado bien. Pero ese día no quería, no podía. Cuando terminó de ver el espectáculo que le estaban ofreciendo aquellas personas decidió irse a casa. Estaba enfadada, pero ¿por qué? Podría haber disfrutado del sexo como en otras ocasiones, pero no dejaba de pensar en Mikel. Fue a su habitación, estaba excitada con lo que había visto, se desvistió, se metió en la cama y se masturbó con rabia, con saña, incluso en algunos momentos aquel acto le produjo dolor. Estaba descargando su frustración en ella misma.

—**B**uenos días Patricia —dijo su secretaria.

—Hola Raquel. ¿Tengo algo pendiente por ahí? —preguntó Patricia mientras se dirigía a su despacho.

—Sí, te ha llamado a primera hora Mikel Arriaga. Ha dicho que más tarde volvería a llamar.

Patricia cerró la puerta tras de sí y se sentó en su silla, cerró los ojos, si Mikel había llamado era para quedar a tomar un café, tenía que hacerlo cuanto antes y zanjar el asunto de una vez por todas. Tenía que hacerlo y quería hacerlo, tenía que deshacerse de él pero también quería verlo por última vez. El hecho de que la hubiera llamado le había agradado enormemente ¿Qué le estaba pasando con ese hombre? ¿Por qué quería verlo por última vez? ¿Qué quería demostrarse a sí misma? Siguió haciéndose preguntas hasta que desechó esos pensamientos de su cabeza y se puso a trabajar, así desconectaría de ello por el momento.

A media mañana Raquel, su secretaria, le comunicó que Mikel estaba al teléfono. Se le encogió el estómago. Suspiró y descolgó.

—Buenos días, Patricia —dijo con su voz profunda.

—Hola, Mikel —respondió con la garganta seca. Era el primer día que hablaban desde que se había enterado de la muerte de su padre.

—¿Qué tal? —le preguntó él con su característica voz.

—Bien, y ¿tú? —¿Qué tonta! No había sido capaz de preguntarle cómo estaba y es que ese hombre la anulaba, su conciencia no respondía. Esa voz, ese cuerpo, sus ojos, todo en él provocaba un colapso en su interior, su lengua recorriéndole la boca.... ¡Madre mía!, Estaba divagando y excitándose y sólo había saludado.

—Bueno, ahí voy —contestó él—. Sabes para que te he llamado, ¿verdad? —dijo cambiando de tema.

—Sí, claro —respondió. Estaba acalorada, seguro que si alguien la veía tendría la cara roja como un tomate.

—Vale. Esta tarde ¿te viene bien? —preguntó seguro de sí mismo.

—Sí, a partir de las siete estoy libre, así que cuando quieras.

En la oficina tenía horario de verano y salía antes, aunque cuando Alicia no estaba solía quedarse un rato más, así adelantaba trabajo y como nadie la esperaba en casa no le importaba, ese día sería diferente, saldría antes.

—De acuerdo, pues a las siete y media en la terraza que hay en frente de mi hotel —dijo Mikel como siempre con la voz profunda—. Es el hotel Alameda, ¿te va bien? ¿Sabes dónde está?

—Sí, claro, pues allí nos vemos, entonces.

—Adiós.

—Chao.

La mañana se le pasó volando. A las cinco de la tarde fue a casa y allí se relajó un rato, aunque no paraba de hacer cosas para no pensar en lo que iba a suceder por la tarde. Se había imaginado una y otra vez millones de diálogos entre los dos y no sabía cuál de ellos se produciría en realidad. Podría ser brusca, borde, condescendiente, impetuosa, maleducada... No sabía cómo se desarrollaría la situación y eso la ponía nerviosa. Suspiró y empezó a arreglarse, fue a su colección de vinilos, necesitaba algo que le animara, que le diera fuerza para enfrentarse a algo que ni ella misma quería reconocer. Eligió un disco de Elvis, siempre le había gustado mucho y tarareando se metió en la ducha. Cuando se hubo secado, eligió con esmero el atuendo. Como no era nada formal ni de trabajo, eligió ropa cómoda. Le encantaba todo lo *hippy*, prendas cómodas, sueltas... aunque ella lo combinaba a su manera. Nada que ver con la ropa que llevaba al trabajo. Para su trabajo siempre usaba diseños más sobrios, elegantes, clásicos en algunos casos, no le gustaba especialmente pero tenía que ser así, de todas las maneras, elegía lo que mejor le sentaba y realzaba su cuerpo, una cosa era que no le gustara ir así vestida y otra muy distinta el no sentirse cómoda y atractiva. Con los zapatos era diferente; los tenía de todos los estilos y formas, clásicos, modernos, llamativos, formales, la colección era inmensa, y es que no se cansaba de ellos, eran su debilidad. Fue hasta el armario de su habitación y eligió un vestido de lino verde esmeralda con bolsillos de plastrón en tonos más oscuros, con unos tirantes en cuerda marrón. Los combinó con unas sandalias planas de tiras de colores. Se puso sus collares y pulseras de cuentas, nada de maquillaje y el pelo recogido en un moño informal.

A las siete y media, puntual como siempre llegó a la terraza; Mikel ya estaba allí y se sorprendió al verla así vestida. Él también vestía de forma informal, vaqueros, camiseta y unas zapatillas deportivas. Era la primera vez que lo veía así, y reconoció para sí misma que se pusiera lo que se pusiera estaba muy bueno.

—Hola.

—Hola. —Se saludaron con dos besos.

—¿Qué tal?

—Bien —dijo y se calló.

Patricia puso cara de extrañeza.

—¿Pasa algo?

—No, es solo que no me esperaba verte vestida así.

—Ahh, entiendo. Pues a mí me gusta —contestó un poco a la defensiva.

—A mí también —respondió—, pero no me lo esperaba.

El camarero se acercó, Patricia pidió una cerveza fría, Mikel ya tenía la suya en la mesa.

—Antes de nada —empezó Patricia—, siento lo de tu padre.

Una mirada melancólica cruzó el rostro de Mikel.

—Gracias —respondió con una sonrisa triste—. Ha sido un duro golpe, la verdad, ninguno nos lo esperábamos.

Llegó el camarero y se hizo el silencio de nuevo. Todas las conversaciones ensayadas en la cabeza de Patricia habían desaparecido, no sabía qué decir.

—Él y yo teníamos una relación muy estrecha, trabajábamos juntos y aunque en ciertas cosas no estábamos de acuerdo, nos llevábamos muy bien. Como te puedes imaginar también discutíamos —dijo moviendo la mano en un gesto que hacía ver que esas peleas eran bastante fuertes. ¿Y tus padres, Patricia? —preguntó Mikel.

—Han desaparecido —dijo ella mirando los coches que pasaban. De nuevo se hizo el silencio.

—Entiendo que eso significa que están muertos, ¿no? —insistió Mikel intrigado.

—Sí —dijo Patricia, suspiró profundamente y empezó a relatarle una historia que llevaba muchos años encerrada en lo más profundo de su ser y que sorprendió a Mikel—. —Mis padres eran un matrimonio consolidado, con una vida cómoda y apacible. Siempre habían querido hijos pero éstos no llegaban. Con cuarenta y ocho años, mi madre se quedó embarazada de mí, edad a la que por otra parte, en aquella época se era más abuela que madre. No esperaban esa noticia y eso les trastocó la vida como te puedes imaginar. —Relataba Patricia con calma—. Para colmo de males, no era el niño esperado, fui una niña. Con el paso de los años, el matrimonio se fue deteriorando debido a mí, es decir, las peleas eran continuas, los malentendidos, la forma de ver mi educación, la situación les sobrepasaba. Les vino grande todo aquello. —Explicaba cada vez con más dificultad—. No puedo decir que tuve una mala infancia, no. No me faltó de nada, pero necesitaba algo muy importante: cariño. Mis padres me veían como el elemento que había perturbado su existencia y había desequilibrado su vida de pareja, no creo que no me quisieran pero se podía decir que era alguien extraño en sus vidas. —Sentenció. Bebió un trago de cerveza ante la atenta mirada de Mikel que observaba a aquella mujer enigmática con auténtica devoción—. Cuando cumplí dieciocho años, mi padre me preguntó si quería ir a la universidad y yo le contesté que sí, me dijo que de acuerdo, que él me pagaría el primer año de matrícula y el material necesario, pero que a partir de ahí me tendría que buscar la vida. Así sabría labrarme mi propio futuro. Él opinaba que sin esfuerzo nada se valora, en cierto modo es así, pero lo que me ofreció tampoco era ningún regalo. De hecho, ellos se veían obligados a hacerse cargo de mí, por la sociedad o por su conciencia, no sé por qué, y lo hicieron pero nada más que hasta el límite legal por decirlo de alguna manera—concluyó Patricia.

—Y ¿lo cumplió? —preguntó Mikel.

—Sí, de hecho murió al año siguiente. —Mikel iba a decir algo, pero Patricia levantó el dedo a modo de corte, para que la dejara terminar—. El primer año de universidad encontré un trabajo por las tardes en una tienda de discos y algún fin de semana ponía copas en un bar de unos amigos, así cada céntimo que ganaba lo guardaba para el curso siguiente. En cuanto pude me fui de casa. Mi madre no superó la muerte de mi padre y aunque habían discutido mucho en los últimos tiempos, no podían vivir el uno sin el otro. Yo acabé mi carrera y empecé a trabajar, mi madre cada vez estaba peor, no solo era la pena y la depresión, tenía principio de Alzheimer con lo que tuve que ingresarla en un centro psiquiátrico. No estaba bien. Parte de la herencia que recibí de mi padre a los veintiún años, fue destinada a la cura de mi madre. No pudieron hacer nada por ella, se iba consumiendo poco a poco. Murió el año pasado; todas las semanas iba a visitarla, pero ella pensaba que yo era su hermana, no se acordaba de que tenía una hija ni de su marido. No la saqué de su error, además me dijeron que cambios e impresiones bruscas la ponían nerviosa y alterada, así que evitaba contarle nada de mi día a día fuera de lo normal.

—Uff, lo siento —dijo Mikel apenado por la historia de Patricia.

—No pasa nada, cuidé de ella hasta el final de sus días aunque para mí era una extraña —dijo Patricia mirando a Mikel—. La quería porque era mi madre, pero nunca sentí la complicidad que tienen las hijas con sus madres como... —en ese momento Patricia se calló, no se atrevió a terminar la frase y concluir diciendo... «como la que tengo yo con mis hijos».

El silencio se hizo de nuevo. Patricia se había abierto a ese hombre sin pedírselo si quiera, le había salido espontáneamente. Pocas personas sabían su verdadera historia, el caso era que sintió una gran liberación al contárselo. Quizás debería haberlo hecho antes, sentir que ese peso se quitaba de su cuerpo, de su mente, era un acto que indudablemente le estaba haciendo mucho bien.

—¿Te puedo hacer una pregunta más personal? —insistió Mikel.

—Sí, luego decido si te contesto o no —respondió Patricia moviendo las cejas.

Estaba siendo un poco borde, intentaba reconducir la conversación para terminar con aquello. Vale que le hubiera contado parte de su vida pero esa no era la misión que tenía entre manos, tenía que terminar con ese encuentro y así dejar de ver a ese hombre como alguien interesante por el que realmente se sentía atraída.

—¿Por qué vas al (S)experience? —preguntó con cautela.

—¡Anda mi madre! —contestó Patricia—. ¿Y tú? Pues porque me gusta el sexo y allí encuentro lo que busco. No quiero nada más que eso —dijo simple y llanamente.

—Patricia... —dijo él con voz sensual.

Oh, oh, no podía hacer aquello, la descolocaba.

—¿Siiii...?

—Tú y yo lo pasamos bien, ¿no? —preguntó sabiendo la respuesta de sobra.

—Sí —dijo con rotundidad.

—Tú me gustas. —Calló mirándola y repitió despacio—. Me gustas mucho. —Mal asunto, pensó Patricia. No le gustaba nada lo que oía, bueno, sí le gustaba, pero no iba a admitirlo—. Y creo que yo a ti también —continuó.

—Eso no quiere decir nada —sentenció Patricia que se había percatado de que la atracción era mutua.

—Pero, si nos gustamos, lo pasamos bien y nos entendemos, ¿qué problema hay? —preguntó Mikel deseoso de obtener una respuesta afirmativa.

—Ninguno —dijo tajante.

—Entonces no lo entiendo —respondió Mikel frustrado ante la cabezonería de ella, no entraba en razón. Le había expuesto las cosas tal cual eran y aún así no se bajaba del burro—. ¿Qué te pasa? —preguntó directamente. Hasta ahí había llegado su paciencia.

—Te dije que yo no repito y así va a seguir siendo —afirmó seria y concentrada en mantener su postura firme.

—¿Por qué? —quiso saber. Necesitaba una respuesta contundente, no la ambigüedad que estaba demostrando Patricia en sus afirmaciones.

—Porque no y punto —dijo seria.

—No lo entiendo, eso no es una respuesta —protestó ofuscado intentando tener paciencia y comprender.

—No hay nada que entender. Es mi decisión deberías respetarla te guste o no —contestó Patricia firme.

—Si yo te respeto —dijo a la defensiva —pero no me gusta. Me gustaría seguir viéndote y si todo fluye pues muy bien, si no funciona pues nada. No pudo ser. —Se la había jugado, había sido honesto y sincero como nunca y ahora esperaba la misma respuesta por parte de Patricia.

Aquella palabra en su boca, «fluir», fue la misma que usó ella para aconsejar a Carlos, ahora era ella la que la escuchaba dirigida a su persona. El caso era que fluir, fluía, pero no lo quería aceptar. De repente, se armó de valor, suspiró y levantando los ojos de su cerveza comenzó a decirle a Mikel.

—Mira Mikel, escúchame porque no voy a volver a contar esto a nadie, de hecho no sé por qué lo voy a hacer —dijo auto infundiéndose valor, ya era demasiado tarde para rectificar. Se lo contaría y asunto concluido.

—¿Qué te pasa? —Se asustó ante el tono de su voz y el posterior silencio. A veces los silencios dicen más que las palabras, pensó él. Aquello sonaba a confesión.

—Miedo —dijo en un susurro.

—¿Miedo? —repitió sorprendido—. De todas las posibles respuestas nunca hubiera pensado en esa —dijo intentando entender cómo ella, una mujer con confianza en sí misma, que acudía sola a un club de intercambio de parejas podía tener miedo, era inconcebible.

—Sí —continuó mirándolo a los ojos—. Tengo miedo a ilusionarme contigo, de sentir algo más que atracción sexual hacia ti y que luego te vayas. —Lo dijo todo del tirón casi sin respirar y cuando terminó sus pulmones le quemaban.

—¿Cómo?! ¿Por qué me voy a ir? No entiendo, te acabo de decir lo que me pasa contigo, no puedo dejar de pensar en ti. No me voy a ir si me dejas estar a tu lado —decía Mikel intentando expresar sus sentimientos de tal manera que Patricia le entendiera de forma clara.

—Mikel, soy viuda, estuve casada hasta hace dos años cuando Alberto murió. —La cara de Mikel era un poema, cambió de estar sorprendido a quedarse sin palabras, no sabía qué decir. La voz de Patricia aunque serena se iba rompiendo—. Mi marido era fisioterapeuta, trabajaba para un equipo de balonmano profesional y casi todos los fines de semana viajaba con el grupo, pero cuando los desplazamientos eran cortos, llevaba su coche y volvía a casa para pasar la noche conmigo. Cuando el trayecto era de más días o más largo, viajaba con el equipo y volvía con ellos. Esa noche decidió regresar, el sueño le venció y tuvo un accidente con el coche, murió en el acto —dijo con la voz quebrada, pero continuó como pudo para terminar de relatarle la historia a Mikel—. Hasta hace poco no he conseguido perdonarlo por abandonarme y dejarme sola. Me refugié en mi trabajo y familia y estando en el (S)experience me olvidaba un poco de todo. No quiero que me vuelva a pasar algo así. —Patricia rompió a llorar cuando acabó de decir la última palabra. De repente había explicado a un completo desconocido toda su vida, sus miedos y temores, así sin más, sin pensarlo ni premeditarlo, de forma espontánea.

—¡Joder! —dijo Mikel—. No llores, por favor te lo pido. No te puedo prometer algo que no está en mi mano, pero puedo intentar estar a tu lado y no dejarte sola. —No sabía qué más decir, aquella historia había tocado el corazón de Mikel, lo que unido al reciente fallecimiento de su padre hacía que no pudiera reaccionar de otra manera.

Estuvieron mucho más tiempo hablando de todo un poco, de gustos, preferencias, estudios, su trabajo, de cosas cotidianas que hicieron que no se sobrecargaran de emociones. Patricia se había abierto a ese hombre como nunca antes lo había hecho a nadie, se sinceró, y, sorprendentemente, el contárselo a alguien que apenas conocía la liberó en cierta medida de su angustia interna. Pasaron varias horas hablando y Mikel le propuso ir a su hotel. Patricia estaba cansada física y psicológicamente, el hotel estaba enfrente, así que aceptó. Cuando llegaron a su habitación, Mikel la ofreció una camiseta suya para dormir, Patricia se la puso, se metió en la cama y se quedó dormida acurrucada contra él, que le acariciaba la espalda. Hacía dos años que nadie la abrazaba para dormir, y eso la reconfortó enormemente. Mikel tardó en dormirse, no pudo dejar de pensar en todo lo que le había contado hasta que, vencido por el sueño, se durmió de madrugada.

A la mañana siguiente un ruido sobresaltó a Patricia, que abrió los ojos desperezándose y miró alrededor, ¿dónde estaba? No reconocía la habitación. La noche anterior no se había fijado en ningún detalle. Se movió un poco y notó una mano fuerte que la abrazaba por detrás, era Mikel y estaba en la cama de su habitación de hotel. Aquella situación la satisfizo de alguna manera, en el fondo la gustaba sentirse protegida por un hombre como él. Aunque quisiera negar sus sentimientos, éstos cada vez eran más fuertes.

—Buenos días —ronroneó Mikel en su cuello.

—Buenos días —dijo Patricia.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó preocupándose por ella.

—Muy bien —se sinceró Patricia—, hacía tiempo que no dormía así.

—Me alegro, ¿quieres desayunar? Pediré algo —contestó sin dejar que respondiera.

—Sí, por favor, tengo mucho hambre, ayer no probamos bocado.

—Enseguida vuelvo.

Patricia vio alejarse a Mikel para llamar por teléfono al servicio de habitaciones, aquel cuerpo era espectacular, estaba solo con un bóxer y lo que podía ver era muy apetecible. Ya lo había visto desnudo evidentemente pero ahora con más detenimiento y sin ser observada podía recrearse la vista sin problema.

Cuando el desayuno llegó, Mikel había pedido de todo. Patricia lo miró sorprendida antes de fijarse en toda la comida que tenía delante cuando salió del baño.

—No sabía que te apetecía así que he pedido de todo un poco —dijo a modo de disculpa moviendo los hombros.

—Vale, soy de buen comer, aunque creo que será demasiado para los dos —aseguró sonriendo.

Empezaron a desayunar en silencio, pero fue Mikel el que rompió ese silencio diciendo:

—Patricia —dijo con su profunda voz.

—¿Sí? —contestó ella con la boca llena.

—En cuanto a lo de ayer, a la conversación que mantuvimos...

—Para, para, para. No digas nada —sugirió ella levantando la mano—. Te lo conté y punto. No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Voy a hacer un esfuerzo muy grande rompiendo mis normas contigo, no quiero pensarlo más. Lo que tenga que ser será —dijo Patricia poco convencida.

Romper sus reglas autoimpuestas no era fácil para ella, de hecho todavía dudaba, la vida que llevaba le gustaba, pero también reconocía que tener a alguien que la abrazara al dormir como había hecho Mikel la noche anterior la reconfortaba enormemente y compartir sus cosas cotidianas con alguien que no fueran sus hijos era de agradecer. Patricia pensó en ese momento que Mikel se había acojonado ante todo lo ocurrido, y todavía no le había dicho nada de sus hijos, igual si lo sabía huía como un gato del agua.

Esa parrafada que se había marcado Patricia hizo reír a Mikel, por fin lo había conseguido, Patricia había sucumbido a sus encantos aunque todo lo había hecho ella.

Esa situación tan cotidiana le encantó, los dos semidesnudos en la cama desayunado, algo normal en una pareja y que ahora que lo pensaba nunca había vivido con Estíbaliz, su ex. Para ella el simple hecho de desayunar en la cama suponía migas entre las sábanas que luego picaban, sábanas pringosas de mermelada, calorías, hidratos de carbono, lactosa y una larga lista de inconvenientes. Vamos como que no entraba en sus planes algo así. Tengo que contarle lo de Estíbaliz pensó Mikel, pero no quería romper la magia del momento. Patricia se mostraba tal cuál era, sencilla, dicharachera, nada que ver con la mujer que se encontró por segunda vez en el (S)experience, allí ella se transformaba, iba a disfrutar, era una mujer segura de sí misma y de sus posibilidades, que no sentía ningún pudor por gozar. Cuando acabaron de desayunar, Mikel retiró la bandeja y se acercó a Patricia dándole un beso en los labios.

—¡Qué bien sabes! —dijo.

—Gracias, tú también —contestó ella sonriendo.

Aquello se fue acelerando, los besos eran cada vez más ardientes. El la agarró de las caderas y

asoló su boca despacio y luego más rápido. Una cosa llevó a la otra y terminaron haciendo el amor en la cama del hotel, después en la ducha y por último en el sillón que había en la habitación. Sus encuentros eran calientes, morbosos y muy sensuales. Mikel era una amante extraordinario, sabía muy bien lo que tenía que hacer para dar placer a una mujer sin necesidad de estímulos externos, cosa que en algunas ocasiones estaba muy bien, pero no era el caso en ese momento.

Pasaron el día juntos, paseando por la ciudad, comiendo en una terraza y mostrando su amor en público como dos enamorados más. La verdad era que esa sensación era maravillosa para Patricia que se encontraba en un estado de semiinconsciencia, estaba como en una nube. Mikel era encantador. Hablaron de mil cosas, de sus familias, de sus gustos musicales, de viajes... Patricia no se atrevía a decirle que tenía dos hijos, que eran lo más maravillosos que tenía en su vida, por ellos lo daría todo pero se mostraba muy cauta a la hora de incluirles en alguna relación que pudiera iniciar. Nunca había ocurrido, se lo había autoimpuesto a sí misma, pero ahora no podía ocultar lo que estaba sintiendo por Mikel, sin embargo, quería tomárselo con calma. El día que diera ese paso querría estar muy segura de ello. Sus hijos no debían encariñarse de alguien y que luego ese alguien desapareciera de la noche a la mañana porque no funcionara la relación entre ellos. No quería que sufrieran de manera innecesaria. Cuando Alberto murió eran muy pequeños pero así y todo sintieron su ausencia, esa época de su vida había sido muy dura, se vio sola criando a dos niños pequeños sin nadie más, estaba claro que sus suegros la ayudaban en todo lo que podían pero la mayor parte del tiempo era ella la que tenía que tirar para adelante, lo había hecho como supo, había cuidado de sus hijos, se había volcado con ellos para intentar que no sintieran el vacío que ella sentía por la ausencia de Alberto. Todavía se asombraba de la capacidad de sus pequeños para recuperarse de un trago así, ella todavía en ocasiones se derrumbaba, pero ellos lo habían asumido como algo natural.

—Patricia, tengo algo que contarte —le dijo en tono serio cuando estaban sentados en una terraza tomando una cerveza.

Patricia lo miró un poco asustada. Se temía lo peor, para una vez que se decidía a dar el paso, ahora se estropeaba todo, pensó. Estaba claro que no podía ser tan bonito.

—Dime —dijo ella.

—Verás, no sé cómo decirte esto. Yo estoy divorciándome de mi ex —prosiguió serio mirándole a los ojos. Ella resopló aliviada pues ya lo sabía, lo había visto en internet y en la televisión el día que quedaron en la cafetería.

—Ah —dijo ella.

—Estamos casi terminando todo el proceso, aunque reconozco que está siendo bastante tedioso.

—Ya entiendo —contestó ella — ¿Cuánto tiempo has estado casado?

—Pues cinco años, lo cierto es que conozco a Estibaliz de toda la vida, sus padres y los míos siempre han sido amigos, mi hermano se ha llevado muy bien con ella de siempre, aunque no puedo decir lo mismo de mi hermana. Nunca se soportaron. —Eso la hizo sonreír, no conocía a la hermana de Mikel, pero ya la caía bien. —Empezamos a salir después de haber tenido nuestras relaciones por ahí, aunque nada serio. Era fácil, nos conocíamos tanto que todo resultaba sencillo. Nunca he sido excesivamente exigente y le daba bastante libertad. No la agobiaba, vamos. Cuando nos casamos yo pensaba que estaba enamorado de ella.

—Y ¿no lo estabas? —preguntó ella extrañada.

—A día de hoy, puedo decirte que no. Cariño sí, la quería, pero no estaba enamorado de ella. Me ha costado tiempo darme cuenta pero lo tengo claro —dijo convencido de sus palabras.

—Ya entiendo —contestó Patricia.

—Todo acabó cuando yo le planteé la posibilidad de ser padres, lo habíamos hablado antes, aunque nada serio. Comentábamos la posibilidad pero sin concretar nada. Ella me daba largas, excusas..., que era pronto..., que tenía que disfrutar..., que éramos jóvenes, aunque la verdadera razón era que no quería tener hijos y punto. No entraba en sus planes, no quería que su cuerpo se deformara, ni sufrir síntomas de embarazo, dolores de parto, noches sin dormir... sólo veía inconvenientes en todo aquello. No pensaba que un hijo es un acto de amor, algo que se construye entre dos personas que se aman independientemente de las cosas menos buenas que implica, algo tuyo, alguien a quien dar amor incondicional. No sé cómo explicarlo, pero lo siento así — explicaba Mikel con dolor en su rostro—. Sólo se guía por las apariencias, el dinero, el lujo y la buena posición social —dijo Mikel enfadado y frustrado. Todavía no lograba entender la forma de pensar de Estibaliz.

Patricia lo entendía perfectamente, lo había sentido cuando tuvo a sus dos hijos. Todo eso y más. Sentía repulsión por aquella mujer, no entendía como alguien podía ser tan superficial, a medida que Mikel le iba relatando los motivos de su ruptura, se iba formando en su interior una rabia y animadversión hacia la que en otro momento ocupó el corazón de Mikel.

—Te entiendo perfectamente... —Pero calló no dijo más, ese era el momento para decirle que le entendía, que todo lo que le había dicho acerca de los hijos era cierto, porque ella lo había vivido así, que sentía por sus dos hijos eso y mucho más, pero algo le hizo ser cauta y callar. Quizás fuera que sentía un miedo atroz a que les hicieran daño o que no los aceptara.

—La verdad es que nuestra relación ya estaba rota y esto digámoslo así, fue la gota que colmó el vaso —dijo Mikel gesticulando—. Vengo de una familia grande, mis padres nos han inculcado el amor y el respeto a la familia por eso yo quería una mía. Mi madre es castellana, de un pueblo de Zamora, pero por cosas del destino fue a trabajar a Euskadi y allí fue donde conoció a mi padre. Tiene su carácter, y como buena castellana a veces es algo seca, pero a la vez muy cariñosa, hogareña y una madraza. Mi padre la llamaba Castellana, tiene un poco el carácter como el clima, fría en ocasiones y muy cálida en otras. No sé si me explico.

—Perfectamente —dijo Patricia —Por cierto ¿has ido al (S)experience con ella?

—¿Con mi madre? —preguntó riendo.

—¡Nooooo! —se apresuró a contestar Patricia asustada, pero luego rió ante la broma de Mikel.

—Sé a lo que te refieres. No —dijo con una sonrisa en la cara—. Eso no va con ella. Cuando empezamos a salir, alguna vez le comenté la posibilidad de hacer algún trío o cosas así, y se escandalizó. No entraba en su cabeza y yo simplemente dejé de ir a sitios así por ella. Si a Estibaliz no le gustaba ese tipo de sexo lo respeté hasta el final. Nunca le he sido infiel ¿sabes? Es algo que no soporto, el ser honesto para mí es algo imprescindible en una persona, la honestidad y la lealtad —sentenció. Esas dos palabras eran para Mikel mucho más que palabras, eran una forma de ser y de actuar. No soportaba que alguien no fuera honesto ni leal.

—No te he preguntado nada de eso —dijo Patricia algo violenta, no le había pedido explicaciones para nada de la relación que mantenía con su ex. No la importaba en absoluto.

—Lo sé, pero quiero que lo sepas. Soy fiel y lo que no me gusta que me hagan a mí no lo hago. Me hubiera gustado que ella viniera conmigo en alguna ocasión a un local *swinger* o compartir nuestros juegos con otros, pues sí, para qué te voy a engañar, pero no lo he echado de menos, los dos solos manteníamos una excelente vida sexual. Pero ahora se podría decir que desde que me he divorciado he recuperado el tiempo perdido —dijo con una sonrisa de pícaro increíble. Patricia rió también.

—Estoy de acuerdo contigo. Alberto y yo íbamos al (S)experience de vez en cuando, de hecho éramos socios.

—¿Sí? —preguntó curioso Mikel.

—Sí, desde hace tiempo. Una cosa es lo que allí pasaba, era sexo, juego, lujuria y otra muy distinta nuestra relación en casa, en la que también había sexo, juego y lujuria, pero sobre todas las cosas, amor. No sé si me explico, a veces es difícil de entender por personas que no están metidas en este mundo —Mikel asintió, lo entendía perfectamente—. Allí era sexo nada más, disfrutábamos de lo que otros nos ofrecían sin mayor problema, en casa nos amábamos de otra manera —dijo Patricia con la mirada perdida, sin duda estaba recordando sus momentos vividos con su marido.

—¡Qué bueno encontrar a alguien con quien disfrutar así del sexo! —afirmó Mikel expresando algo que él no había tenido con su mujer. Había disfrutado del sexo con ella obviamente, pero tener la confianza como para tener sexo con otros sin problemas de pareja era imposible de concebir por Estíbaliz. Él lo veía de otra manera, por raro que pareciera para él la lealtad era una de las cosas más importantes, y el que su mujer estuviera con otro hombre no le hubiera incomodado siempre y cuando él fuera conocedor de ello y participara de alguna manera en ese tipo de juego. No era una infidelidad. Como había explicado Patricia, era sexo nada más. Le hubiera gustado que Estíbaliz disfrutara de otros hombres y mujeres por el simple hecho de disfrutar, los sentimientos eran otra cosa.

—Pues sí, para qué te voy a engañar —dijo sonriendo.

—El día que te conocí, estaba con mi amigo Ramón —prosiguió Mikel.

—Ahh, me acuerdo de él. Muy guapo y muy grande —apuntó Patricia intentando ponerle celoso. Su mirada lo decía todo.

—Es amigo mío desde que éramos pequeños, es del pueblo de mi madre. En teoría fue él el que me inició en estas cosas —explicó Mikel.

—Nunca lo hubiera pensado —dijo Patricia incrédula.

—¿Por qué? —quiso saber el empresario.

—No lo sé, lo vi tan tímido y callado, su cara no expresaba ninguna emoción y a ti tan seguro de ti mismo que me cuesta creerlo —confesó Patricia recordando el tórrido encuentro entre los tres. Incluso su cuerpo experimentó un escalofrío de placer con solo recordarlo.

—Pues es al revés, lo creas o no. Él tiene un control mental en esas situaciones increíble, y de su poder de contención ni te cuento. Yo en cambio no lo consigo, soy más pasional, más visceral. Es algo fisiológico, no puedo exigirle tanto a mi cuerpo y a mi mente, además es que no quiero. Como podrás imaginar no es la primera vez que participamos en algo así.

—Se nota —dijo ella.

—¿Sí? —inquirió sonriendo.

—Sí —respondió, y a continuación calló dando un trago a su cerveza, siempre tan enigmática, pero esta vez no iba a indagar en por qué opinaba eso.

—¿Duermes conmigo esta noche? —preguntó el empresario poniendo ojos tiernos.

—Creo que no es buena idea, mañana tengo cosas que hacer y quería madrugar y sé que si me quedo... —argumentó Patricia poco o nada convencida. En realidad estaba deseándolo y aunque era cierto que tenía que hacer todo lo que decía también quería quedarse.

—Quédate, por favor —pidió con su voz más sensual.

Esa voz la convenció. No había vuelta atrás. No pudo resistirse, la anulaba, la hipnotizaba. Subieron a la habitación y en cuanto cerró la puerta la aprisionó contra la pared, sus labios

demandaban su boca. Se entregaron el uno al otro como dos posesos. Los besos eran apasionados, exigentes, llenos de deseo y lujuria, las manos de Mikel recorrían el cuerpo de ella y Patricia le tiraba del pelo, cosa que lo hacía jadear de excitación. La desnudó despacio, quería tomarse su tiempo y aunque por encima de todas las cosas quería hacerla suya iba a disfrutarla al máximo. Levantó el vestido y, sin quitárselo, se lanzó a sus pechos, los tocaba por encima del sujetador mientras seguía besándola. Mientras la otra mano la tenía ya dentro de su tanga. Patricia estaba húmeda y dio un respingo cuando él introdujo un dedo en su sexo. Aquello era maravilloso, comenzó despacio y luego un poco más rápido, ya eran dos los dedos dentro de ella. Patricia jadeaba de deseo, la lengua de Mikel recorría su boca, sus manos su cuerpo, la estaba provocando sensaciones tan buenas que estaba narcotizada. Terminaron de desnudarse atropelladamente, ella andaba torpe con las manos, estaba impaciente por sentir la piel de ese hombre de profunda voz, cuando consiguió desprenderse de la ropa de su amante, sacó su erección, allí estaba como la recordaba, dura, grande y fuerte, no pudo evitar cogerla y acariciarla. Empezó a masturbarle con delicadeza, se fueron desplazando por la habitación hasta que cayeron encima de la cama. Mikel iba dejando un reguero de besos en su cuerpo, estimuló sus pezones, los chupó, los mordisqueó a su antojo y después se dirigió hacia su sexo. Era exquisito. Patricia agarraba las sábanas de la cama y jadeaba, una sensación maravillosa para ella recorría su cuerpo, sentía mucho calor, hasta que se corrió con un grito que le salió de su garganta, se estremeció y se arqueó mientras él le comía su clítoris hinchado hasta que todo terminó para ella. Cuando dejó de lamerla, se incorporó relamiéndose.

—Sabes muy bien —dijo con esa voz que denotaba lujuria.

—Gracias —contestó Patricia con la boca seca y todavía agitada por el maravilloso orgasmo que había tenido.

—Date la vuelta —ordenó Mikel y ella obedeció como siempre que aquel hombre le sugería algo con esa voz.

La tentó con un dedo extendiendo sus propios jugos en su ano, Patricia se dejó hacer, ya sabía lo que era el sexo anal. Lo había practicado con anterioridad, cuando Mikel consideró que aquello estaba a su gusto, se puso un condón y acercó su erección hacia el culo de Patricia. Fue despacio e introdujo la mitad de su pene en ella.

—¿Te hago daño? —quiso saber.

—No —respondió Patricia— sigue por favor —le pidió. No había terminado de decirlo y de un empujón la penetró hasta el fondo.

—Ahhh —gritaron los dos al tiempo de puro placer.

Una vez que su cuerpo acogió toda su polla y se acostumbró a ella, comenzaron las acometidas suaves al principio y rotundas a medida que iban llegando al clímax. Jadeaban los dos, estaban centrados el uno en el otro y en su propio placer.

—Córrete, Patricia —dijo Mikel.

Dicho y hecho, sus deseos eran órdenes para ella. Alcanzo un orgasmo arrollador tras unas cuantas acometidas más de él, la siguió derramando en su interior toda su esencia, mientras la agarraba de forma posesiva por las caderas. Cuando recobró un poco el aliento, Mikel aflojó la tensión de sus manos que estaban marcando sus dedos en la delicada piel de Patricia y la masajeó un poco para evitar que se le quedaran marcas, aquel gesto hizo sonreír a Patricia, se había preocupado porque estuviera bien. Su erección bajó y salió de ella con cuidado. Mikel rodó a un lado.

—Eres increíble, nena —dijo él recobrándose del orgasmo. Aquella cercanía la gustó.

—Mañana quiero ir al (S)experience contigo —afirmó Patricia cuando ya se habían repuesto del último asalto.

—Y ¿eso? —preguntó Mikel incrédulo.

Patricia quería comprobar algo, era demasiado pronto, lo sabía, pero aún así necesitaba saber si habría conexión entre ellos dos, como la que tuvo con Alberto en esas circunstancias. Sabía que las comparaciones eran odiosas pero necesitaba saber si cuando le mirara a los ojos como tantas veces había hecho con su marido, iba a saber muchas cosas con tan solo mirarse. Si iba a empezar algo con Mikel, eso era importante para ella, quería sentir si se complementaban el uno con el otro como lo había hecho antes con Alberto, era difícil, ella lo sabía, no encontraría a ningún hombre como su difunto marido, pero tampoco quería. Quería que fuera totalmente diferente. Diferente pero con conexión entre ellos.

—Me apetece —dijo de manera despreocupada aunque el objetivo era claro.

—Y ¿qué te apetece? —preguntó acercando su boca a la oreja de Patricia. Ella se estremeció.

—Me apetece de todo —contestó ella siguiéndole el rollo.

—Ummmm —ronroneó él. —Interesante, ¿chico?, ¿chica?, ¿chicos?, ¿chicas?

—Déjame pensar —dijo Patricia haciéndose la interesante—. No lo sé, ya veremos ¿no? Sobre la marcha.

—De acuerdo —accedió él.

Se quedaron en silencio pensando cada uno en lo que ocurriría al día siguiente en el (S)experience. Mikel estaba encantado de haber encontrado a una mujer como Patricia sin prejuicios hacia su manera de ver el sexo, desinhibida y morbosa, aunque también le incomodaba algo. Ahora que ella parecía que estaba decidida a estar con él, el compartirla con otros no sabía si era buena idea o si le iba a gustar. De alguna manera ahora la quería en exclusiva. En su vida nunca había mantenido una relación seria cuando iba a ese tipo de locales, por eso no sabía muy bien cómo iba a reaccionar, era todo nuevo para él.

—¿Qué piensas? —preguntó Patricia al verlo tan concentrado.

—Nada —dijo Mikel un poco enfadado.

—Pues no lo parece —insistió Patricia—. Si no te apetece lo de mañana lo cancelamos y punto. Tiene que ser algo que nos apetezca a los dos —dijo ella que podía intuir por qué Mikel había cambiado el semblante.

—Sí, si me apetece, lo que no sé es cómo reaccionaré —se sinceró el empresario vasco.

—¿Cómo? —preguntó Patricia extrañada.

—Mira, Patricia —dijo Mikel cambiando de posición para mirarla fijamente y explicarle sus temores—, me gustas mucho, pero nunca en mis relaciones más o menos serias he mantenido este tipo de sexo tan abierto, no sé cómo me lo voy a tomar, si te soy sincero.

—Me parece muy bien que me lo digas —afirmó ella, su intuición no había fallado en absoluto—. De eso se trata Mikel de ver cómo reaccionamos los dos ante ello. Si no estamos cómodos, nos vamos, no se deben forzar las cosas ¿no te parece?

—Tienes razón, podemos intentarlo —aceptó sonriendo aunque en su interior todavía no estaba muy convencido. Lo que al principio le había parecido excitante ahora no lo veía tan claro.

Después de esa charla más o menos esclarecedora para ambos se quedaron dormidos abrazados el uno al otro.

A las siete y media de la mañana Patricia se despertó. Mikel la abrazaba y eso le hizo sonreír, como pudo se deshizo del abrazo y fue al baño. Se vistió y abandonó el hotel dejándole una nota al lado de la almohada.

Patricia necesitaba distancia, había quedado con Mikel para terminar cualquier tipo de relación con él y, sin pensar, había tomado un rumbo totalmente diferente.

Estaba desayunando en la cocina de su casa, cuando le sonó el móvil; era su suegra.

—Hola, Mona.

—Hola, Patricia, ¿ocurre algo? —preguntó la mujer algo preocupada.

—No. ¿Por qué? —dijo extrañada Patricia mientras revolvió el azúcar de su café con leche.

—Nada, hija, es que ayer al ver que no llamabas pues llamé a casa y no lo cogiste, ni el móvil tampoco y me preocupé un poco, la verdad —explicó su suegra.

—¡Uy! perdona Mona, estuve de compras y dejé el móvil en silencio, llegué muy tarde y ya no quise molestaros —mintió, sintiéndose la persona más miserable del mundo—. ¿Qué tal los niños? —preguntó rápidamente para cambiar de tema.

—Muy bien, hija, ya sabes cómo se lo pasan, no se cansan de jugar—. Patricia sonreía al oír aquello, era lo que quería, que sus hijos disfrutaran del verano y de sus abuelos.

—Por la tarde los llamo para hablar con ellos porque ahora estarán dormidos ¿no?

—Sí, hija, no tienen prisa por irse a dormir y por las mañanas les cuesta levantarse.

—Ya me imagino, Mona, pues lo dicho, luego los llamo.

—Adiós, hija.

Patricia colgó sintiéndose fatal. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. Nunca había mentido a Mona ni a Fermín, y el día anterior se había olvidado de sus hijos hablando durante horas con Mikel, un error imperdonable. ¿Cómo se podía haber olvidado de sus hijos de una manera tan descarada? Se le había pasado el tiempo volando mientras estaba con Mikel y durante esas horas sólo se centró en él, y en su mundo, en ella y en sus sentimientos. Se le había parado el tiempo de nuevo por un hombre, hacía muchos años que no le ocurría lo que le estaba pasando, ¿no se lo merecía? Pues claro que sí, pero aún era reacia a dar el paso. Sus hijos estaban por encima de todo y de todos. Tenía mucho en lo que pensar. Esa misma tarde hablaría con ellos, tenía que volver a su rutina, mientras pensaba en todo eso suspiraba mientras removía el café y miraba por la ventana de la cocina a un punto fijo.

A las nueve, Mikel se giró en la cama y notó algo rugoso en su mano. Se desperezó y vio que era una nota de Patricia, no estaba con él. Se había quedado profundamente dormido, nunca se levantaba tan tarde. Leyó la nota: «Mikel tengo cosas que hacer, más tarde hablamos para quedar. Un beso. P».

Iban a volver a verse, de esto estaba seguro, pero ¿qué iba a hacer durante toda la mañana del domingo? No sabía dónde vivía; pensó en llamarla pero quería darle espacio, las revelaciones tanto de él como de ella habían tocado sus corazones. Necesitaban tiempo para pensar. Se dio una ducha y pidió el desayuno. Mientras se lo subía decidió llamar a su madre.

—Hola, Castellana, ¿cómo estás? —dijo Mikel que andaba de un lado al otro de la habitación.

—Hola, cariño, bien y ¿tú? —preguntó su madre.

—Aquí intentando trabajar —contestó Mikel que se había sentado y encendido el portátil intentando hacer algo.

—¿Intentando? —dijo su madre a la que no se le escapaba una.

—Sí, no estoy muy centrado —confesó Mikel. El aroma de Patricia inundaba la habitación, la echaba de menos y hacía solo un par de horas nada más que se había ido.

—Lo sé hijo, ninguno de nosotros, pero la vida sigue y hay que tirar hacia adelante —asumió su madre que era muy pragmática y pensaba que la falta de concentración que sufría Mikel era por la muerte de Andoni y no por una bella mujer.

—Ya, mamá, se me hace un poco cuesta arriba —confesó Mikel algo apesadumbrado.

—A mí también, y a tus hermanos pero poco a poco lo iremos superando, ¿no crees? —dijo Carmen que intentaba ser fuerte por sus hijos sobretodo, aunque cuando estaba sola no podía evitar sentir un vacío en su interior. El vacío que dejaba un hombre al que había amado durante tantos años.

—¡Claro que sí! —Su madre pragmática y positiva, siempre veía algo bueno en todo lo malo que pudiera pasar, la muerte de Andoni había sido un duro palo para todos, pero su optimismo les contagiaba, si ella estaba serena y más o menos bien sus hijos tenían que estar de la misma manera, se lo debían.

—Sabes que esta semana tenemos lo del testamento ¿verdad? —dijo serena Carmen.

—Sí, lo sé —asintió Mikel a la vez que lo decía.

—Bueno, pues nos reuniremos y veremos que nos tiene reservado el cascarrabias de tu padre —afirmó Castellana, que siempre le llamaba cascarrabias cuando estaban en familia.

Mikel rió, su padre les daba sorpresas y ahora no iba a ser menos.

—Bueno mamá, esta semana nos vemos. Voy a ver si consigo avanzar algo.

—De acuerdo, hijo, muchos besos.

Mikel se puso a trabajar en el portátil, la positividad y la energía insuflada por su madre le hicieron coger el impulso necesario para empezar con las tareas pendientes, cuanto más avanzara mucho mejor.

Patricia dedicó la mañana a sus cosas y a reflexionar sobre el devenir de su relación con Mikel. Tenía muchas dudas, pero una de las más importantes la podría resolver esa misma noche, o por lo menos lo intentaría. No era una mujer celosa y cuando alguna otra mujer había estado con su marido no había sentido celos, sólo se fijaba en si él disfrutaba del morbo de la situación, eso había sido así con Alberto, pero ¿y ahora con Mikel? Las comparaciones eran odiosas y estaba claro que no sería lo mismo pero quería mirarle a los ojos y descubrir si lo que ocurría entre esas cuatro paredes lo satisfacía o si por el contrario iba a suponer un problema en su recién estrenada relación. Igual era un poco pronto para averiguarlo pero ya había surgido.

No hablaron hasta las cinco de la tarde, cuando decidieron que quedarían en el hotel de Mikel para ir los dos juntos al (S)experience. A eso de las siete Patricia llamó a sus hijos, le contaban

mil y una historias, se pasaban el teléfono el uno al otro y reían porque los dos querían narrarle la historia a su manera. Patricia disfrutó de las ocurrencias de aquellos dos pilluelos. Se despidió con un te quiero a cada uno de ellos. Habían quedado a las ocho y media así que se dedicó a arreglarse. Esa noche era especial, quería estar guapa. Se depiló, ningún pelo fuera de lugar, mascarilla en el pelo, exfoliante, hidratación... Nada como trabajar en una multinacional cosmética como para disponer y probar los últimos avances en cuanto a productos de belleza. Eligió para esa noche un vestido palabra de honor ajustadísimo, no se atrevía a ponérselo muy a menudo porque era muy provocativo, pero la ocasión lo merecía. Tenía sus curvas y estas quedaban bien marcadas con él. Era color frambuesa y no podía llevar ropa interior, todo lo que se pusiera se le marcaría, así que en un gesto de atrevimiento decidió ir sin ella. Miró entre sus muchos pares de sandalias y zapatos y eligió unas sandalias verde lima que destacaban muchísimo, además tenían unas tiras del mismo color del vestido por lo que combinaban a la perfección. Estaba rompedora. Se recogió el pelo en un moño y como siempre sin maquillaje, sólo perfume.

A las ocho y media llegó en su coche al hotel, como disponía de garaje dio las llaves al aparcacoches y se fue al bar. Allí estaba Mikel guapísimo, traje azul marino, camisa azul claro, sin corbata, imponente, sexy. Tenía un magnetismo cautivador. Cualquiera mujer podría sentirse atraída por ese hombre alto, de pelo oscuro y algo largo y con unos ojos extremadamente expresivos. Cuando la vio llegar se quedó impresionado. Caminaba segura de sí misma, llamaba la atención, algunos hombres se giraron para mirarla. A medida que se acercaba la sonrisa de Mikel se hizo más amplia, se levantó del taburete y le tendió la mano, se acercó con gesto posesivo a ella, la agarró por la cintura y la besó. Un beso de esos que dice: «cuidado, es mía». Patricia se dejó querer.

—¡Guau! —dijo— estoy impresionado, estás guapísima.

—Gracias —contestó ella, coqueteando descaradamente—. Tú tampoco estás mal —añadió con un guiño sugerente.

—No sé si quiero que otros hombres te miren —aseguró con su tono de voz profundo.

—Ya lo hacen —espetó Patricia con chulería.

—Tienes razón —contestó riendo a carcajadas—. ¡Uffff! no puedo dejar de mirarte.

—Pues no lo hagas. No sabía porque tenía esa chulería, el cuerpo le pedía guerra.

—No sé qué te pasa hoy, te veo distinta —dijo Mikel algo desconcertado.

—Es el vestido —dijo guiñándole un ojo de nuevo—, es muy ceñido.

—Eso ya lo veo, pero no es eso. Te noto más segura de ti misma, no sé cómo explicarlo.

—Pues no lo expliques y bésame —le pidió con urgencia.

—Encantado —contestó él abrazándola y pegándola a su cuerpo. Se enredaron en un beso sensual y caliente. Aquello prometía... y mucho.

—Ya estoy excitado —le dijo al oído, y es que la erección que se le había formado al verla vestida de esa manera y el beso tórrido lo habían encendido.

—Yo también —le contestó.

—¿Vamos?

—Vamos.

Llegaron al (S)experience a eso de las nueve y media; fueron en el coche de Mikel, que conducía un Mercedes clase S color gris espectacular. Patricia se quedó maravillada al ver ese vehículo, espacioso y espectacularmente bello pero no dijo nada. En cuanto llegaron, él esperó a

que ella saliera del coche tendiéndole la mano. Todo había cambiado desde la última vez que estuvieron allí. Ahora iban como pareja.

—Estoy un poco nervioso —confesó Mikel.

—Yo también —admitió Patricia—. Lo que nos apetezca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se encaminaron al interior y pasaron a la barra. Se sentaron en dos taburetes altos donde se miraron a los ojos.

—¿Y bien? —dijo Mikel—. ¿Qué vamos a hacer?

—Disfrutar, a eso hemos venido —repuso ella con una sonrisa pícaro en la cara.

—Ese vestido me está sugiriendo unas ideas muy lujuriosas —dijo él en voz baja, haciéndola reír.

—Por eso lo he hecho, quería tenerte contento.

—Y lo estoy, créeme y mucho —confesó él con una sonrisa arrebatadora en los labios.

—Me alegro. —Estaban hablando cuando se acercó un hombre a la pareja.

—Hola soy Rubén —se presentó sonriendo alternativamente a uno y otro.

—Hola —saludaron los dos. Mikel le tendió la mano y Patricia le dio dos besos.

—Estoy allí —dijo moviendo la cabeza con un gesto en la dirección donde había una mujer sentada en uno de los sofás—, con mi mujer Blanca.

—Dile que se acerque —pidió Mikel.

Rubén hizo un movimiento con la cabeza invitando a Blanca, ésta se acercó. Era espectacular. Alta, morena con pelo corto, pero un corte de pelo que le favorecía mucho. Rubén era alto con pelo también corto y ojos verdes. Rápido empezaron a hablar de cosas sin importancia, pidieron sus bebidas y se dirigieron a uno de los reservados. La cosa fluía, sabían a lo que iban. Los nervios de Mikel iban desapareciendo, aunque temía que le jugaran una mala pasada en el último momento. Blanca se había lanzado y ya había tocado el brazo de forma sensual a Patricia.

—Me encanta tu vestido, es precioso.

—Gracias —dijo ella que lo sabía, el vestido era muy bonito.

—Y las sandalias son espectaculares —prosiguió.

—Sí, sí que lo son —afirmó Patricia. Hablar de zapatos era un tema que le encantaba.

Cuando cerraron la puerta, empezó la fiesta. Rubén sacó un CD de la bolsa que llevaban y lo puso en el equipo de música. Patricia lo reconoció al instante, era *O Fortuna*, la primera parte del preludio de la obra *Carmina Burana* de Carl Orff, los años que había trabajado en la tienda de discos cuando era estudiante le habían aportado grandes conocimientos de música clásica y contemporánea. Aquella música era provocativa y evocadora. Rubén se acercó al grupo de tres y se unió a la conversación, rápido Blanca tomó la iniciativa y empezó a besar a Rubén, Mikel hizo lo mismo con Patricia, se miraron a los ojos y en ese instante Patricia supo que todo iría bien, atisbó conexión con él, complicidad.

Los besos se iban haciendo más ardientes al ritmo de la música, empezaron a desnudarse. Patricia quitó la americana a Mikel, después la camisa, estaba desnudo de cintura para arriba, Mikel hizo lo mismo con el vestido de Patricia. Le bajó la cremallera y el vestido ceñidísimo palabra de honor empezó a bajar por el cuerpo voluptuoso de Patricia. Mikel la miró sorprendido cuando vio que no llevaba nada bajo él.

—Espectacular —dijo con la voz tomada por la lujuria.

Blanca se dio cuenta de aquello y se giró, empezó a acariciar el cuerpo desnudo de Patricia al tiempo que lo hacía Mikel. Patricia estaba disfrutando de cuatro manos para ella sola. Mientras

tanto era Rubén el que acariciaba a Blanca por detrás. Ellos también estaban desnudos el único que estaba semidesnudo era Mikel. Los besos y las caricias fueron subiendo de ritmo, se empezaban a oír jadeos. Estaban muy excitados. Mikel terminó de desnudarse ante la atenta mirada de Patricia, que seguía siendo tocada de forma sensual por Blanca; la imagen que veía Mikel le gustó, lo excitó y lo encendió como nunca. Los hombres guiaron a las mujeres hacia la cama. Fue Mikel el primero en tumbarse bajo la atenta mirada de Patricia, ésta le puso el condón con habilidad y cuando creía que iba a ponerse a horcajadas sobre él se retiró dejando a Blanca su lugar. Mikel la miró sorprendido.

—Disfruta —le dijo ella en voz baja.

Él asintió.

Blanca lo montó, en un solo golpe estaba dentro de ella. Ahora Patricia se había colocado detrás de Blanca y había deslizado los brazos debajo de los de ella para tocarle los pechos y estimularla. Mikel podía ver la cara de Patricia en todo momento. De hecho no dejaba de mirarla extasiado. Detrás de Patricia se colocó Rubén, que la iba acariciando, y tentando su hendidura con los dedos y con el pene erecto. Patricia limitaba los movimientos de Blanca, no la dejaba mover mucho, era Mikel el que la embestía desde abajo. Jadeos, sensualidad, besos, pellizcos, mordiscos y embestidas. Blanca llegó al clímax tras unas cuantas acometidas de Mikel y él poco después, Blanca rodó a un lado y se retiró, con el cambio de posición Patricia facilitaba a Rubén el acceso a su propio cuerpo, pues quedó a cuatro patas encima de Mikel. Lo besó con ardiente pasión mientras era otro el que la penetraba, Mikel agarraba las caderas a Patricia y veía cómo sus pechos se bamboleaban sobre su torso. Patricia y Rubén se corrieron casi a la vez, Rubén salió de ella con cuidado dejando a la pareja jadeante uno encima del otro. Continuaron besándose un rato más, ahora sólo existían ellos dos, única y exclusivamente. Había más personas con ellos en la habitación, pero no importaba, la música los envolvía, al igual que sus brazos y sus besos. Eran Mikel y Patricia, Patricia y Mikel nada más.

Ese fue el primer asalto de los otros dos que tendrían lugar en aquella sala esa noche. Haber encontrado a Blanca y a Rubén fue una suerte; eran extraordinarios. Estaban muy compenetrados entre sí y la manera que tenía él de llamarle «gatita» les daba una idea de la complicidad existente. Se despidieron de ellos entre risas. Patricia y Mikel fueron a ducharse.

—¿Qué te apetece? —preguntó Mikel cuando terminaron de ducharse.

—Otro hombre —dijo ella. Parecía insaciable aquella noche.

—¿Otro hombre? —preguntó él sorprendido.

—Sí, él, tú y yo, a la vez —contestó rotunda.

—Ummmm, ya veo —ronroneó Mikel—. Muy buena idea, eres insaciable.

—¡Ya ves! Tengo ganas de guerra.

—Y la tendrás, cielo —dijo Mikel con una sonrisa pícaro en su cara.

—Siempre y cuando tú quieras, claro —especificó Patricia, esas eran sus reglas, fuera lo que fuera les tenía que apetecer a ambos.

—Quiero, cielo, quiero verte disfrutar —dijo Mikel convencido de ello. Al final Patricia tenía razón, estaban allí para disfrutar del sexo, y él quería que Patricia lo hiciera, que disfrutara con él y con otros.

—De acuerdo —respondió ella ante su permiso. No lo necesitaba en absoluto pero quería que todo quedara claro entre ellos.

—Ahora vuelvo, ¿vale? —dijo Mikel vistiéndose.

—De acuerdo —volvió a afirmar ella.

Se quedó sola y pensativa, por un instante Patricia pensó en todo lo que estaba viviendo en tan poco tiempo, y era mucho. Había derribado sus barreras y estaba dejándose llevar, estaba muy a gusto con Mikel y la prueba a la que le estaba sometiendo tenía un resultado satisfactorio de momento, pero siempre estaba ahí clavada la espinita de sus hijos. No se atrevía a contárselo, aún no. No quiso pensar más en ello, quería disfrutar de la noche, para ello estaba allí.

Mikel salió y fue a la zona común a buscar a otro hombre, era una pena que Ramón, su amigo del pueblo no estuviera allí, habría sido estupendo. Fijándose y mirando encontró a un grupo de hombres charlando, eligió a un hombre más o menos de su misma edad y le comentó la idea en voz baja, él aceptó encantado. Cuando entraron, Mikel se lo presentó a Patricia y le sirvió una copa. De repente Mikel tomó las riendas del juego como cuando se encontraron por primera vez. Su voz la encendía, la calentaba, la excitaba.

—Bien —dijo Mikel con autoridad—, Patricia lo vamos a hacer al tiempo, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó ella tímidamente como si no hubiera hablado con él nunca y fuera su primera vez.

—Yo por delante y él por detrás, ¿estás conforme? —preguntó con su voz profunda y lasciva. De forma natural la voz de Mikel se volvía más oscura y sensual en esos momentos, hablando de forma normal poseía una voz profunda y muy varonil, pero cuando estaba inmerso en cualquier momento sensual, se transformaba, se volvía aún más sugerente para Patricia.

—Sí —volvió a repetir expectante.

Empezaron los besos y las caricias, notar a dos hombres aprisionándola era una gozada, delante su amante el que la besaba con delirio y al que estaba aprendiendo a entender con mirarlo, y por detrás un desconocido que entraría en su cuerpo porque tanto ella como Mikel lo deseaban. Estaban muy excitados y calientes, los besos de Mikel eran ardientes y las manos de aquel desconocido ya estaban en sus pechos y tentando su trasero. Cuando los preliminares terminaron fue Mikel el que se apoyó en el cabecero de la cama y se colocó un condón, le tendió la mano a Patricia y ella se encajó en él perfectamente. Ambos jadearon de gusto y se miraron de forma significativa esbozando una leve sonrisa. Eso era lo que buscaba Patricia. Seguían besándose mientras el otro hombre se desnudaba y se ponía otro condón. Patricia lo montaba como una auténtica amazona, mientras Mikel le separaba los muslos para que el otro tuviera cabida en ella. Le aplicó una generosa cantidad de lubricante y se introdujo lentamente en ella.

—Despacio —advirtió Mikel, esa voz denotaba posesión y amenaza, el otro hombre lo captó de inmediato. —Ahora estamos los dos dentro de ti, ¿lo notas? —preguntó Mikel mirando a Patricia con deseo. ¿Cómo no notarlo? Estaba plena, apenas podía moverse, poco a poco empezaron a coger el compás,

—Estás muy prieta —dijo el otro tipo.

—Mejor —contestó Mikel—. Cuanto más prieta más placer —susurró al oído de Patricia.

Ella estaba encendida, tardaría poco en llegar al clímax, la sensación de plenitud y los susurros de Mikel, los jadeos del otro hombre estaban haciéndola disfrutar como pocas veces. Las acometidas se aceleraban, le daba la sensación de que esas dos pollas se tocaban entre sí, la iban a partir en dos, no era dolor era un placer extremo, una... dos... cinco... siete.

—Ahhhh —gritó Patricia. Un orgasmo demoledor le había atravesado el cuerpo como un rayo.

Aquellas dos bestias seguían su particular baile, el hombre de detrás se corrió, y después fue Mikel de una estocada que la dejó sin aliento. Por un instante estaban esos dos hombres dentro de ella en lo más profundo de su ser. Poco a poco salieron de ella, Patricia cayó desplomada en los brazos de Mikel que la abrazó con ternura.

—Eres una chica muy traviesa —le dijo al oído en un susurro. Patricia no podía hablar—. Primero sin ropa interior y ahora esto. Me encanta preciosa —afirmó Mikel.

Tras despedirse de su nuevo acompañante, dieron por finalizada la noche, Patricia estaba agotada y necesitaba descansar, esa noche no la pasaría en el hotel de Mikel, quería ir a casa, descansar y aclarar las ideas sobre todo lo que había sucedido durante esa jornada llena de morbo y sexo. Además no tenía ropa para ir a trabajar al día siguiente. No iba a ir con ese vestido y sin ropa interior. Se acercaron al hotel, y con pena Mikel le pidió que se quedara, Patricia declinó la oferta y se fue.

A la mañana siguiente, Patricia fue a trabajar muy cansada pero satisfecha. Había averiguado lo que quería.

El martes fue a la delegación que Beauty Word tenía en Toledo, estaría allí durante toda la semana, hasta el jueves si todo iba bien. El viernes ya estaría de regreso en casa. Era bueno tener un poco de perspectiva ante todo lo que había pasado los días anteriores, confesiones, lujuria y desenfreno.

Patricia estaba en el hotel revisando unos papeles cuando sonó su teléfono.

—Hola, preciosa —dijo una voz profunda al otro lado.

—Hola, Mikel —aquella voz le erizaba la piel.

—¿Qué tal el día? —quiso saber él.

—Bien, bueno con mucho trabajo, más de lo que pensaba, esta semana la tengo liada y ¿tú? —explicó Patricia mientras ordenaba unos papeles sobre la mesa de la habitación del hotel donde se hospedaba.

—Ya te dije que mañana tenemos cita en el notario, mi madre, mis hermanos y yo para lo del testamento. Espero que todo sea un mero trámite, mi padre lo tenía casi todo solucionado, pero ya sabes cómo son estas cosas —afirmó Mikel apesadumbrado. Ese iba a ser un duro trago para todos, sobre todo para su madre, pero era algo que tenían que hacer.

—Ya, la burocracia es así —sentenció Patricia que de eso sabía un rato. Cuando murieron sus padres y después con la muerte de Alberto tuvo que hacer un montón de trámites, ya no por ella en el caso de su marido, si no por sus dos hijos. Estuvieron hablando un rato acerca del trabajo cuando Mikel cambió de conversación.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó con voz juguetona.

—Eh... eh... —titubeó Patricia ante el cambio de rumbo que había tomado la conversación—. Pues si te soy sincera sólo una braguita y una camiseta de algodón de tirantes. Aquí hace un calor infernal, me he dado una ducha y sólo llevo puesto eso —dijo Patricia algo avergonzada.

—Ummm, ¡cómo me gustaría verlo! —confesó Mikel intentando imaginársela.

Patricia sonrió.

—Ya bueno, no son las mejores que tengo ¿sabes? —dijo ella siguiéndole el juego.

—Ya me puedo imaginar —continuó diciendo—. Deja lo que estés haciendo y tumbate en la cama —como siempre que le ordenaba algo de aquella manera Patricia obedeció—, y quítatelas.

Patricia se dirigió a la cama, dejó el móvil en la mesilla, puso el manos libres y así lo hizo.

—Imaginate que soy yo el que te toca Patricia, cierra los ojos. ¿Tienes algún juguetito por ahí? —preguntó picaronamente.

—Eh..., sí..., bueno en mi bolsa de aseo tengo un consolador —confesó con las mejillas sonrojadas, menos mal que nadie la veía, pensó Patricia.

—Estupendo —contestó él sin mostrar ninguna emoción—. Cógelo y vuelve a tumbarte. ¿Estás lista, preciosa? —preguntó Mikel al oír de nuevo un ruido.

—Sí —dijo Patricia, ya estaba excitada ante la sesión de sexo telefónico que le esperaba.

—Masajéate los pechos como lo haría yo —dijo Mikel—. ¿Lo estás haciendo?

—Sí —contestó Patricia con la voz entrecortada.

—Sigue más, ahora abre la boca y chúpate los dedos de cada mano para tocarte los pezones. — Patricia acataba órdenes sin más, no podía pensar, no sabía por qué lo hacía pero el caso era que las órdenes de Mikel, su manera de pedirle las cosas, su voz y sentirse de alguna manera sometida la excitaba al máximo—. ¿Los tienes duros? —volvió a preguntar.

—Sí —repitió Patricia. Sólo contestaba con monosílabos, estaba excitada y con la boca seca.

—Pellízcatelos —lo hizo—. Otra vez —repitió—. Más fuerte —ella lo hizo hasta que Patricia jadeó—. Así es, déjate llevar, sigue con ello —Patricia seguía pellizcándose y tocándose los pechos, imaginando que era Mikel el que lo hacía. Tenía los ojos cerrados y sólo imaginaba que Mikel la miraba mientras lo hacía—. Coge el consolador, ¿lo tienes en la mano?

—Sí.

—Lámelo como si fuera mi polla, estoy muy duro nena, cuando esté bien húmedo bájalo hasta tu coño. ¿Lo estás haciendo como yo te digo?

—Sí, Mikel —contestó ella casi en un susurro. No podía articular palabra, estaba deseosa de que Mikel siguiera hablándole así.

—De acuerdo. Ponlo encima de tu clítoris, no lo muevas todavía, ¿lo sientes encima de ti? ¿Cómo palpita?

—Sí —gimió ella.

—Vale, preciosa, ahora déjate llevar. Comienza a moverlo sobre tu clítoris. —Patricia empezaba a jadear más fuerte—, sigue preciosa —decía Mikel animándola—. ¿Te gusta cómo te toco?

—Sí —contestó Patricia excitadísima y llena de lujuria.

—Bájalo un poco más e introdúcelo. ¿Estás húmeda? —Patricia no contestó, no podía. — Despacio, hasta dentro ¿lo tienes?

—Sí —dijo ella al sentirse llena.

—Muévelo y ve acelerando el ritmo como si fuera yo el que te la está metiendo hasta el fondo una y otra vez. Quiero meterme dentro de ti, Patricia. Más rápido, fuerte, nena. Con la otra mano masajéate el clítoris, sigue, no pares ahora, estás a punto de llegar —dijo Mikel marcando cada palabra, haciendo suyos los silencios y callando cuando lo creía conveniente para dar más emoción al momento.

Un asolador orgasmo se estaba formando en el interior de Patricia, estaba imaginando que era Mikel quien la penetraba y era su pene el que la invadía. Continuó acelerando los movimientos ayudándose con las caderas hasta que se arqueó en la cama y el clímax la alcanzó y la dejó sin aliento. Solo un grito hizo saber a Mikel que había poseído a Patricia en la distancia.

Mikel seguía al teléfono sin decir nada. Estaba esperando la reacción de Patricia, no quería interrumpirla en ese momento, esperaría hasta que ella decidiera hablar. Él también estaba excitado. Cuando Patricia se recuperó un poco decidió algo.

—Mikel —dijo ella recuperada aunque todavía su pecho subía y bajaba acelerado.

—Dime, preciosa.

Ahora empezó ella su mismo juego.

—Sé que estás excitado, quítate la ropa y tumbate. —Mikel lo hizo—. Quiero que te agarres la

polla con fuerza y extiendas con el dedo las gotitas de líquido que sé que tienes en la punta. — Mikel, al igual que ella unos minutos antes, acató las órdenes sin más—. Imagínate que soy yo la que está tocando y que ahora es mi lengua la que recorre la punta de tu polla extendiendo toda la humedad. —Él suspiró y su polla reaccionó antes esas palabras, le estaba encantando aquel juegucito—. Comienza a mover la mano, arriba y abajo y presiona fuerte. ¿Lo estás haciendo?

—Sí —dijo Mikel apretando los dientes mientras empezaba a masturbarse como le indicaba Patricia.

—Continúa, más fuerte, sigue, Mikel, sigue, déjate llevar Mikel —decía Patricia imaginando también cómo estaría en ese momento su amante. Mikel continuó masturbándose enérgicamente, mientras jadeaba y dejaba escapar el aire de sus pulmones—. Córrete, Mikel —pidió Patricia cuando notó que la respiración se le aceleraba más y más, él así lo hizo, en unos pocos segundos derramó su elixir encima de su cuerpo, con un sonido gutural que salió de su garganta, que hizo que Patricia se excitara de nuevo. Patricia, al igual que Mikel, permaneció a la espera sin decir nada. Cuando él se recuperó de sus jadeos preguntó.

—¿Patricia? —estaba algo aturdido y no sabía muy bien si ella había colgado.

—Sí, Mikel —dijo ella serena.

—¿Estás ahí? —volvió a preguntar.

—Sí, claro, ¿estás bien? —quiso saber ella porque lo notaba algo adormilado.

—Perfecto, Patricia, pero creo que deberíamos acostarnos y descansar —sugirió él que sólo quería cerrar los ojos y asimilar lo que acababa de pasar.

—Sí, yo también lo creo, hoy ha sido un día duro —dijo Patricia muy relajada, pero muerta de sueño.

—Hasta mañana, preciosa. —Mikel sonrió al colgar. Patricia le había vuelto a sorprender pagándole con la misma moneda.

El jueves Patricia terminó todo lo que le quedaba pendiente en Toledo, el viernes tendría poco que hacer en Madrid, puso al día a Alicia y a las tres estaba en el aeropuerto. Iba a ir a ver a sus hijos, era una sorpresa, sólo lo sabía Fermín, su suegro, que la iría a buscar al aeropuerto. A media tarde llegó al aeropuerto de Gerona. Fermín ya la estaba esperando.

—Hola, Patricia, ¿qué tal hija? —dijo abrazándola.

—Hola, Fermín, bien todo bien. —Le dio dos besos.

Montaron en el coche y en poco tiempo llegaron a la masía de sus suegros. Allí estaba su suegra, Mona, sus hijos y los hijos de Ramón el hermano mayor de Alberto.

—¡Mamaíta! —gritó Alberto al ver aparecer a Patricia junto con su abuelo.

—¡¡Mami!! —chilló Alba mientras corría en la dirección donde estaba su madre.

—¡Hola! ¿Qué tal estáis? —dijo ella agachándose para ponerse a la altura de sus pequeños y así poderles abrazar y darles miles de besos.

—Bien, mamá, ¡mira a la prima Marina se la ha caído un diente! y vino el Ratoncito Pérez y le dejó una moneda y Pablo ¡se cayó ayer de un manzano! y se ha hecho una herida en la rodilla. — Lo decían de forma atropellada, pisándose el uno al otro. Querían contarle a su madre todas las peripecias que ocurrían en las horas interminables del verano. Patricia estaba feliz, ver a sus hijos felices le cargaba las pilas.

—Patricia, hija —dijo Mona, acercándose.

—¿Qué tal, Mona? —la saludó dándole un beso en la mejilla.

—Bien. Estás guapísima —afirmó la mujer, que notaba algo diferente en su nuera.

—Gracias —contestó ella sin percatarse de que sus ojos tenían un brillo especial.

La tarde pasó entre anécdotas, juegos y risas. La abuela Mona preparó la cena que los chicos devoraron, estar todo el día corriendo y trotando daba mucha hambre. Patricia se encargó de acostarlos. Los niños dormían todos juntos en una habitación enorme y cuando no era la ocurrencia de uno era de otro. Era tardísimo cuando se quedaban dormidos. Esa noche Patricia les contó un cuento, les arropó y dando un beso a cada uno de los niños, los dejó durmiendo. Bajó al porche donde estaba Fermín tomando un café al fresco. El móvil de Patricia sonó.

—Hola, preciosa —dijo una voz profunda al otro lado.

—Hola, Mikel —contestó sonriendo y apartándose un poco hacia el camino. No quería que sus suegros se enteraran de la conversación, aunque estaba decidida a contarles la verdad, en cuanto a Mikel no le había contado nada de la escapada para ver a sus hijos y no se sentía bien por ello, pero todavía era un poco pronto. No se había replanteado rehacer su vida desde la muerte de Alberto. Era difícil encajarla a ella y a sus dos hijos en una relación. ¿Quién quería cargar con ello? Pero ahora con Mikel ¿se lo estaba replanteando? ¿Qué le estaba pasando? Acaso era algo más fuerte de lo que quería creer. ¿Se estaba volviendo a enamorar? O en realidad ¿ya lo estaba?

—¿Qué tal el día? —preguntó el vasco.

—Bien, bueno, mucho trabajo, pero bien y ¿tú? —preguntó Patricia.

—Lo del notario no ha ido mal, pero quedan flecos por rematar que espero solucionar la semana que viene, así que tendré que estar aquí unos días más —confirmó Mikel apenado ya que sabía lo que eso suponía—. Lo malo de eso es que ya te echo de menos.

—Yo también a ti —confesó Patricia sonriendo. Era verdad, lo echaba de menos y mucho.

—¿Qué haces? —quiso saber Mikel que oía a Patricia caminar por un terreno pedregoso o eso le parecía. No estaba equivocado, Patricia caminaba por un sendero que daba al jardín de la masía de sus suegros que estaba cubierto de grava.

—Nada —dijo rápido Patricia.

—¡Uy! ¡uy! ¡uy!, no tendrás secretos conmigo, ¿verdad?

—¡Sí tú supieras! —espetó Patricia divertida.

—Ah, ¿sí?, con que esas tenemos, ¿no? —inquirió Mikel bromeando.

—Sí —dijo Patricia.

—¿Cuántos secretos guardas? —quiso saber Mikel que intuía que en esa mentira igual había algo de verdad.

—Ummmm, déjame pensar... —contestó Patricia—. ¡Por lo menos dos! —sentenció pensando en sus hijos.

—¿Me los contarás algún día? —volvió a interrogarla.

—Puede —dijo con secretismo— algún día.

—Bueno, preciosa, te dejo que voy a cenar y a acostarme. Estoy agotado.

—Hasta mañana, Mikel —dijo Patricia despidiéndose de él y dejando una dulce sonrisa en su cara.

—¡Oye, Patricia! —añadió antes de cortar.

—¿Sí? —dijo ella.

—Creo que me estoy enamorando de ti —confesó Mikel. Patricia no supo que decir, se quedó muda, sin palabras y quieta en el camino oscuro.

—Hasta mañana —fue lo único que le salió de su boca, palabras casi inaudibles y con la mano temblorosa colgó.

Se dirigió de nuevo a la casa y en el porche estaban ya Mona y Fermín.

—¿Todo bien, querida? —preguntó Fermín al verla llegar con la cara algo desencajada pero con una sonrisa de añoranza.

—Sí, todo bien —contestó con una sonrisa en los labios.

—¿Te apetece un café? —le ofreció.

—¡Sería estupendo! —dijo ella sentándose en los confortables sillones que tenían en el porche.

—Voy por él —contestó Fermín solícito.

Cuando Patricia tomó asiento al lado de Mona suspiró.

—¿Estás bien, hija? —quiso saber ahora la mujer.

—Sí Mona, es solo que tengo que contaros una cosa — Patricia ya había hecho acopio del valor suficiente para contarles a sus suegros la existencia de Mikel. En ese momento llegó Fermín con su café.

—Gracias —dijo Patricia—. Le decía a Mona que tenía que contaros una cosa pero la verdad es que no sé muy bien por dónde empezar —admitió hecha un manojo de nervios.

—Estás enamorada —sentenció Fermín.

—¡¿Cómo?! —dijo Patricia abriendo los ojos como platos.

—Que estás enamorada, que ha pasado lo que tenía que pasar. Que he visto la cara que traías cuando has terminado de hablar por teléfono y esos ojos son los mismos con los que mirabas a nuestro Alberto —confirmó el hombre mirando al frente como queriendo escrutar en la oscuridad algo o a alguien. No miraba ni a su mujer ni a su nuera.

—Bueno... —comenzó a decir Patricia—, no... si..., no lo sé —balbuceó Patricia ante la afirmación de su suegro, hombre prudente y discreto donde los hubiera. Él nunca se metía en la vida de nadie, ni emitía juicios de valor que pudieran dañar a las personas—. Estoy conociendo a alguien y me estoy ilusionando, no sé si es enamoramiento, es pronto la verdad —dijo Patricia sin respirar. Ya lo había dicho y había sentido un gran alivio. Ahora venía la peor parte, las consecuencias.

—Eso no es malo —intervino Mona que no había hablado hasta el momento—. Alberto se alegraría por ti.

Patricia suspiró y dibujó una leve sonrisa en su cara, estaba siendo muy difícil expresar sus sentimientos ante sus suegros, los padres de su difunto marido.

—Yo no quería Mona —dijo algo frustrada— pero ha surgido así y se me ha ido de las manos y... y... y...

—Y nada —cortó Fermín callando a Patricia—. Hay un nuevo hombre en tu vida, al que estás conociendo, que te gusta y tú le gustarás a él porque eres estupenda. Alberto ahora no está aquí, tienes que continuar viviendo la vida y ser feliz —volvió a sentenciar el anciano como si su palabra fuera una orden que había que obedecer.

—Se feliz —dijo Mona—, sólo te pido una cosa —continuó mirando fijamente a Patricia con cara de angustia y de súplica—, que no nos alejes de los niños ni de ti.

—¡Eso nunca! —espetó Patricia exaltada—. Sabéis que para mí sois mis padres y vuestros nietos os adoran. Ni por un segundo se me ocurriría hacer una cosa así, ¡por Dios! —dijo ella algo violenta por la insinuación. Cuando se calmó y ante el gesto cariñoso de Fermín, de agarrarla el brazo y presionarla un poco en señal de tranquilidad continuó hablando—. El caso es que Mikel no sabe que tengo dos hijos, aún no se lo he dicho, no sé cómo planteárselo, quiero protegerlos tanto que le he ocultado su existencia. Estoy algo perdida.

—Con naturalidad, hija —sugirió Fermín—, eres una mujer adulta con una vida plena y eres

lista y él si también lo es, el que tengas dos hijos no debe suponer un problema para él, ¿no crees? —dijo de nuevo el sabio anciano—. Si no merece la pena, lo sabrás.

Patricia se sumió en sus pensamientos; nunca había pensado que se lo fueran a tomar así de bien y es que sus suegros eran de las mejores personas que había conocido nunca, eso lo heredó Alberto. Al cabo de un rato volvieron a ponerse a charlar de otras cosas cotidianas, pero Patricia seguía pensando en cómo se iba a tomar Mikel lo de sus hijos y la magnífica relación que tenía con sus suegros.

*E*l fin de semana pasó muy rápido. Patricia disfrutó de sus hijos, se subió con ellos a los árboles, jugaron a esconderse en el huerto, fueron a la charca a ver ranas..., era una niña pequeña más, con sus hijos y sus sobrinos había recargado pilas para el resto del verano.

Volvió a la rutina el lunes, Alicia ya estaba de vuelta pero se volvería a ir en breve, tenían que preparar toda la documentación, pues Patricia se iba a la delegación de Cantabria el miércoles, si todo iba bien el viernes habría terminado y se encontraría con Mikel. El plan le apetecía mucho. Salvado el obstáculo de sus suegros, lo veía más claro todo.

El trabajo en la delegación de Cantabria no fue todo lo bien que esperaba y el viernes no terminó hasta muy tarde, así que en vez de encontrarse con Mikel en Bilbao el viernes lo haría el sábado. Patricia fue en un coche alquilado hasta las instalaciones de Acerías Arriaga a primera hora de la mañana, allí aparcó y se dirigió a recepción, donde preguntó por el Señor Arriaga y muy amablemente le indicaron el camino. Cuando llegó a la oficina de Mikel su secretaria la esperaba.

—Buenos días —dijo una mujer de melena morena, de unos cincuenta años y con una elegancia natural, su cara era muy agradable y transmitía alegría.

—Hola, buenos días —saludó Patricia. Se había puesto un pantalón azul marino liviano y una camiseta de inspiración marinera, en los pies unas cuñas blancas.

—Señorita Muñoz, pase, la están esperando —dijo la mujer levantándose y acompañándola hasta la puerta del despacho de Mikel. Patricia supo que era así porque un cartel metálico lo indicaba. *MIKEL ARRIAGA. Director general.*

—Gracias —contestó ella esbozando una sonrisa que la secretaria le devolvió.

Cuando abrió la puerta y vio a Mikel sentado tras la mesa de su despacho vestido con un traje negro, camisa azul claro y corbata a juego, se recreó en lo guapísimo que estaba hablando por teléfono y tecleando algo en el ordenador. Mil mariposas aleteaban en su estómago; sonrió al entrar y Mikel con la mano le indicó que se acercara. Con una sonrisa en los labios Patricia se acercó hasta él y se sentó justo enfrente, pero encima de la mesa, la sonrisa que apareció en la cara de Mikel era deslumbrante. Venía con ganas de guerra así que sin dudar se arrodilló abriendo las piernas de Mikel y empezó a tocarlo por encima de sus pantalones, la reacción no se hizo esperar. Mikel la miraba y sin variar un ápice el tono de su voz siguió con la conversación telefónica, Patricia logró desabrocharle el cinturón y bajar la cremallera, mientras él acomodaba el culo en el sillón para facilitarle las cosas. Le bajó los pantalones y el bóxer y comenzó a acariciar la erección. Cuando ya estaba excitadísimo, le pasó la lengua por toda la erección de arriba abajo, al tiempo que le masajeaba los testículos. Mikel hacía lo posible por no jadear, pero ya no prestaba atención a la conversación...

—Te volveré a llamar —colgó y dejó el móvil de malas maneras sobre la mesa. Tenía que centrarse en otra cosa—. Joder, nena, me vuelves loco —dijo con la voz profunda entrecortada.

Patricia sonrió y se introdujo toda la erección en su boca mientras que con la lengua le acariciaba el glande, con varios ah... ah... ah... Mikel se recostó en el sillón y acariciándole la cabeza se dejó hacer. Patricia se introducía la polla de Mikel en la boca a la vez que su lengua jugueteaba con ella, en realidad, sus movimientos estaban bastante limitados, la polla de Mikel era tan grande que apenas le entraba en ella. Siguió devorándosela, metiendo y sacando la verga de su boca. Mikel empujaba su cadera contra el paladar de ella, una y otra vez, dentro, fuera, dentro, fuera y cuando ya no pudo más se corrió en su interior. Con las últimas palpitations de la polla de Mikel en la boca, Patricia se levantó relamiéndose con cara de lujuria.

—Buenos días, señor Arriaga.

—Buenos días, señorita Muñoz —dijo Mikel todavía desconcertado y satisfecho ante lo que acababa de ocurrir—. Ven aquí —le pidió y la sentó sobre sus piernas dándole un beso lujurioso sin importarle que ella llevara en su boca el sabor de su semen.

— Te he echado de menos —dijo Patricia.

—Yo también, cielo, pero si cada vez que te vuelva a ver me recibes así me lo voy a pensar — afirmó Mikel con una sonrisa en los labios. Patricia rió.

—No te acostumbres —dijo ella levantando las cejas.

—Me podría acostumbrar a esto y a otras cosas —susurró mimoso en la oreja de Patricia mientras le acariciaba la espalda.

—Mmmm —ronroneó Patricia abrazándolo e inhalando su aroma.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó tras ese momento de mimos.

—¡Sorpréndeme! —dijo ella alegre.

—Quieres salir a comer o a cenar, ¿qué prefieres? —le sugirió para que eligiera el mejor plan.

— Comer por ahí y cenar en casa, ¿te parece? —contestó Patricia resuelta.

— Genial, ¡pues vamos! —dijo Mikel haciendo que ella se levantara de su regazo.

— ¿Ya? —preguntó sorprendida.

— ¡Sí!, ¡ya!, soy el jefe, me puedo ir cuando quiera, así que vamos a hacer turismo y luego comeremos en un sitio precioso —contestó Mikel mientras se subía los pantalones.

Así lo hicieron, primero fueron a dejar el coche de alquiler de Patricia en la oficina de *renting*, después comieron en un restaurante espectacular, la comida era maravillosa, hablaron de mil cosas aunque Patricia todavía no se había atrevido a mencionarle a sus hijos, tenía miedo a que los rechazara. Después de comer fueron paseando por la ciudad, Mikel le fue enseñando lo más emblemático de Bilbao. Cuando anocheció y después de tomar algo en una terraza fueron al apartamento de Mikel.

—Bienvenida a casa —dijo él algo nervioso.

—Gracias —contestó Patricia expectante por ver dónde pasaba Mikel sus ratos de soledad.

—Pasa, no te quedes ahí —pidió Mikel arrastrando el *trolley*—. No es gran cosa, pero cuando me separé tenía que ir a algún sitio a vivir. Hasta que se arregle lo del divorcio el ático que compartía con Estibaliz lo tiene ella. Podría haber ido a vivir con mis padres, pero creo que no nos soportaríamos —explicó él a modo de excusa.

—Entiendo —dijo entrando en el típico piso de soltero. Tenía pocos muebles pero funcionales—. No pasas mucho tiempo aquí ¿verdad? —preguntó Patricia.

—No, la verdad, a dormir y poco más. Estoy en la oficina o en Madrid, pero cuando salgo de trabajar me gusta tener un sitio donde ir y sentirme en casa. No lo tengo como quisiera ni es el lugar donde me gustaría vivir pero de momento me apaño —dijo Mikel encogiéndose de hombros.

—¿Dónde te gustaría vivir? —preguntó Patricia curiosa.

—Pues en una casa a poder ser, cuando me casé se lo propuse a Estíbaliz, pero ella no estaba por la labor, quería un ático, con todo lujo de detalle, bañera de hidromasaje, *jacuzzi*, grandes habitaciones, vestidor..., todas esas cosas.

—Y le diste el gusto ¿no? —dijo Patricia—. Aún cuando a ti no te gustaba la idea.

—Pues sí, para que te voy a engañar. Hubiera preferido una casa con su jardín y un sitio para hacer barbacoas con los amigos de vez en cuando, en un sitio tranquilo, ¿entiendes lo que te digo? —preguntó Mikel.

—Perfectamente —contestó Patricia, y es que Mikel había descrito justo la casa que ella tenía.

—Más adelante igual me planteo otra cosa —le dijo guiñándole un ojo con complicidad.

—Quizás —contestó ella, devolviendo el gesto.

—Mira, ven que te lo enseño. —Una a una fue enseñándole la cocina, el baño principal, el salón, una habitación llena de trastos y su dormitorio. Allí dejó el *trolley* de Patricia—. Ponte cómoda —le pidió.

—Me gustaría darme una ducha antes de cenar —dijo Patricia.

—De acuerdo —asintió Mikel—, ¿qué te apetece cenar?

—No lo sé, algo fácil, pide algo a domicilio si quieres —sugirió ella de forma despreocupada.

—No, de ninguna manera. Aquí cocino yo —afirmó Mikel seguro de sí mismo.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Patricia mirándolo con gesto cómico.

—¡Pues claro!, soy vasco, ¿qué esperabas? —dijo con suficiencia.

—Ya veo, pues lo que sea, algo fácil —le sugirió.

—Ok. Déjame a mí, dúchate y no te preocupes por nada —le dijo dándose la vuelta y dejándola sola en el dormitorio que compartiría con él. Así lo hizo, y aunque hubiera preferido una ducha con su amante, el hecho de que fuera a cocinar para ella la excitó también, ella pondría el postre.

La ducha la dejó como nueva. Había comprado lencería sugerente para la ocasión. Era negra de encaje, dejando casi todo a la imaginación, un *culotte* de encaje y un sujetador muy sexy. Encima se puso un blusón amplio de estar en casa, nunca se esperaría lo que escondía debajo de aquel vestido insignificante. Cuando salió de la habitación olía estupendamente.

—¡Qué bien huele!

Ahí estaba Mikel en su cocina, se había quitado el traje, estaba en bermudas y con una camiseta de manga corta y el delantal puesto.

—Gracias, espero que te guste. No tenía muchas cosas en la nevera, pero fueron suficientes. He hecho una tortilla de patata, unas verduras al horno y una ensalada con queso de cabra —dijo mostrándole todo colocado encima de la mesa.

—Ufff, más que suficiente. No creo que podamos con todo. Todavía estoy llena de la comida. ¡Voy a engordar tres kilos en dos días! —afirmó ella sonriente.

—No te preocupes, yo haré que no sea así. Tenemos una noche muy larga por delante —aseguró moviendo las manos.

—Ya veo que lo tienes todo planeado —dijo Patricia.

—Casi todo, hay cosas que salen o no salen, ya sabes —contestó haciendo ese gesto tan suyo de levantar los hombros.

—Te noto muy misterioso hoy —afirmó Patricia riendo.

—Sí, yo también tengo secretos, ¿sabes? —le dijo con retintín haciendo alusión a la conversación mantenida días antes.

Por un instante pasaron por la mente de Patricia sus hijos, no había dicho todavía nada y no encontraba momento para decírselo. Al día siguiente sin falta se lo diría.

—Mañana si te portas bien igual te cuento alguno —prometió guiñándole un ojo.

—Mmmm, me gusta la idea, y si ¿me porto mal? —preguntó con ironía.

—¿Cómo de mal? —quiso saber.

—Muy, muy, muy mal —dijo serio.

—Déjame pensar... —Patricia puso un dedo en su boca y miró hacia arriba como que estaba concentrada pensando—, pues... —continuó—, algo tendrás que hacer para que te perdone y te los cuente —dijo mimosa.

—De acuerdo, ¡creo que lo podré hacer! —afirmó con determinación.

Se estaban excitando y retando sólo con las palabras, aquella noche prometía ser apoteósica.

—Vamos a cenar que se enfría.

Cenaron, charlaron, rieron, bebieron y disfrutaron de aquella velada como hacía tiempo que no lo hacían ellos dos.

Aquella naturalidad que había surgido entre ellos era difícil de conseguir. Mikel no la había sentido nunca con Estíbaliz, empezando porque ella nunca comía nada de lo que él preparaba, todo tenía grasa, más calorías de la cuenta y eso había hecho que desistiera de preparar la cena en casa, ella se alimentaba de verdura cocida, pollo a la plancha y pavo. Mikel había optado por cenar en casa de su madre o preparar cualquier cosa para él, el acto de comer o cenar había perdido para él su encanto. El mantener una conversación amena y divertida también había desaparecido de su vida. Se limitaba a intercambiar pareceres con Estíbaliz del día a día, ella a pedir dinero para comprarse lo que se le antojara en ese momento o para hacerse un tratamiento exclusivo de belleza y poco más. El caso era que no hablaban de temas importantes. Terminaron de cenar y pasaron al salón.

—¿Te apetece ver una peli? —sugirió Patricia.

—No sé, mira por ahí tengo alguna y si no mira a ver que hay en la tele. No tengo ni idea de qué echan —dijo Mikel mientras llegaba al salón.

—Déjame el mando —pidió Patricia—. ¡Quien tiene el mando tiene el poder! —pronunció esas palabras simulando voz de hombre.

—Vale, vale, todo el poder para ti —aceptó Mikel riendo.

—¡Mira una peli de Jason Statham!, ¡me encanta! —dijo ella al ver al actor británico en una de las cadenas.

—¿En serio? —preguntó Mikel mientras la miraba extrañado.

—¡Sí!, acaba de empezar, venga ven aquí, siéntate a mi lado —ordenó moviendo la mano y golpeando el sofá.

—No sabía yo que te gustaban las pelis de acción —afirmó Mikel mientras hacía lo que ella le mandaba.

—¡Me encanta este actor!, no ganará un Oscar, pero me gusta. ¡Qué le vamos a hacer! —admitió moviendo los hombros con resignación.

—Nada, nada, pero te pega más la comedia romántica —dijo mofándose de ella.

—¿En serio? —preguntó Patricia mirándole incrédula.

—No —afirmó riendo.— Te va la acción y las emociones fuertes, romanticismo el justo —sentenció Mikel que la iba conociendo un poquito más.

—¡Ahí le has dado! Ahora calla, que empieza lo bueno.

Vieron la película los dos en el sofá, Mikel le acariciaba los hombros ya que había pasado el brazo por encima de ella y ella hecha un ovillo se recostó sobre él. Mikel cerró los ojos, aquella situación de estar los dos así, íntimamente viendo una peli, le encantó, se había enamorado de

aquella mujer extraña que conoció en un club de intercambio de parejas. Que era morbosa, le gustaba disfrutar del sexo, pero que por otro lado era cariñosa y muy natural. ¿Le habría dado la vida otra oportunidad? Parecía que todo iba bien, despacio, pero estaba convencido de que aquella mujer le había robado el corazón y merecía la pena. Tenía muy buenas vibraciones. La peli terminó, Patricia había bostezado un par de veces.

—Creo, pequeña que nos tenemos que ir a la cama, se te ve agotada —le dijo en voz baja.

—Sí, estoy cansada, la verdad. Vayamos a la cama.

Se dirigieron a la habitación en silencio, Patricia entró en el baño a lavarse los dientes, mientras Mikel se fue quitando la ropa en el dormitorio. Cuando se dio la vuelta se quedó paralizado, ahí estaba Patricia con un conjunto de lencería negro que realzaba su cuerpo de forma impresionante.

—¡Estás preciosa! —dijo Mikel encantado con las vistas.

—Gracias —contestó mimosa—. ¿No pensarías que íbamos a irnos a dormir? —preguntó de forma provocativa.

—Nada más lejos de mi intención —contestó acercándose a ella, la agarró posesivamente por la cintura y la aprisionó contra la pared y su cuerpo.

Comenzó a besarla el cuello, fue hacia sus labios y aquel beso la desbarató, era posesivo, ardiente, exigente, no brusco pero muy muy caliente. Las manos de Patricia acariciaban la ancha espalda de Mikel que sólo tenía puesto el bóxer.

—Me encanta tu ropa interior pero ahora mismo sobra —sentenció Mikel con su voz profunda.

—Pues quítamela —contestó ella con chulería.

—Tus deseos son órdenes —con maestría le desabrocho el sujetador y se dedicó a sus pechos. Los masajé, cogía los pezones entre sus dedos y pellizcaba suavemente. Patricia jadeaba, ya estaba excitada y por el bulto que notaba en su vientre él también. Siguió besándola con deleite y tocándole los pechos, con la otra mano bajó el *culotte* de encaje, por la parte de atrás era todo de encaje y por delante tenía una tira de raso negra en la parte central, era muy morboso. Le dio un azote en el culo y le ordenó con aquella voz — tumbate en la cama, no he comido mi postre.

—Adelante, disfruta —dijo ella de forma sugerente.

Mikel se tumbó sobre ella, le succionaba, chupaba, lamía y acariciaba sus pechos. Cuando se dio por satisfecho bajó hasta su sexo, ya estaba húmeda, separó sus piernas y metió su cabeza en él, primero le lamió los labios vaginales abriéndolos con la lengua a su paso, y después se centró en su clítoris que ya estaba hinchado de excitación. Se entretuvo un rato allí mientras la penetraba con un dedo. Patricia estaba cada vez más excitada, se agarraba a los barrotes del cabecero de la cama. Aquel hombre tenía una lengua muy juguetona, le encantaba cómo le hacía el amor con ella. Después del primer dedo fue un segundo, no dejaba de lamer y morderle el clítoris, estaba cada vez más excitada, con un golpe maestro la pellizcó a la vez que la chupaba y Patricia se arqueó de gusto dejando salir de su boca un grito de placer. Allí continuó hasta que su sexo dejó de temblar. Mikel se incorporó relamiéndose como había hecho ella en su oficina horas antes.

—Deliciosa.

—Gracias —dijo Patricia todavía acalorada por el orgasmo que le había provocado.

—No he terminado contigo pequeña. Se levantó y fue a la mesilla a por un condón.

—No —negó Patricia haciendo que se parara en seco.

—¿Estás segura? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí, tomo la píldora, me apetece sentirte.

Aquellas palabras llegaron hondo al corazón de Mikel, era un acto de amor, no cabía duda.

—Perfecto —acertó a decir.

Se volvió a poner encima de ella y poco a poco la fue penetrando, con cada centímetro que se introducía en ella lo sentía como algo sublime. Cuando estuvo dentro por completo comenzó a moverse cadenciosamente, sin prisa pero a buen ritmo. Patricia lo miraba, como tantas veces había mirado a Alberto. Ya no cerraba los ojos, quería ver la expresión de la cara de Mikel, aprender todo de él, cómo reaccionaba ante cualquier estímulo, qué cara ponía antes, durante y después del orgasmo, quería saber todo de él.

—Dime algo —pidió Patricia.

—Eres perfecta para mí —dijo cegado por el placer—, basta con ver como nuestros cuerpos encajan a la perfección —le dijo con esa voz que perturbaba el entendimiento de ella. Patricia lo abrazó y en ese momento las embestidas fueron acelerando su velocidad, Mikel era certero, cada vez estaba más dentro de ella física y psicológicamente.

—Sigue —pidió Patricia.

Esas palabras espolearon a Mikel que aceleró el ritmo sin compasión. Un nuevo orgasmo se formó dentro de Patricia, y juntos explotaron en un clímax arrollador.

Ese fue el primero de los tres asaltos que les esperaban, el siguiente no fue tan romántico, fue salvaje, incluso violento en algún momento, pero sobre todo morboso.

—¿Mañana qué vamos a hacer? —preguntó Patricia cuando ambos estaban en la cama abrazados, descansando del último asalto,

—Iremos a conocer a mi madre —dijo él que no dejaba de acariciarla.

—¿Cómo?! —preguntó Patricia sorprendida.

—Iremos a conocer a mi madre y a mis hermanos, ¿algún problema? —repitió algo molesto.

—No, ninguno, es que me sorprende, eso es todo —aclaró Patricia cuya reacción podía haber resultado algo desmesurada.

—¿Por qué? ¿Por qué te sorprende? —quiso entender Mikel y por eso le volvía a preguntar.

—Pues no sé, porque es pronto ¿no? —dijo Patricia.

—No —sentenció rotundo con esa voz profunda.

—Vale, pues dime algo de ellos, para no meter la pata —pidió Patricia que se había percatado de que no tenía opción a elegir, iba a conocer a la madre y a los hermanos sí o sí.

—No la meterás, sé tú misma, como tú eres —dijo él—. No espero que seas nadie que no eres, nada más debes comportarte como lo haces siempre, como tú eres —volvió a repetirle.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo soy? —quiso saber.

Que la regalaran los oídos de vez en cuando la gustaba.

—Divertida, ocurrente, inteligente, especial... ¿Quieres que siga? —dijo bromeando.

—Mmmmm, ronroneó —me podría llegar a gustar esto.

—Ya te gusta —sentenció de forma chulesca el vasco.

—¡Eso es verdad! —dijo riendo.

—Mi madre es una mujer muy familiar, para ella lo primero es su familia y cada dos por tres organiza comidas con cualquier pretexto para juntarnos a todos. Le gusta tenernos cerca, una de las razones por las que mi padre no quiso ampliar mercado en otra ciudad era para no separarse de ella y de nosotros.

Mikel continuó con su relato, Patricia lo escuchaba embelesada con esa voz, era el narrador perfecto.

—Es una mujer muy pragmática y muchas veces era ella la que paraba a mi padre los pies. Cuando me separé de Estíbaliz... —¡Maldita sea! pensó Patricia, ya vuelve a aparecer esa en

nuestra conversación—, y se lo conté a mis padres eso les disgustó mucho. Ellos creen en la familia unida ante todo, por ello mi padre y yo estuvimos tiempo sin hablarnos pero trabajando juntos la situación se volvió insostenible, fue Castellana la que intervino y nos puso a cada uno en nuestro sitio.

—Es una mujer de armas tomar, ¿eh? —inquirió Patricia que había permanecido callada hasta ese momento.

—Bueno, tiene su carácter sí, no es mala persona, muy protectora con lo suyo, nada más —dijo Mikel.

—Me estás intimidando —confesó Patricia algo asustada tras la explicación de Mikel.

—¡Qué va! No tengas miedo, cuando os conozcáis os vais a caer muy bien, ¡estoy seguro de ello! —dijo convencido.

—Eso espero —apuntó ella temerosa.

—Y ahora dejemos de hablar y bésame —le pidió con voz cargada de intenciones. Así lo hizo Patricia, los besos se convirtieron en algo más haciendo que concluyeran la noche con el tercer y último asalto arrebatados por la pasión.

—**B**uenos días dormilona —dijo Mikel al lado de Patricia.

—Buenos días —contestó Patricia estirándose—. ¿qué hora es?

—Las diez —dijo él.

—¡No puede ser! —gritó Patricia.

—Lo es, cariño, lo es. —Era la primera vez que la llamaba cariño, y sonrió porque le gustó.

—Hacía años que no me levantaba ¡tan tarde! —dijo ella alucinada por lo que ese hombre había conseguido.

—¿Ni en vacaciones? —preguntó él extrañado.

—Ni en vacaciones —contestó ella pensando que con dos niños pequeños, la hora de levantarse era más bien temprano, independientemente de que fuera invierno, verano, fin de semana o entre semana. En su caso era imposible levantarse más tarde de las nueve.

—Me alegro de arrastrarte por el mal camino —dijo divertido.

—Y yo de que lo hagas —aseguró mimosa. Se volvió a estirar y se levantó para ir al baño.

—Cuando acabes ve a la cocina, el desayuno está listo —dijo Mikel asomándose al cuarto de baño.

—Vale. —Canturreó feliz cuando terminó en el baño, se puso la camisola del día anterior y fue hasta la cocina—. ¡Menudo desayuno!

—Como no sabía que te apetecía he preparado un poco de todo, fruta, café con leche, tostadas, magdalenas... —explicó él señalando cada cosa que enumeraba.

—¡Madre mía! Que luego tenemos que ir a comer a casa de tu madre.

—Así es preciosa. ¡A desayunar! —la animó.

Se emplearon a fondo con el desayuno. Cuando terminaron se fueron a la ducha. Una ducha compartida en la que hubo más que frotamientos en la espalda. Mikel era el morbo en persona, y le hizo el amor de forma posesiva bajo el agua mientras ella se dejaba llevar arrastrada por su embrujo.

—¿Estoy bien? —dijo ella nada más vestirse.

—Lindísima —le contestó Mikel sentado sobre la cama y observando cómo Patricia terminaba de arreglarse.

—Quiero dar buena impresión a tu madre —explicó ella.

—Se la darás —le contestó de forma rotunda.

Se había puesto unos pantalones pitillo de color negro y un top blanco básico, la parte que destacaba de su conjunto eran las sandalias. Su último capricho, eran de Úrsula Mascaró, le encantaban sus diseños y cuando podía se daba un homenaje. Este era el caso.

—¿Por qué no te maquillas? —le preguntó Mikel que era muy observador.

—¿Voy mal? —preguntó dudando.

—Noooo, es que me sorprende —dijo él de forma natural.

—Mira Mikel, por mi trabajo no me queda más remedio que ir maquillada y muy arreglada. Así que el fin de semana o cuando no trabajo, lo evito, nada de maquillaje o muy poco, nada de ropa arreglada, elijo atuendos informales y zapato plano —le explicó ella.

—Hoy llevas taconazo —afirmó Mikel mirándole los pies.

—La ocasión lo merece —dijo guiñándole un ojo.

—¡Vale!, nunca dejas de sorprenderme — admitió él que no entendía muy bien que le dijera que no se maquillara y quisiera ir cómoda y luego se plantara unos zapatos con un tacón imponente, ¡cosas de mujeres! pensó.

Sobre la una llegaron a la casa de los padres de Mikel, era la típica casa vasca, estaba a las afueras de Bilbao. Grandiosa. Con un jardín muy bien cuidado, en un terreno que rodeaba la casa por los cuatro costados. Aparcaron el coche y bajaron. En la puerta había una señora esperando, no muy alta y un poco entrada en carnes pero con una elegancia innata.

—Hola, cariño —dijo a Mikel cuando se acercó.

—Hola, ama, ¿cómo estás? — preguntó él con una sonrisa en la cara.

—Bien, muy bien —contestó la mujer.

—Te presento a Patricia —dijo Mikel contento como nunca.

—Encantada de conocerte —le dijo con una sonrisa en los labios, dándole dos besos.

—Lo mismo digo, señora —contestó ella serena. No sabía por qué pero como había dicho Mikel esa mujer le caía bien y no estaba nerviosa para nada.

—Llámame Carmen o Castellana como prefieras, aquí todo el mundo me llama Castellana pero si te sientes mejor llamándome Carmen no me importa, lo que prefieras —le explicó la madre de Mikel.

—Castellana está bien —dijo Patricia con una sonrisa en los labios.

—De acuerdo, pasad —les invitó.

Mikel estaba encantado, la primera impresión había sido buena por ambas partes, él sabía que iban a congeniar fácilmente.

Pasaron al salón donde había preparada una mesa para once comensales. En ese mismo momento llegó Arantxa, la hermana pequeña de Mikel.

—Hola, hola, hola a todos —dijo alegremente con voz cantarina.

—Hola cielo —dijo la madre de Mikel.

—¡Hermanito! —gritó ella abrazándolo efusivamente.

—Hola, Arantxa, ¿qué tal? —dijo Mikel sonriendo.

—Bien, bien y tú debes de ser Patricia —aseguró ella mirando a la mujer que estaba al lado de Mikel.

—Sí —confirmó Patricia algo tímida.

—Encantada, ¡qué ganas tenía de conocerte! Mi hermano no para de hablarme de ti —aseguró de forma dicharachera la mujer que la observaba y que era muy parecida físicamente a Mikel, alta, pelo castaño a media altura y unos ojos muy expresivos.

—Ah, ¿sí? —dijo Patricia enarcando las cejas.

—Sí, así es —confirmó Arantxa.

—¡Arantxaaaaaa! —Mikel alzó la voz a modo de advertencia.

—Que sí, que sí, Hermanito, que nos conocemos —dijo bromeando—. Ya era hora de que buscaras una chica normal no esa estirada y remilgada de Estíbaliz —añadió Arantxa sin poder contenerse.

—¡Arantxa! —cortó Castellana—, no empieces.

—Amaaaa, ya sabes que no miento —dijo con voz quejumbrosa.

—Estás intimidando a Patricia —dijo Mikel para cortar la verborrea de su hermana.

—Lo siento —dijo mirando a Patricia, pidiendo disculpas con la mirada.

Patricia sonreía, ya le caía bien Arantxa sin conocerla, ahora la tendría como aliada.

—Hola, ¿llegamos tarde? —dijo una voz detrás de ellos.

—No hijos, pasad, ellos son Aitor y su mujer Nagore, y esas dos diablillas que están por ahí corriendo Iratxe y Edurne —explicó Castellana a Patricia.

—Hola —dijo Patricia—. Soy Patricia. —Le dieron dos besos cada uno y empezaron a hablar con ella cordialmente.

—¡¡Holaaaaa!! —se oyó a continuación. Era la voz de una niña pija.

—Hola, Estíbaliz —dijo Mikel serio, su semblante se volvió serio de repente.

—¡Hola, Miky!, ¿qué tal? —dijo acercándose a él de forma descarada.

—No me llames Miky, me llamo Mikel —pidió serio.

—¡Ay, querido!, antes no te importaba —dijo con retintín.

—Un respeto, Estíbaliz —pidió serio.

—Y, ¿tú eres? —preguntó con indiferencia haciendo un repaso desde los pies hasta la cabeza de Patricia.

—Soy Patricia Muñoz —contestó Patricia seria.

—Ahhh, y ¿eres? —volvió a repetir con el mismo tono de voz chillón.

—Una amiga de Mikel —dijo sin querer dar más explicaciones.

—¿Desde cuándo traes amigas a las comidas familiares Miky? —preguntó con voz de pito.

—¡Estíbaliz, por favor! —le pidió Mikel.

Era difícil no prestar atención a Estíbaliz. Era una chica muy alta, delgada, de pelo caoba largo y ondulado. Vestía ropa muy cara y se notaba que gastaba dinero en ella, gimnasio, peluquería, manicura... Además su actitud hacía que todo el mundo estuviera pendiente de lo próximo que saldría por su boca.

—¡Ay! ¡Me encantan tus sandalias, Pat!, porque te puedo llamar Pat ¿no? —preguntó sin mirarle a la cara.

—Me llamo Patricia —dijo de forma seca — Y mis sandalias son de Úrsula Mascaró, una diseñadora española muy buena —explicó suavizando un poco el ambiente.

—No la conozco, yo soy más de Jimmy Choo, Manolo Blahnik —dijo ella enumerando los grandes diseñadores a la vez que gesticulaba de forma exagerada y despreciando todo lo que Patricia decía—. Ya sabes. ¿Te acuerdas Miky cuando estuvimos en New York, en esa zapatería, y me compré los Jimmy Choo? —preguntó queriendo incomodar a Patricia.

—Sí, los que no te pusiste nunca —contestó él a modo de reproche.

—Bueno, bueno —dijo moviendo las manos para quitar importancia al asunto, cuando algo no le interesaba huía, así lo hizo dejándoles con la palabra en la boca. La impresión de Patricia ante Estíbaliz fue de sentirse pequeña, insignificante. Aquella mujer desprendía confianza en sí misma por todas partes, aunque cuando hablaba perdía muchos puntos.

—¡Hola! —dijo de nuevo otra voz masculina.

—Hola —dijeron todos a la vez.

—Ellos son los padres de Estíbaliz —explicó Mikel—. Manuel y Luisa. Ella es Patricia.

—Hola, guapa —dijo Luisa dándole dos besos.

—Hola, soy Manuel, encantado.

Al contrario que su hija, Manuel y Luisa eran una pareja encantadora. Eran amigos de Andoni y

de Carmen desde hacía muchos años, eran parte de la familia.

—Sentaos a la mesa —pidió la madre de Mikel que empezó a llevar platos y cazuelas a la mesa—. Tenemos arroz a la zamorana o marmitako, y después chuleta o algo de picar por ahí, he hecho canapés, alguna ensalada... —dijo la mujer mientras entraba y salía del salón.

—Yo tomaré arroz a la zamorana —dijo Estíbaliz.

—¿Tú? —saltó Arantxa sorprendida.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo ella ofendida por las palabras de su ex cuñada.

—Nada, pero nunca comes nada con más de tres calorías —añadió de forma irónica la hermana pequeña de Mikel.

—Hoy me apetece —dijo sin más. Ella era el centro de atención y lo sabía.

—Tendrás que estar dos horas más en el gimnasio para bajar los granos de arroz —dijo Arantxa divertida.

—¡Arantxa! —la reprendió Aitor.

—Gracias, cuñado, si no fuera por ti —contestó Estíbaliz poniendo morritos.

La comida iba a ser agotadora, esa tía era insoportable, menos mal que ella misma se excluía de las conversaciones más profundas, pensó haciendo que una sonrisa apareciera en su cara.

—¿Qué haces en la vida, Pat? —volvió a la carga. Patricia intentando ser correcta le explicó.

—Trabajo en Beauty World, una multinacional cos... —ya no pudo hablar, de nuevo Estíbaliz cortó su relato.

—¿Beauty World? —preguntó Estíbaliz exagerando las sílabas—. ¡No me lo puedo creer! Que productos más buenos, y caros también. Lo último que me he comprado han sido las sombras de ojos Dark night, ¡qué pasada! Y el esmalte de uñas a juego es impresionante —añadió ella que explicaba todo como si fuera una comercial de la teletienda.

Arantxa puso los ojos en blanco, mientras Aitor y su mujer se reían. Los padres de Estíbaliz no sabían dónde meterse y Mikel estaba molesto ante la situación.

—Por cierto, Miky, tenemos que hablar —dijo ella acabando toda la conversación anterior.

—Si es cualquier cosa sobre el divorcio ponte en contacto con mi abogado —dijo él tajante.

—¡Pero Mikyyyyyy...! —se quejó lloriqueando como si fuera una niña pequeña.

—Mikel, me llamo Mikel. No tengo más que hablar contigo y por respeto a los que aquí comemos, compórtate —le pidió casi fuera de sí, se estaba conteniendo pero su paciencia estaba llegando a un límite.

—¡Pero si es muy importanteeee; —dijo con el mismo tono.

—Ya me conozco tus importantes, con tal de llamar la atención haces cualquier cosa —sentenció Mikel enfadado.

—Chicos comamos y luego habláis —dijo Castellana zanjando la conversación.

La situación se calmó y tuvieron una comida agradable y llena de risas a pesar de que no estaba el padre de Mikel y de las tonterías de Estíbaliz.

¿Qué hacía ella allí? Se preguntaba Patricia, estaban separados y por muy amigos que fueran de sus padres la relación de ellos estaba rota. No entendía nada.

Llegaron los cafés y Estíbaliz seguía insistiendo en hablar con Mikel aunque éste estuvo pendiente de Patricia durante toda la comida.

Justo cuando Castellana estaba entrando al salón con una bandeja llena de tazas y la cafetera, Estíbaliz se levantó teatralmente de la mesa.

—¡Un momento de atención por favor! —dijo dando unos golpecitos a su copa con una cucharilla. Aitor y su mujer reían, Arantxa puso los ojos en blanco por enésima vez y sus padres

sorprendidos miraban a su hija y a Castellana alternativamente, las facciones de Mikel se tornaron duras—. En vista de que Miky no quiere hablar conmigo a solas y esto es una reunión familiar os quiero decir que..., ¡estoy embarazada! —confirmó gritando y poniendo los brazos en cruz como una actriz a la que le acaban de dar un premio.

Un silencio se hizo en el salón. Nadie decía nada.

—Pero ¿qué estás diciendo insensata? —amonestó Manuel alzando la voz y levantándose de la mesa.

—¡Papiiiiiii, que vas a ser abuelooooo! —dijo ella canturreando.

Mikel no reaccionaba y fue una mirada de su madre la que lo hizo hablar.

—¿Se puede saber qué tontería es esa? —preguntó furioso.

—¡Que vas a ser papá! —ella continuaba con su pantomima.

Patricia se levantó sin que nadie se diera cuenta ante la confusión y se dirigió al baño. Eso no podía estar pasándole a ella, se había tirado sin red y se había estrellado contra el suelo. En el baño se refrescó y cuando salió Arantxa la estaba esperando.

—¿Estás bien? —dijo mirándola a la cara. Tanto Mikel como ella tenían los mismos ojos.

—No —dijo escuetamente—. Me voy de aquí —confirmó con voz apagada.

—¿Dónde vas a ir? —quiso saber.

—No lo sé, a casa, voy a buscar un taxi que me lleve a Madrid.

—¡¿Estás loca?! Quédate en mi casa. Hasta mañana no habrá ni vuelo, ni autobús, ni nada, el taxi te saldrá por un ojo de la cara —le dijo Arantxa queriéndola disuadir de su intención.

—Tengo que estar en Madrid a primera hora —contestaba como un autómatas.

En ese momento apareció Mikel y con una mirada a Arantxa ésta entendió que debía irse.

—Lo dicho, Patricia, lo que necesites.

—Gracias —dijo ella.

—Patricia. —Ella miraba al suelo—. Mírame por favor. —Ella levantó despacio la cabeza y lo miró a los ojos. En ellos percibió desencanto y pena—. No sé qué decir, esto me ha sorprendido tanto como a ti. Ven vamos a esta habitación a hablar, no quiero que nos moleste nadie —le pidió. Se dirigieron a una habitación vacía, ella lo siguió como siempre que ponía esa voz. Allí se sentaron en dos sillas.

—¿Has estado con ella mientras tú y yo estábamos juntos? —preguntó Patricia sin poder contenerse más, aunque tenía un nudo en la garganta consiguió hacer la pregunta.

—¡No! —dijo él desesperado—. Desde la primera noche que te vi en el (S)experience no he vuelto a estar con otra mujer —le confesó impotente por no poder demostrar que todo lo que le decía era verdad.

—¿Entonces? —quiso saber ella.

—Entonces, ¡no se, Patricia! —dijo apesadumbrado.

—Ya sé que no hemos hablado de fidelidad y todas esas cosas pero se sobreentiende, ¿no? —afirmó ella dolidas.

Mikel se puso las manos en la cabeza, se tocó el pelo y la miró. Suspiró profundo y comenzó a hablar.

—Días antes de ir al (S)experience, me acosté con ella. Habíamos quedado a concretar unos asuntos del divorcio y se puso muy pesada, que si los viejos tiempos, que él último de recuerdo...

—Y no te pudiste resistir —dijo Patricia irónicamente—. No te juzgo, eres muy libre de hacer lo que quieras —añadió con palabras amargas.

—Patricia, en ese momento ¡no te conocía! —espetó desesperado. Cualquier explicación

parecía absurda.

—Ya, ya lo sé —contestó ella comprendiendo la situación aunque no era excusa para estar enfadada.

—Ella toma la píldora y aún así muchas de las veces que nos acostábamos me hacía usar condón, tenía auténtico pánico a quedarse embarazada. En ese último encuentro me dijo que no lo usara y me sorprendió, pero con todas las precauciones que tomaba era casi imposible que ocurriera ¡joder! —explicó dando un golpe encima de la mesa. — ¡¿Cómo he sido tan tonto?! Esto se me escapa de las manos, ¡no sé qué hacer! —dijo desesperado ante la situación.

—Mikel —añadió lo más serena posible— quiero irme a casa. —Tenía los ojos vidriosos, estaba a punto de llorar, pero mantenía la compostura como podía.

—Yo te llevo —se ofreció él.

—No. Creo que tienes mucho que solucionar aquí —dijo firme en su decisión.

—Y una mierda, Patricia. Habíamos quedado en que iríamos los dos juntos a Madrid y así va a ser —repuso él más ofuscado que ella.

¡Cómo había cambiado la historia!, hacía unas horas estaban en casa viendo una película como dos enamorados y haciendo el amor y ahora parecían dos completos desconocidos. Una hora más tarde ya estaban de camino, la noticia del embarazo de Estíbaliz había caído como un jarro de agua fría en la familia. La tensión se cortaba entre ellos.. Nada más cerrar las puertas del coche Patricia no pudo más.

—¡No sé cómo has podido estar con una mujer así! Es insoportable además de superficial y materialista —dijo todo seguido.

—Yo tampoco —contestó Mikel sabiendo que Patricia no tenía nada que ver con Estíbaliz.

Se volvió a hacer el silencio. A lo largo del camino intentaban hablar pero contestaban con monosílabos. Estaba siendo un camino muy largo. Ambos estaban inmersos en sus pensamientos cuando el teléfono de Patricia sonó, miró la pantalla y vio que era Carlos, pensó en no cogerlo pero poniendo su mejor voz para que no notara que estaba rota por dentro lo cogió.

—Hola, Carlos, ¿qué tal? —dijo disimulando lo mejor que pudo.

Mikel la miró sorprendido mientras conducía. Patricia hacía esto para hacerle daño, para darle unos celos que no existían, para hacerle ver cómo se había sentido ella cuando Estíbaliz la ignoró en la comida y era ella la protagonista pensando que aún tenía una relación con Mikel.

—Hola, Patricia, ¿qué tal todo? —saludó Carlos ajeno a todo.

—Bien, y ¿tú? —preguntó remarcando las palabras.

—Muy bien, ¿cuándo nos vemos? Hace tiempo que no quedamos.

—Es verdad, tienes razón, hace tiempo que no nos vemos. —contestó haciendo hincapié en esa última frase para que Mikel pensara lo que no era, quería hacerle daño y darle celos y todo lo que fuera para que se sintiera un poco como estaba ella en ese momento.

—Esta semana ¿te viene bien? —preguntó Carlos encantado con la predisposición que mostraba Patricia.

—Por mí ¡perfecto!, no he quedado con nadie —le dijo para herir un poco más al hombre que estaba a su lado. Estaba siendo injusta, lo sabía, pero no por eso iba a dejar de hacer que él se sintiera mal.

—Es que quiero contarte algo —confesó algo tímido.

—Ah, ¿síiii? —dijo riendo con una risa forzada y exagerada.

—Sí, bueno en realidad, quiero presentarte a alguien —añadió más serio.

—¡Vaya! Eso sí que es una buena noticia —confirmó esta vez alegrándose en serio por su mejor

amigo. Mientras Mikel no dejaba de mirarla de reojo cada vez más enfadado. Estaba celoso, enfadado y desencantado.

—Sí, ya ves, seguí tu consejo y aquí estoy.

—Me alegro mucho por ti —dijo Patricia más comedida en su actuación.

—Yo también la verdad.

—Mañana por la tarde me va bien —confirmó queriendo zanjar la conversación.

—Perfecto, mañana nos vemos entonces.

—Vale, un beso —se despidió..

—Otro para ti.

Patricia colgó con una sonrisa en la cara, era su mejor amigo y todo lo bueno que le pasara era poco. Mikel cada vez estaba más tenso. No pararon ni a tomar algo, solamente a repostar, la radio no ayudaba, cualquier canción que se oía hablaba de ellos de alguna manera. Llegaron a Madrid de noche, Mikel aparcó en el parking del hotel, allí estaba el coche de Patricia. Paró el coche y se quedaron dentro.

—Mikel —dijo Patricia.

—Te escucho —contestó con su voz grave.

—Me voy a ir unos días fuera —confirmó ella. No había podido decirle ni lo de sus hijos ni lo de las vacaciones con ellos, todo se había precipitado de forma estrepitosa y todas sus intenciones se habían diluido ante la noticia del embarazo de Estíbaliz.

—¿¿Cómo?! —preguntó él sorprendido.

—Que me voy a ir —volvió a repetir.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —dijo dolido por la decisión.

—Hoy, pero no bajo estas circunstancias, te lo puedo asegurar —confirmó frunciendo el ceño.

—¿Dónde? —quiso saber, necesitaba saber.

—Eso no importa Mikel, lo que importa es que estos días nos van a servir a ti y a mí para reflexionar y pensar profundamente en lo que vamos a hacer con esto sea lo que sea que tengamos —dijo ella serena. El viaje tan largo había servido a Patricia para reflexionar de forma profunda.

—Ya entiendo —respondió Mikel pensativo—. ¿Puedo llamarte?

—No sé si será buena idea —dijo ella moviendo la cabeza negativamente. Las vacaciones con sus hijos eran sagradas, no quería que nadie las interrumpiera, sin embargo Mikel pensaba que era debido a todo lo que había sucedido en Bilbao.

—Sólo oír tu voz Patricia, no pido nada más ya que vas a desaparecer de mi vida por completo durante días —suplicó con el rostro pintado de desesperación.

—Está bien —cedió Patricia—, pero no prometo que siempre te conteste.

—De acuerdo, correré el riesgo.

Salieron del coche, Mikel se acercó a abrirle la puerta y la aprisionó contra el coche.

—Patricia, déjame quererte, te necesito —le susurró al oído.

Patricia cerró los ojos fuertemente, no quería llorar. Se deseaban, deseaba besar aquellos labios carnosos, acariciar su piel, sentirlo dentro, pero no. Se contuvo como pudo, miles de sentimientos se agolpaban por salir. Estaba dolida, humillada, furiosa, apenada, frustrada, pero no con la persona que tenía delante, aunque fuera con él con quien lo estaba pagando.

—Mikel no me lo pongas más difícil —le pidió con la voz quebrada.

—Esto no es fácil para ninguno de los dos —dijo él.

—Será mejor que me vaya.

Él se apartó, vio como montaba en su coche y se alejaba.

En cuanto llegó a casa y se vio sola, Patricia se echó a llorar, hacía tiempo que no lloraba así. Se había enamorado incluso poniendo barreras para evitarlo y ahora estaba con el corazón roto.

La noche no fue buena para ninguno de los dos. Mikel dio vueltas en la cama sin poder dormir. No llegaba a comprender cómo podía haber ocurrido todo aquello, de repente algo que parecía bueno en su vida se había desintegrado, no por él ni por Patricia. Todo por Estíbaliz, ¿iba a estar ella en su vida para siempre?, desafortunadamente sí, si iba a tener un hijo con ella era inevitable que su ex estuviera presente en su vida. La maldijo y la empezó a odiar como no pensaba que podría hacerlo jamás.

A la mañana siguiente Patricia se arregló y se fue a trabajar con una cara pésima debido a la noche que había pasado.

—Buenos días Patricia —le dijo su secretaria.

—Hola Raquel —contestó seria.

—¿Estás bien?

—Sí, solo que he dormido mal. Nada importante. Me traes un café por favor.

—Cómo no, ahora te lo llevo.

—Gracias.

Patricia entró en su despacho, encendió el ordenador y revisó su correo. Llegó al momento su jefa seguida de la secretaria.

—Ahí te dejo el café —dijo de forma servicial.

—Gracias Raquel.

—Menuda cara traes guapa —le dijo Alicia, su jefa, cuando se fue su secretaria.

Tenían confianza para eso, aunque delante de la gente guardaban la compostura.

—Ya te digo —confirmó Patricia.

—¿Mal de amores? —preguntó pícaramente Alicia.

—Más o menos —contestó Patricia sin ganas de hablar.

—Vaaaale, en vista de que no tienes ganas de desahogarte vamos al lío.

Normalmente era Patricia la que iba al despacho de Alicia, pero a veces cambiaban los papeles.

—Tenemos que concretar agenda para estos quince días que te vas y me dejas tirada como una colilla —dijo teatralmente.

—¡Qué boba eres!, ya te has ido tú, ahora es mi turno —afirmó levantando los brazos a modo de victoria.

—Tienes razón, te las mereces.

—Más bien, las necesito —aseguró Patricia exhausta.

Continuaron cuadrando citas, informes....durante un buen rato. A media mañana, cuando cada una estaba en su despacho sonó el teléfono.

—Patricia, una tal Arantxa Arriaga quiere hablar contigo.

—Pásamela —dijo sorprendida.

—Hola Patricia, ¿qué tal? —dijo Arantxa con una voz dulce.

—Hola Arantxa, bueno, para qué mentir ¿no? Estoy hecha polvo —admitió.

—Me imagino, mi hermano no está mucho mejor —confirmó..

—Oye Arantxa, perdona que te interrumpa, si me llamas en nombre de tu hermano creo que....
—cortó Patricia que no estaba para oír a intermediarios de nadie.

—¡No, no, no! —dijo Arantxa precipitadamente. —Perdona, él no sabe nada. Sólo que he hablado con él hace un rato y me lo ha dicho.

—Vale —suspiró Patricia.

—Mira, sé que no tengo derecho a meterme en esto pero hace tiempo que no había visto a mi hermano tan ilusionado y contento con algo, más bien alguien, que eres tú y no sé que está tramando Estíbaliz, pero me temo que nada bueno —afirmó con contundencia.

Que Arantxa le dijera a Patricia que Mikel estaba ilusionado con su relación le hizo sonreír, pero fue una sonrisa leve, estaba muy dolida y decepcionada, no lo podía evitar.

—No se Arantxa, no la conozco, a ti tampoco pero reconozco que me caíste bien al instante.

Arantxa rió.

—Y tú a mí —le contestó. Ambas rieron.

—No sé qué va a pasar ahora, tu hermano va a tener un hijo y eso es algo que deseaba desde hace tiempo —le dijo con pena.

—Eso es verdad, pero una cosa no quita la otra —concluyó Arantxa optimista.

—Ya, pero él se va a entregar en cuerpo y alma a ese bebé, y es lo lógico. Es lo que más deseaba en el mundo.

—Tengo mis dudas, Patricia, no lo veo claro. Algo me dice que esa arpía no está jugando limpio.

—¿Insinúas que es mentira? —preguntó Patricia sorprendida ante la acusación.

—No lo sé, si lo es, se sabrá en breve, ¿no? No le funcionaría si lo hace para retener a mi hermano —dijo cavilando en voz alta.

—Estoy muy confundida. Lo único que te puedo decir es que me voy unos días a Menorca, a desconectar, a pensar y reflexionar sobre todo esto. Ambos necesitamos aclararnos y después ya veremos.

—Vale, vale, bueno Patricia, ya sabes que para lo que quieras, ahí estoy.

—Gracias Arantxa, eres muy amable —dijo Patricia agradecida.

—De nada, cuñada —contestó a modo de despedida. Que la llamara cuñada le hizo reír.

—Adiós.

Patricia colgó, cerró los ojos se recostó y dejó la mente en blanco. Toda esa situación le sobrepasaba.

Terminó su jornada laboral, y se fue a casa inmediatamente, tenía mucho que hacer todavía, maletas, documentación, dejar todo organizado para la vuelta... Además, había quedado con Carlos en una placita cercana a su casa, allí había un parque donde los niños podrían jugar mientras ellos tomaban algo en una terraza. Habían quedado a las ocho cuando el sol ya no apretaba tanto.

—¡Tito Carlos! —dijo Alba mimosa.

—Hoooola, bombón —respondió de forma exagerada Carlos, cogiéndola en volandas y dándola mil besos.

—Hola, tío Carlos —saludó Alberto más serio que su hermana.

—Hola campeón, ¡machaca! —le pidió poniendo la mano para que el niño se la golpeará.

—¿Qué nos has traído? —preguntó la niña.

—Alba, ¡por favor!, ¿qué te he dicho? —dijo Patricia amonestando a su hija.

—Yaaa, mami, pero es que el tito Carlos siempre nos trae algo —contestó la niña con mimo.

—Es verdad —respondió Carlos que no quería conflictos, siempre malcriaba a los hijos de su amiga—, un balón para Alberto y una comba para saltar a Alba.

—¡Yupiiii! —dijo la niña saltando a su alrededor.

—Eres un alcahuete —afirmó Patricia dándole un codazo, pero sonriendo al ver a sus hijos encantados con sus nuevos regalos.

—¡Ya!, lo sé, son mi debilidad —admitió él moviendo las manos a modo de disculpa.

Los niños se fueron encantados con sus nuevos juguetes dejando a los tres adultos mirándolos correr embobados. Carlos dio dos besos a Patricia y le presentó a una chica de pelo castaño y liso en media melena, ojos marrones y muy estilosa vistiendo.

—Ella es Sandra —dijo orgulloso agarrando por la cintura a su chica.

—Hola, soy Patricia —contestó Patricia acercándose para darle dos besos.

—Encantada —respondió Sandra risueña.

—Lo mismo digo —dijo Patricia con una sonrisa en la cara.

—¿Vamos a esa terraza? —sugirió Carlos una vez hechas las presentaciones.

—Sí, allí puedo vigilar a esos dos piratas. Bueno, bueno Carlos, ¡cuéntame! —pidió Patricia provocando a su amigo.

—Pues..., no sé, ella es Sandra, estamos saliendo desde hace poco tiempo y va todo genial —explicó Carlos algo tímido.

—¡Cuánto me alegro! Sabes que te mereces todo lo bueno que te pase.

—Gracias —contestaron a la vez, cosa que hizo que se rieran y se miraran como dos tortolitos.

—Nos conocimos hace unos meses una noche de marcha, tenemos amigos comunes —dijo Sandra, que era muy extrovertida—. Al principio no me hacía caso —prosiguió ella a modo de reproche mirándolo con picardía.

—Pero ahora... —continuó él.

—Ahora ¡sí me lo hace! —volvieron a reír.

La frase tenía doble sentido.

Patricia estaba encantada con lo que veía. Por fin su amigo le había hecho caso.

—¿En qué trabajas? —preguntó Patricia.

—Soy comercial, todo el día de acá para allá, pero me encanta mi trabajo. Como verás hablo mucho.

—Sí, sí —se rió Patricia—. Eso para tu trabajo es muy importante.

—Sí, lo es —afirmó moviendo la cabeza.

—¡Tito Carlos! ¡Tito Carlos! —dijo Alberto, corriendo sin aliento—. ¿Nos empujas en el columpio?

—Claro, ahora voy —afirmó levantándose—. Lo siento chicas, tengo un asunto muy importante entre manos.

Dio un beso a Sandra en los labios y fue corriendo a jugar con los niños.

—Estoy muy contenta de verlo así —admitió Patricia.

—Yo también estoy muy contenta. Aunque he de reconocer que no quería venir —confesó Sandra mientras miraba a Carlos alejarse a grandes zancadas.

—Y eso ¿por qué? —Patricia miró extrañada a Sandra.

—Bueno —comentó algo tímida mirándose las manos—. Carlos me contó lo que sentía por ti y claro eso no me gustó, además quería que te conociera, así que es normal que tuviera reticencias. Estaba celosa —le confesó.

—Ya entiendo —dijo Patricia sonriendo—. Mira Sandra no sé lo que te ha contado Carlos pero él y yo nos conocemos desde hace tiempo. —Ella asintió con la cabeza—. Es mi mejor amigo y en cuanto a lo que siente por mí o sentía, en realidad creo que ha confundido sus sentimientos hacia

mí. Mi situación personal le hizo querer protegerme y confundió cariño y protección con amor. Creo que ahora que te ha conocido a ti se ha dado cuenta de ello —aseveró Patricia con voz dulce.

—Puede ser —dijo Sandra pensativa.

—Nunca hemos tenido nada, Sandra —aseguró mirando fijamente a los ojos de la mujer que tenía delante—. Yo quiero mucho a Carlos pero como mi mejor amigo que es.

—Vale, gracias por aclarármelo todo Patricia —dijo Sandra aliviada por lo que acababa de conocer.

—¡Qué chicas! ¿Me estabais despellejando? —preguntó Carlos que volvía a dar un trago a su cerveza.

—¡No lo dudes! —contestó Patricia riendo.

—Nada de eso cariño —añadió Sandra mirando a Carlos con ojitos, se volvieron a besar.

Esa cercanía entre ellos hizo a Patricia pensar en Mikel, sí en Mikel; otras veces, cuando veía a parejas mostrar su amor se acordaba de Alberto, pero las cosas habían cambiado y ahora era en Mikel en quien pensaba.

—¿Qué tal todo Patricia? —preguntó Carlos sentándose y dando un trago largo a su cerveza.

—Bien —dijo más alegre de lo que realmente estaba—. Deseando de irme de vacaciones.

—¡Ya te digo!, ¿dónde vais? —preguntó Carlos.

Patricia empezó a relatar todo lo que tenía planeado con los pequeños. Así pasaron el rato. Sandra se metió rápido en la conversación y los tres charlaron muy a gusto como tres amigos que eran.

Al día siguiente Patricia ya no fue a trabajar, cogían el vuelo por la tarde y tenía cosas que rematar. Mikel no la había llamado —se estaban dando espacio—, aunque ella no dejaba de pensar en todo lo ocurrido. Sin embargo se tenía que centrar en sus hijos, esos días con ellos eran sagrados. Llegaron al aeropuerto con tiempo de sobra, era difícil viajar con niños y más una persona sola, pero se apañaba. El viaje fue bien, los niños estaban entusiasmados, habían viajado en avión antes pero les encantaba. Llegaron a Menorca por la tarde, y cuando se registraron en el hotel subieron a la habitación.

—¡Mami!, ¡cómo mola! —dijo Alberto alucinado de ver que su habitación estaba decorada como una auténtica cueva de los Picapiedra.

—Es una chulada —confirmó Alba mientras se tiraba de golpe sobre la cama.

Chillaban los dos. Era una habitación con literas de los Picapiedra, las paredes estaban pintadas como si fuera una cueva de los míticos dibujos, y las sábanas hacían juego con el resto. Habían puesto una cama supletoria para ella y así poder dormir los tres juntos. Nada más dejar las maletas, bajaron a interesarse por las actividades organizadas por el hotel. Tuvieron una negociación dura, ellos se querían apuntar a todo, pero al final, quedaron en que por las mañanas hacían actividades en el hotel y por la tardes irían a la playa o a visitar cosas los tres juntos. Como era aún pronto para cenar, fueron a ver un espectáculo apto para niños que hacían en el hotel, más tarde había otro para adultos. Después de cantar con personajes de dibujos, fueron a cenar. Una vez en la habitación cayeron rendidos, estaban cansados y la excitación del viaje los hizo quedarse dormidos muy rápido.

A las diez y media sonó el móvil de Patricia.

—Hola, Patricia —el corazón de Patricia le dio un vuelco al oír esa voz, había esperado esa llamada durante días.

—Hola, Mikel —contestó. Nada más oír la voz de él se humedeció y un escalofrío le subió desde su sexo pasando por su tripa hasta llegar a su pecho.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

—Bien —dijo ella saliendo a la terraza para no despertar a los niños—. Ya he llegado.

—¿Qué tal tu viaje? —volvió a interesarse. Era una conversación que les estaba resultando más dura de lo que cabría suponer. Ambos andaban con pies de plomo.

—Bien, ha ido bien, de vacaciones siempre se está bien —confirmó ella mirando a sus hijos dormir como angelitos.

—Eso es verdad —corroboró Mikel al que le costaba ir al grano.

Ninguno de los dos quería sacar el tema. Hablaban de cosas sin importancia.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Patricia para continuar con la conversación de besugos.

—Agotador, no he dado pie con bola en todo el día, tengo la cabeza que me va a explotar —confesó el empresario.

—Siento algo parecido —admitió Patricia también. Ella seguía adelante por sus hijos pero estaba exhausta.

—Oye, Patricia, tenemos que solucionar esto —dijo Mikel lanzándose.

—No te precipites —cortó Patricia — Es pronto, ¿has pensado todo bien?

—No dejo de hacerlo y por más vueltas que lo doy no llego a ninguna conclusión —confirmó con un tono abatido.

—Escúchame, Mikel, cuando vuelva hablaremos tranquilamente, ¿vale? —inquirió Patricia queriendo disponer de tiempo para pensar.

—De acuerdo, Patricia, que descanses —dijo Mikel contento por haber hablado con ella y triste porque no había podido decir nada de lo que pensaba.

Estaba abotargado, su mente no funcionaba de forma normal.

—Adiós —contestó ella apenada. Le había cortado, lo notaba abatido, apenado, pero esa había sido su mejor defensa para terminar con esa conversación incómoda. Todo estaba demasiado reciente.

Ella no estaba mucho mejor, miró al mar y eso la relajó momentáneamente. Se metió en la cama y pensando en la voz sensual de Mikel se quedó dormida.

Al día siguiente los niños se apuntaron a todas las actividades que había por la mañana. Deporte acuático, *ginkanas*, baile, karaokes, cuentacuentos, *play back*, pinta caras... un montón de cosas que compartían con otros niños de distintas nacionalidades. Patricia aprovechaba para tomar el sol parapetada tras un sombrero y gafas de sol y leer, su gran pasión, vigilaba a los niños y disfrutaba de su descanso.

Los días fueron pasando, los niños estaban ensayando unos bailes de Bollywood que representarían en pocos días en el espectáculo del hotel apto para niños.

Patricia los miraba entusiasmada, decidió seguir leyendo en su *ebook*. Estaba con un libro de Megan Maxwell, *Pídeme lo que quieras*, se lo habían recomendado y lo estaba devorando, sonrió al leer algún capítulo que narraba las vivencias protagonizadas por Judith Flores, le recordaban a experiencias personales vividas con Alberto y alguna también con Mikel.

Su móvil pitó, era un *whatsapp*: «Estás preciosa cuando sonríes». Era de Mikel. Miró alrededor pero no vio a nadie. Habían hablado durante esos días pero nada concluyente, ¿se estaría obsesionando? ¿Por qué sabía que sonreía? ¿Estaba allí? Imposible, no sabía dónde estaba. Continuó con su lectura y un camarero le obsequió con un mojito fresquito,

—De parte de aquel caballero de la barra —dijo el camarero solícito.

Patricia se giró para ver de quién se trataba pero allí no había nadie. Igual era un huésped del hotel que al verla sola intentaba acercarse.

—No veo a nadie —aseguró Patricia al camarero.

—Es ese de allí —dijo señalando pero sin mirar.

—No hay nadie —volvió a repetir Patricia.

—Ah, pues se habrá ido —comentó encogiéndose de hombros y yéndose.

Patricia se quedó con cara de circunstancias y volvió a su libro tras beber un trago, estaba buenísimo.

—¡Hola hermanito! —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Hola Arantxa —contestó Mikel cuando descolgó el teléfono mientras salía a la recepción del hotel.

—No te asustes ¿vale? —le pidió Arantxa a Mikel.

—¿Qué pasa?! —dijo asustado—. ¿Es mamá?

—No. Es Estíbaliz, está ingresada en el hospital con una amenaza de aborto. Mamá y sus padres están allí con ella.

—¡Mierda! —maldijo quedándose estático, y si ¿perdía a su hijo? Y si ¿todo iba mal?, todos sus planes se estaban desbaratando—. En cuanto pueda voy —afirmó serio.

—Vale, pero no corras.

Arantxa no sabía que Mikel estaba en Menorca, se le había escapado en una conversación con su hermano, pasaban horas hablando sobre Patricia. Mikel en cuanto tuvo esa preciada información se había presentado en la isla con la intención de hablar con ella. No soportaba la idea de estar lejos.

Cogió el coche de alquiler y volvió al aeropuerto. Fue a la compañía aérea y le dijeron que en dos horas salía otro vuelo directo a Bilbao. Reservó billete y anduvo por el aeropuerto como un animal enjaulado a la espera de embarcar.

Patricia andaba con la mosca tras la oreja después del mensaje de Mikel y el mojito. Creía verlo por todas partes, pero no era él. Se estaba obsesionando.

A muchos kilómetros de allí Mikel daba paseos de un lado a otro del pasillo a la espera de acontecimientos.

—Cariño —dijo Castellana—, tranquilízate.

—No puedo ama, ya sabes lo que este niño significa para mí —dijo Mikel que intentaba disimular sus nervios sin conseguirlo.

—Lo sé, hijo, pero el que espera desespera —aseguró ella con un refrán muy castellano.

—Familiares de Estíbaliz Gorostiaga —oyeron decir a una señorita—. por aquí por favor. —De dos zancadas Mikel se acercó a la enfermera, sus ex suegros se habían ido a descansar cuando él llegó—. el Doctor Ortega les informará.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo él impaciente.

—Señor Arriaga, su mujer está bien y el bebé se encuentra fuera de peligro pero tenemos que vigilar por lo que pueda pasar —confirmó el doctor Ortega, un hombre de unos cincuenta años, bajito y regordete. Tenía cara de buen hombre.

—De acuerdo —dijo Mikel.

—Tiene que estar en reposo absoluto toda esta semana y la que viene que vaya a su ginecólogo —le informó.

—Muy bien, gracias doctor —intervino Castellana.

Se acercaron a la habitación a ver a Estíbaliz, estaba muy pálida pero bien.

—¡Miky! —chilló entusiasmada — ¡has venido!

—Por supuesto —dijo serio—. Te puedes vestir, te llevaré a casa.

—¿Has visto que camión tan horroroso me han dado? —preguntó ella tocando la tela del camión con desprecio y cara de asco.

—Por favor, Estíbaliz, vístete, nos vamos —le ordenó.

En esos momentos que ya sabía que todo estaba bien quería irse cuanto antes de allí.

—Mikel, por favor —dijo Castellana a modo de reproche.

—Mamá, he venido para saber cómo estaba mi hijo, y por lo que acaban de decirnos ha sido una falsa alarma. Esperaré fuera —explicó alzando la voz para que lo oyera Estíbaliz.

—Miky puedes quedarte, no sería la primera vez que me ves desnuda —añadió ella a modo de provocación.

Mikel resopló y salió de la habitación. Aquella mujer era insufrible, con razón Patricia le había echado en cara que se hubiera casado con ella.

Cuando Estíbaliz se arregló, fueron los tres hasta la casa de los padres de ella.

—Pensaba que ibas a llevarme a nuestra casa —dijo compungida.

—Estarás mejor aquí —sentenció Mikel.

—Eso es verdad —corroboró Castellana—. Luisa te va a malcriar y a consentirte, vas a estar como una reina.

—Miky, ¿te quedarás conmigo? —preguntó con pena y poniendo morritos.

—No —dijo tajante—. En un par de días me iré si todo sigue bien. Hola, Luisa —saludó Mikel cuando bajaron del coche.

—Hola, Mikel, ¿qué tal está todo? —preguntó la madre de Estíbaliz como siempre muy correcta.

—Fuera de peligro, le han dicho que dieta sana y equilibrada y reposo absoluto. Aquí estará muy bien cuidada.

—Eso desde luego —confirmó Luisa acompañándolos al interior—. Tomaros un café, se os ve agotados —les invitó.

Aceptaron, aunque Mikel lo que quería era irse de allí. Echaba de menos a Patricia, no le había contado nada, lo haría cuando volviera a verla, por teléfono no era muy lógico. Mikel estuvo un par de días más en Bilbao, visitaba a Estíbaliz todos los días aunque su relación era más con sus padres que con ella. Cada vez la aguantaba menos.

—¡Mami!, ¡mami! —dijo Alba que reclamaba con insistencia la atención de su madre.

—¿Qué pasa, cielo? —Patricia miraba a sus hijos embelesada mientras estaban comiendo en el comedor del hotel.

—Esta tarde no podemos ir contigo a la playa —explicó Alberto que era muy responsable.

—Y ¿por qué? Si puede saberse —preguntó exagerando el tono de la pregunta y su interés—. Tiene que ser una cosa muy importante —dijo Patricia jugando con la inocencia de sus hijos.

—Tenemos una prueba de vestuario y ensayo general. Esta noche es la función —aclaró Alberto muy serio.

—¿A que sí que es muy importante, mami? —preguntó Alba.

—Importantísimo, cariño, pues nada, os dejaré ensayando —contestó..

Patricia ya lo sabía, se habían reunido con los padres esa misma mañana para contarles los planes. Aprovecharía para acercarse a la tienda que Úrsula Mascaró tenía en Ferreries.

Mikel llegó al hotel donde se hospedaba Patricia a eso de las cinco. Aparcó el coche de alquiler en el *parking* del hotel, de hecho él también tenía su habitación allí, aunque no hubiera hecho uso de ella aún. Vio como Patricia salía en otro coche alquilado y decidió seguirla. Parecía que sabía muy bien dónde iba. La vio aparcar ante una gran nave que resultó ser la tienda de zapatos de Úrsula Mascaró. Recordó que a ella le encantaba esa diseñadora. Cuando iba a salir a su encuentro recibió una llamada, era de su casa, por temor a que tuviera algo que ver con Estíbaliz decidió quedarse en el coche y atender la llamada.

Patricia entraba en el paraíso.

—Guau... —dijo al entrar.

Zapatos de todo tipo, salón, *pee toes*, sandalias, botas, botines. Dio un vistazo rápido y se dirigió hacia unas sandalias que le habían llamado la atención. Le pasaba siempre, eran flechazos lo que sentía cuando veía algún zapato que le gustaba. Una dependienta muy amable se acercó y le dijo que le mostraría lo que necesitara. No hacía falta, ni probárselos, siempre le encajaban como un guante. Se decantó por esas sandalias, unos *pee toes* de color malva. Unas botas para el invierno y para sus hijos compró unas abarcas menorquinas. Estaba tirando la casa por la ventana. La dependienta encantada de la vida. Le dio su dirección para que se lo enviaran a casa, pagó y salió de allí. Cogió su coche y se dirigió a una pequeña cala nudista que sabía que había. Lo había estado mirando en internet antes de iniciar las vacaciones. Llegó con el navegador del coche sin problema. Lo dejó en un pequeño aparcamiento habilitado, cogió su capacho de playa y bajó hasta la cala. Era preciosa, pequeñita, rodeada de pinos, arena finísima y el agua, qué decir del agua, era de una azul turquesa espectacular, cristalina. Dejó sus cosas en un lateral, no había más que tres parejas al otro lado disfrutando del sol. Ella discretamente se dirigió al otro extremo, extendió la toalla y se desnudó. Le encantaba sentir la brisa en su cuerpo desnudo y cómo el sol le

calentaba. Como no tenía mucho tiempo, decidió darse un chapuzón. El agua estaba buenísima, no había más que un ligero oleaje, se estaba dejando mecer por ese vaivén mientras contemplaba el horizonte. El sol teñía de rosa y naranja el cielo, un espectáculo para los sentidos.

—Patricia, te deseo. —La respiración de Patricia se interrumpió durante un microsegundo. Unas manos fuertes le agarraron desde atrás sus caderas. Supo que era él. No podía ni hablar, su sexo se contrajo al oír esa voz—. Todos estos días han sido un infierno para mí, no dejo de pensar en ti, no duermo, no como. Sólo quiero estar contigo. —Mikel había comenzado a hablar y no le dejaba responder—. Te necesito, quiero saber qué piensas, qué haces, cómo es tu día a día, compartirlo todo contigo. Date la vuelta despacio —pidió con esa voz autoritaria que hizo que obedeciera de inmediato. Así lo hizo—. Mírame Patricia —levantó la cabeza y se encontró con aquellos ojos tan expresivos que en esa ocasión mostraban deseo, desesperación, lujuria—. Quiero estar dentro de ti. —Patricia de un salto se subió en él y cruzo sus piernas tras su espalda, él la sostuvo, también desnudo. Sus bocas se unieron, aquel beso fue caliente, morbos, las lenguas luchaban entre ellas, estaban rabiosos y se lo estaban demostrando el uno al otro, con un movimiento certero Mikel entro en Patricia—. Ohhh... —gimió él echando la cabeza para atrás—. Te he echado de menos nena —continuó—. Me encanta estar enterrado dentro de ti. —Comenzó sus arremetidas de manera fuerte. En ese momento nada era romántico, era la desesperación la que hacía que actuaran así. Patricia agarrada a su espalda gemía, el beso la había puesto a mil y ahora sus envites estaban haciendo que un orgasmo inminente se formara dentro de ella. Mikel estaba buscando también su propio desahogo, en otras ocasiones, le daba primero placer a ella y luego se dedicaba a sí mismo, en esta ocasión no. Estaba concentrado en meterse lo más profundamente posible dentro de ella, era como si quisiera llegar a algún rincón inexplorado. El ritmo era infernal, Mikel se introducía en ella fuerte y seguro. Patricia lo agarró del pelo cuando el clímax le llegó, estaba gimiendo y dando suaves gritos. —Eso es, Patricia, córrete —le decía él a su oído—. Me encanta cuando tu coño se contrae y me estruja la polla, me la quiere exprimir. —Esas palabras más soeces que otras veces encendieron a Patricia aún más e hicieron que ella misma se insertara en él haciendo fuerza sobre sus hombros. Mikel se estremeció y mordiéndole los labios también se corrió. Hasta ese momento Patricia no había hablado cuando lo hizo sólo pudo decirle,

—Te quiero.

Mikel cerró los ojos, parecía como si hubiera estado esperando aquellas palabras con desesperación. Esas dos palabras le demostraban que todo iba a salir bien, que podrían con las adversidades los dos juntos como uno solo. Salieron del agua los dos cogidos de la mano, se secaron y se vistieron. Mikel tenía el coche aparcado al lado del suyo.

—Tengo el tiempo justo para llegar al aeropuerto —dijo él tristón.

—¿Ya te vas? —preguntó ella apenada.

—Sí, tengo una reunión mañana muy importante. No puedo faltar.

—Vale, entiendo —dijo Patricia resignada.

Estaban uno frente al otro apoyados en el coche de Patricia. Mikel se acercó a ella le agarró la cara de forma cariñosa y la besó delicadamente, sin prisa. No era nada sexual, era un beso de amor, de despedida. Patricia se dejó acariciar por su sensual boca. Antes de que fuera a más Mikel se separó.

—Me tengo que ir.

—Lo sé, que tengas buen viaje —dijo Patricia con un nudo en la garganta. La sorpresa de verlo allí había sido muy agradable, había cogido un avión sólo para estar con ella menos de tres horas. Todavía tenían mucho de lo que hablar pero el camino se había allanado de forma considerable.

—Hablamos a la vuelta —confirmó él a modo de despedida.

—De acuerdo —afirmó Patricia. Sería una conversación larga, tenían que decidir qué iba a pasar con su relación, y con la de Mikel y Estíbaliz, con el niño, con todo.

Ambos se montaron en el coche y siguieron direcciones opuestas. Mikel se dio cuenta de que había olvidado su equipaje el día que tuvo que salir corriendo a ver a Estíbaliz. Decidió dar la vuelta para que se lo devolvieran, aún le daba tiempo de llegar al aeropuerto.

Podría haberle pedido a Patricia que lo recogiera pero igual ponían algún tipo de problema. Además no quería explicarle que había estado allí y que salió corriendo a ver a otra mujer en vez de quedarse con ella.

Cuando llegó al hotel se dirigió a la recepción, allí explicó su caso a la recepcionista y rápidamente mandó a alguien a recogerlo. Mientras esperaba observaba su entorno, en la zona de escenario había un montón de críos saltando y cantando, en la zona de hamacas al lado de la piscina vio a Patricia, que se dirigía hacia allí. Dos niños se acercaron a ella saltando y chillando.

— ¡Hola, mami!

Mikel se quedó de piedra. ¿Patricia tenía dos hijos? ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Se avergonzaba de ellos? ¿Qué más le ocultaba?, a medida que se hacía más y más preguntas su enfado se iba haciendo mayor. Estuvo tentado a acercarse pero una voz lo sacó de sus pensamientos.

—Señor Arriaga. ¿Señor Arriaga? —le decía la recepcionista intentando sacarlo de su ensimismamiento.

—Sí —titubeó.

—Aquí tiene su equipaje —dijo ella dándole un bolso del que no había sacado nada.

—Ah, gracias —contestó desconcertado. Dejó una propina y se fue furioso al aeropuerto, tenía que coger un avión.

Faltaban cuarenta y cinco minutos para la función, Patricia aprovechó para ir a la habitación a ducharse, todavía tenía en su piel el sabor de Mikel, de sexo y de sal. Cuando salió se puso un vestido hasta los pies estampado de mil colores, sandalia plana y el pelo recogido en una coleta alta. Estaba como en una nube. Cogió el móvil y decidió llamar a Mikel. Era la primera vez que le iba a llamar, hasta ahora había sido él.

—Hola cariño —dijo mimosa cuando descolgó al primer toque—. ¿Has embarcado ya?

—¡¡¿Cuándo coño pensabas decirme que tenías dos hijos?!! —escupió furioso.

Aquella respuesta la dejó helada, no lo esperaba.

—Bu... bu., bueno, yo te lo iba a decir, Mikel, pero no he tenido oportunidad.

Parecía una niña pequeña hablando, no le salía la voz. Nunca había oído a Mikel tan furioso, él nunca perdía la compostura; incluso cuando pasó lo de Estíbaliz, mantuvo a raya sus emociones.

—Vamos, ¡por favor, Patricia! —espetó de forma irónica—. No has tenido oportunidad, será que no hemos hablado de nada durante todo este tiempo, ¿verdad? —volvió a decirle con tono sarcástico.

—Déjame que te explique, Mikel —pidió Patricia a modo de súplica.

—Quién sabe, ¿cuántas cosas más me ocultarás? No me esperaba esto de ti, la confianza y la lealtad para mí son muy importantes, deberías saberlo. Tengo que embarcar —le dijo furioso. Colgó sin dejar que respondiera.

Patricia miró incrédula el móvil, volvió a marcar pero estaba apagado. La había cagado, pero bien, ahora se añadía un problema más a lo suyo. No tenía tiempo que perder, en diez minutos empezaba la función, sus ojos brillaban con las lágrimas a punto de salir, se contuvo como pudo, ahora tocaba ver a sus hijos en el espectáculo que habían estado preparando con tanta ilusión durante tantos días. Bajó en el ascensor y se recompuso como pudo. Se sentó en una mesita cercana al escenario, pidió una cerveza y en pocos minutos y tras una breve presentación comenzó el espectáculo. Los niños estaban graciosísimos bailando como en las películas de Bollywood, todos acompañados y vestidos con esas túnicas tan coloridas. Patricia rió, hizo un millón de fotos. Durante esos momentos no tenía problemas, el ver a sus hijos disfrutar y pasárselo bien calentaban su alma, un alma destrozada.

Con todas las fotos que estaba haciendo haría, como todos los años, un montaje de las vacaciones con las mejores. Este año sería uno de los más coloridos.

Cuando acabó el *show* salió con sus hijos a cenar fuera del hotel, había una pizzería-hamburguesería justo al lado. Decidieron ir allí, la cena fue divertidísima, le contaron muchas anécdotas de sus «más mejores amigos» del momento como decían sus hijos, era la manera de expresar que aquellos niños en esos momentos ocupaban un lugar muy importante. Peter era inglés, Sophie y Jerome eran franceses, Marcos un niño de Murcia, con todos ellos tenían unas vivencias divertidísimas que contaban a su madre de forma entusiasta... Cuando acabaron de cenar subieron a la habitación. Estaban tan emocionados con la actuación que no lograban dormirse. Se pusieron a hablar metidos en la cama.

—Mami —dijo Alba que siempre alargaba la última sílaba de cada palabra para obtener la atención de su madre.

—Sí —contestó Patricia, hablando en su cama.

—¿Por qué no tenemos papá como Sophie o Marcos? —Aquella pregunta apareció en el peor momento para ella. Patricia cerró fuerte los ojos, volvió a abrirlos y con un nudo en la garganta comenzó a hablar como pudo.

—Alba, Alberto, ya os lo he dicho muchas veces. Sí que tenéis papá lo que pasa es que no está con nosotros, está en el cielo —explicó con la voz ahogada.

—Ya, mami, pero yo quiero un papá que juegue conmigo —afirmó la niña enfadada.

—Eso no puede ser cariño —contestó dulcemente Patricia—. ¿Queréis ver a papi en el cielo? —se le ocurrió de repente.

—¡¡Síiiii!! —contestaron los dos a la vez emocionados.

Salieron a la terraza de la habitación y miraron al cielo. Patricia buscó una estrella que brillara más que las demás y se la señaló a los niños.

—¿Veis aquella estrella que brilla mucho, mucho, mucho?

Los niños dirigieron sus ojos donde señalaba Patricia y dijeron:

— ¡¡Sí!!

—Pues esa es la estrella de papi —continuó explicando—, así cuando queráis verlo sólo tenéis que buscar la estrella que brilla más que las demás y papi os verá también a vosotros. —Esa explicación los convenció, por lo menos de momento—. Venga, vamos a la cama, os leeré un cuento —los animó emocionada.

—Vale.

Se metieron en la cama, les leyó tres cuentos porque uno no fue suficiente para que se quedaran dormidos. Patricia no tuvo la misma suerte, no lo conseguía. Salió a la terraza, llamó a Mikel,

pero éste no lo cogía, insistió otras cuatro veces más, pero desistió. Pasó más de la mitad de la noche en la terraza tapada con una manta mirando el mar, la luna y las estrellas.

*E*l día siguiente era el último en Menorca con sus hijos, tenía que recoger y preparar maletas mientras los niños jugaban con los monitores. No tenía cuerpo para nada, lloraba mientras metía la ropa en las maletas, sus hijos no se habían enterado de nada pero no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Había llamado a Mikel una y otra vez pero no lo cogía, estaba claro que su comportamiento le había decepcionado y mucho, lo volvería a intentar cuando llegara a Madrid. Su vuelo salía a las tres de la tarde.

Llegaron al aeropuerto y allí tuvo que ingeniárselas para entretener a los niños. Su mente estaba en otro sitio. Embarcaron sin problema y llegaron a Madrid en poco más de una hora. Una vez allí cogieron un taxi hasta su casa. Hogar, dulce hogar.

Mientras sus hijos jugaban con sus juguetes o veían dibujos, Patricia se dedicó a deshacer maletas, poner lavadoras y preparar algo de cena. Estaba agotada. Se le había ido de las manos, ¿cómo había sido tan ingenua? ¿Cómo pensaba que Mikel se lo iba a tomar bien? ¿Cómo había podido ocultar todo ese tiempo a sus hijos? No tenía excusas. Intentó de nuevo contactar con él y nada, o saltaba el contestador o estaba apagado. Recibió un mensaje de Mikel media hora después. «Estoy reunido, tengo mucho trabajo, no molestes más». ¡Joder con el mensajito! pensó, directo a la yugular.

«Entendido», contestó Patricia enfadadísima. Había intentado hablar con él, explicarle y no le había dado la oportunidad, ¡se acabó! se dijo a sí misma. Seguiría con su vida anterior, esto había sido un paréntesis, a otra cosa mariposa. Se centraría en su trabajo y en sus hijos, como había estado haciendo durante los dos últimos años. En pocos días volvería a la rutina, sus hijos con los abuelos hasta que acabara el verano y todo como antes de conocerlo.

La noche fue un desastre, como todas últimamente. No pudo pegar ojo. Rememoraba una y otra vez cada caricia, cada beso de Mikel, cada conversación y confidencia como si reviviendo cada uno de esos momentos el dolor le hiciera ver que iba a ser infeliz. Todavía no se incorporaba al trabajo. Hasta el lunes no iría a la oficina, pensó que una vez que volviera a la rutina todo se relajaría.

Mikel decidió pasar el fin de semana en Bilbao. Visitó a su madre y a su hermana. También pasó por la casa de los padres de Estíbaliz a visitarla, ella encantada de la vida de tenerlo allí, se deshizo en mimos con él.

El domingo Castellana organizó una comida de las suyas. Fueron Arantxa, Estíbaliz con sus padres y Mikel. Su hermano y su cuñada estaban de vacaciones con las niñas.

La comida fue bien, ya que no estaba el elemento discordante de la anterior, Patricia. Durante la comida Arantxa observaba a su hermano, estaba raro y se mantenía pendiente de Estíbaliz en exceso, él siempre había sido un caballero, pero ese cambio no lo entendía. Coincidieron en la cocina.

—¿Qué está pasando Mikel? —Le preguntó su hermana enfadada.

—Nada —dijo él muy tranquilo.

—¿Dónde está Patricia? —quiso saber.

—En Madrid —contestó él sin darle importancia.

Aquella conversación la estaba poniendo nerviosa, no perdía la compostura, ni mostraba sus sentimientos. Controlaba tanto sus impulsos que la desesperaba.

—Ahhh, ¿y? —repuso ella plantándose delante de su hermano.

—Nada —contestó como un témpano de hielo.

Mikel salió de la cocina con una fuente de fruta. Arantxa se quedó en la cocina preparando los cafés, cuando apareció Estíbaliz.

—Hola, cuñada —dijo con ironía.

—Hola, Estíbaliz —contestó ella furiosa.

—Tu hermano y yo volvemos a estar juntos, ¿no te lo ha dicho? —dijo regodeándose y viendo la cara de estupefacción de Arantxa.

—No —respondió dándose la vuelta para que no viera que se estaba poniendo roja de ira por la actitud de esos dos—. Este hermano mío es gilipollas —masculló para que ella lo oyera aunque no demasiado alto.

—¿Decías algo querida? —preguntó Estíbaliz.

—No —dijo seca.

Salió como alma que lleva el diablo al comedor, Castellana se percató de que algo ocurría y lo confirmó cuando Arantxa miró de forma asesina a Mikel. En ese momento entró Estíbaliz en el salón muy sonriente. Más tarde hablaría con ellos, no era el momento de montar el espectáculo.

A las siete de la tarde finalizaron la velada. Mikel fue a acompañar a Luisa, Manuel y Estíbaliz a su casa, se quedaron Arantxa y Castellana solas en casa.

—¿Qué pasa Arantxa? —preguntó su madre.

—Mikel y Estíbaliz están juntos otra vez —dijo resumiendo.

—¿Cómo? —preguntó Castellana extrañada.

—No te ha dicho nada tu querido hijo, ¿verdad? —inquirió furiosa.

—No, no me ha dicho nada pero si él lo ha decidido así, tendremos que respetarlo, ¿no crees? —apostilló su madre.

—¿Y Patricia?, parecía una chica encantadora —convino Arantxa queriendo que su madre se posicionara a su lado no al de Estíbaliz.

—No sé lo que ha pasado, hija. Ya me enteraré —aseguró Castellana pensativa.

—Ama! —se quejó dijo Arantxa levantando la voz—, ya sabes lo mal que lo pasó cuando se separó de Estíbaliz, ahí estuvimos para apoyarle, ahora la va a fastidiar otra vez.

—No puedo decirte más Arantxa —concluyó tajante la madre.

Arantxa se fue ante la falta de apoyo de su madre. Hablaría con su hermano y se iba a enterar de lo que valía un peine. Menuda era ella.

Mientras tanto Patricia seguía en su casa con sus hijos, poniendo todo en orden y jugando con ellos. Ese fin de semana con ellos fue un poco caótico, ella no estaba en su mejor momento. Había quedado con sus suegros a comer el domingo, harían una barbacoa en el jardín que comerían todos juntos, para después llevarse de nuevo a los niños hasta el comienzo del curso. Otra vez sola, pensó.

Todas las noches en la oscuridad de su habitación se derrumbaba, estaba jodida pero bien. Se había enamorado perdidamente de Mikel, no podía negar la evidencia. Había bajado la guardia y había sucedido. Su coraza se había caído y estaba pasando lo que no deseaba, sufrir. Los días eran

llevaderos pero las noches horribles, eso la estaba pasando factura. El domingo llegó y con él sus suegros.

—Hola, Patricia —dijo Fermín al entrar.

—Hola, Fermín, ¿qué tal? —saludó ella con la voz apagada.

—Bien, hija, esperando a ver a esos dos pilluelos —afirmó el hombre ilusionadísimo.

—Están en el jardín —confirmó Patricia mientras ella se afanaba en la cocina preparando unas ensaladas.

—Voy para allá —le dijo mientras se encaminaba hacia el jardín.

—Hola, Patricia —saludó Mona al entrar con un montón de bolsas llenas de comida.

—¿Por qué has traído nada? No hacía falta —le recriminó Patricia.

—No es nada, hija, ¿qué tal tus vacaciones? —dijo dándole un beso en la mejilla.

—Muy bien, ya sabes, cortas. Fermín está en el jardín con los niños —añadió Patricia que no tenía muchas ganas de hablar.

—Voy a verlos, los he echado de menos.

—Me imagino —contestó recogiendo las bolsas que le entregó su suegra.

La barbacoa salió deliciosa, estar en familia siempre era bueno. Recargaba las pilas. Los niños no paraban, jugaban con sus abuelos, y entre ellos aunque también se peleaban como era lógico. Incluso mostraron a sus abuelos el baile que habían aprendido en el hotel.. Ellos reían orgullosos.

—Patricia, ¿qué tal va eso? —preguntó Fermín.

—Bien, Fermín, bien —dijo escuetamente.

—No me dicen lo mismo tus ojos, hija mía —afirmó él que aunque nunca decía nada solía observar y darse cuenta de muchas cosas.

—No he dormido bien, eso es todo.

—Si tú lo dices, pero a este viejo no lo engañas —dijo sonriendo y guiñándole un ojo mientras se iba al baño.

—Patricia, hija, el café está aquí —afirmó Mona acercándose. Se había quedado mirando a sus hijos sin percatarse de su presencia.

—Perdona, Mona, estaba a lo mío.

—Ya lo veo, estás muy distraída, ¿te pasa algo? —preguntó Mona preocupada.

—No, Mona, estoy bien —contestó Patricia moviendo la mano para intentar alejar su pena.

—Si ella lo dice... —apostilló Fermín que volvía del baño—, yo sé que no está bien pero cuando decidas hablar de ello aquí estamos —le aconsejó.

No se le escapaba nada a aquel hombre. No era muy hablador, pero observador como ninguno.

Sus suegros se llevaron a los niños, al día siguiente ella empezaba a trabajar. No se resignaba a no explicarle las cosas a Mikel aunque luego decidieran alejarse el uno del otro. Insistió en llamarle, a eso de las diez de la noche consiguió hablar con él.

—Hola, Mikel —dijo Patricia aliviada. Al final lo había logrado.

—Hola, Patricia —contestó con su voz seria. Aunque al oírlo sintió un escalofrío por el cuerpo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella en voz baja.

—Jodido —dijo seco.

—Lo sé —admitió cerrando los ojos.

—No me esperaba esto de ti, no se me ha pasado el enfado y si te he cogido el teléfono es por tu insistencia y para decirte que ¡ya está! No vuelvas a llamarme —sentenció del tirón y a medida que Patricia oía aquellas palabras dichas en un tono tan duro no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por sus mejillas.

—¡Déjame que te lo explique! ¡ Por favor! —pidió Patricia desesperada.

—No vale la pena, Patricia, el daño está hecho —dijo firme en su decisión.

Un nudo se formó en la garganta de Patricia, no podía ni hablar pero tenía que intentarlo.

—Necesito verte y contarte —consiguió decirle.

—No, Patricia, esta es la última vez que hablamos. Que todo te vaya bien, yo seguiré con mi vida como tú has de seguir con la tuya.

A continuación colgó.

Una cascada de lágrimas brotó de sus ojos. No podía parar de llorar. Iba a ser una noche muy larga. Así fue, no pegó ojo, se quedó dormida media hora antes de que sonara el despertador.

—*M*enuda cara traes —dijo Alicia — sí que te ha sentado mal volver.

—Ya te digo —contestó Patricia sentándose frente a ella en la cafetería donde habían quedado para desayunar.

—¿Qué tal todo? —quiso saber su jefa.

—Las vacaciones bien, los niños han disfrutado de lo lindo. —Era hablar de sus hijos y se le olvidaba todo—. Eso era lo que pretendía, así que genial por ellos —concluyó.

—Y ¿tú? —preguntó Alicia que la veía más triste de lo normal e intuía que no era porque tuviera que volver al trabajo.

—Yo también —dijo escuetamente, después bebió de su taza.

—Ya. No estás bien, Patricia, no hay más que verte. ¿Te has visto la cara?

—Sí, he intentado corregirlo con maquillaje, pero ni aún así —explicó a modo de disculpa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alicia con la suficiente confianza para interesarse por su vida privada.

—No me apetece hablar de ello, en otro momento por favor —le pidió con las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

Alicia al ver la cara de tristeza de Patricia y los ojos vidriosos no insistió más.

Juntas se dirigieron a la oficina, tenían muchas cosas que hacer. La mañana fue de lo más intensa, papeles, correos, informes. Se tenían que poner al día de todo para empezar a funcionar codo con codo como siempre.

En otra oficina, Mikel no dejaba de pensar en Patricia; no soportaba la falta de honestidad, la deslealtad... Estaba muy cabreado con ella, decepcionado. Se había volcado en esa relación y se lo había pagado así. La decisión de terminar definitivamente le dolió, pero pensó que sería lo mejor. Además el embarazo de Estíbaliz no ayudaba en absoluto. El fin de semana había hablado con ella y le había propuesto, no volver como pareja, sino volver a verse poco a poco, para ver si resurgía de nuevo ese sentimiento. La intuición de Mikel no le falló, cuando Estíbaliz proclamó en su casa a los cuatro vientos que estaban de nuevo juntos. No le dio más importancia, sabía cómo era ella. Parecía una actriz dramática ante cualquier situación.

Recibió una llamada. Pensó que era Patricia de nuevo, pero desde que le dijo que cada uno por su lado, no había vuelto a insistir. ¿Estaba siendo demasiado duro con ella?, Patricia solo quería explicarle el por qué de su proceder. Él no la dejó. Apartó tantas preguntas de su cabeza sin respuestas y contestó la llamada.

—¡Hola, hermanito!

—Hola, Arantxa —dijo con una sonrisa en los labios. Su hermana era un soplo de aire fresco para él.

—¿Sigues de tan pésimo humor? —preguntó ella.

—Creo que la que estaba de pésimo humor eras tú —le saltó sin más.

—Ya, ¡estaba y estoy cabreada! —dijo tajantemente.

—¿Y? ¿Tengo yo algo que ver en esto? —cuestionó Mikel que lo sabía de sobra.

—Por supuesto. Y lo sabes. ¡¿Cómo has vuelto con Estíbaliz?! ¡¿Estás tonto o qué?! —Arantxa empezó a hacerle preguntas y a insultar a su hermano como cuando eran pequeños.

—Punto número uno, no he vuelto con Estíbaliz, la he pedido tiempo, para volver a vernos y a ver qué pasa. Y punto número dos no estoy tonto —dijo serio, aunque con su hermana se llevaba muy bien, y le estaba gastando una broma.

—¡Eres gilipollas!, ¿te das cuenta de que la estás fastidiando? —inquirió Arantxa queriendo que entendiera la situación.

—No —respondió serio.

—Pues ya te lo digo yo. Patricia, es una buena tía. La has dejado por esa petarda. Que tenga un hijo tuyo no significa que te tengas que casar con ella otra vez —sentenció exasperada ante la terquedad de su hermano.

—No metas a Patricia en esto —le pidió.

—¿Qué ha pasado con ella entonces? —quiso saber.

—Se acabó. —Mikel contestaba a su hermana con las mínimas palabras imprescindibles y eso a Arantxa le ponía de los nervios.

—¡Así sin más! —Arantxa estaba hecha una furia. Los monosílabos de su hermano la desesperaban.

—Sí.

—Vale, como veo que te cierras en banda y no quieres hablar voy a hablar yo.

—Te escucho —le dijo riendo.

—Eres tonto de remate, estás dejando escapar a una mujer extraordinaria, no sé que habrá pasado entre vosotros, pero estoy segura de que tiene solución. Acuérdate de cuando lo dejaste con Estíbaliz, cómo estabas. Derrotado, eras una piltrafa humana y yo te ayudé a salir de ese pozo en el que te hundías. Pues ahora ya no, y sabes ¿por qué? —le dijo queriendo que reaccionara, aunque a Mikel no parecía que sus palabras le incitaran a la reflexión—. Porque tienes que espabilar, y darte cuenta de las personas que valen y las que no y Patricia vale. Tu orgullo no te deja ver y vas a la situación cómoda y la que controlas pero ¡allá tú! —Estaba siendo muy dura con su hermano, pero eso le haría reaccionar o por lo menos eso esperaba.

—¿Has terminado? —preguntó.

—Sí —dijo ella igual de escueta.

—No te he pedido ayuda ni consejo Arantxa y lo que dices lo dices sin conocimiento de causa. Dicho esto y viendo que no cuento con tu apoyo. Gracias por todo, que pases un buen día —sentenció dejándola con cara de idiota.

Colgó. Arantxa estaba furiosa con su hermano. Como podía estar tan ciego. Era incomprensible, pero no podía hacer otra cosa. Tendría que ser él y solo él el que se diera cuenta de todo, aunque fuera demasiado tarde. Iba a esperar a que se diera el batacazo y volvería a reconfortarlo como lo había hecho otras veces, era su debilidad, no podía evitarlo. Siempre lo ayudaría aunque le dijera lo contrario.

Cuando colgó Mikel tiró el móvil encima del escritorio, ¿tendría razón su hermana? ¿La falta de confianza de Patricia en él era algo tan grave como para no poder perdonarla? ¿Le cegaba su orgullo y no veía más allá? ¿Patricia era su otra mitad? ¿Por qué no quería que se enterara de la existencia de sus hijos? ¿No era importante la familia para ella? Arantxa era buena para eso,

siempre iba por delante de él. Tenía un sexto sentido para distinguir a las personas buenas de las no tan buenas, las calaba a primera vista. Además era como Castellana, clara y meridiana, cuando le tenía que decir algo, se lo decía, no se andaba con rodeos. Cuando acabó la relación con Estíbaliz, ella fue su paño de lágrimas, durante horas habían hablado, llorado y compartido confidencias. Ella lo apoyaba incondicionalmente siempre, y aunque no era santo de su devoción siempre respetó a Estíbaliz por encima de todo. ¿Y ahora qué pasaría? Sabía que el hecho de que fuera a ser padre no impedía que siguiera sintiendo lo que sentía por Patricia. Por otro lado Estíbaliz había dado a entender que entre ellos todo seguía como antes. No dejaba de hacerse preguntas que no tenían respuesta en su cabeza. Daba vueltas y vueltas a lo mismo una y otra vez. No podía pensar más, estaba exhausto.

—**B**uenos días, señora Carmen.

—Hola, hija —dijo Castellana al entrar a la peluquería de la que era clienta desde hacía más de treinta años.

—Hoy toca tinte, ¿verdad? —le dijo la peluquera poniéndole un batín morado.

—Sí —contestó la mujer.

—Pase por aquí por favor, en seguida estoy con usted.

Carmen siguió a la chica y se sentó al lado de dos señoras de edad avanzada que estaban hablando bastante alto.

—Buenos días —saludó..

—Hola, buenos días —contestaron las dos al unísono.

—¿Te has enterado de lo de la hija de los Gorostiaga? —preguntó una a la otra.

—¿Quién es esa? —inquirió la primera señora con cara de no saber a quién se refería su amiga.

—La de los concesionarios de coches de lujo —explicó de forma vehemente.

—Ah, sí, ahora caigo, que está embarazada, ¿no?

Carmen al oír el apellido de Estíbaliz prestó atención a la conversación de aquellas dos mujeres, sin intervenir.

—Sí, hija, ¿de quién será? —dijo frívolamente.

—¡Ay!, no sé, porque dicen que es bastante... —afirmó una de las señoras moviendo los brazos exageradamente.

—Ligera de cascos —confirmó la otra.

—¡Eso es! Creo que se lo intenta endilgar al ex... —afirmó con una actitud de chismosa redomada.

—¿No me digas? —dijo la otra mujer girándose para ver el rostro de su acompañante.

—Sí, hija sí —confirmó moviendo la cabeza afirmativamente.

—¿Qué dices? ¿Que no es suyo? —volvió a insistir. Castellana no salía de su asombro pero mantuvo la cabeza fría esperando acontecimientos.

—Por lo que tengo entendido, no —dijo la mujer muy segura de sí misma.

—¡Vaya!, hay cada lagarta por ahí —respondió de forma desaprobatoria.

—Ya te digo —le contestó volviendo a mirar sus revistas.

Carmen no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Aquellas dos mujeres se dedicaron a despellejar a otras personas mientras ella no salía de su asombro. Ambas estaban con el tinte puesto. Con ella terminaron casi al tiempo que con aquellas dos chismosas. Levantándose dijo:

—Señoras, hoy es mi cumpleaños, si quieren las invito a desayunar —dijo fingiendo estar encantada de que la acompañaran.

—¡Uy! ¡Qué amable! —le dijo una a la otra.

—Si no tienen nada que hacer, claro —Apostilló Castellana con su mejor sonrisa.

Ni era su cumpleaños ni esas dos santo de su devoción pero necesitaba toda la información que le pudieran ofrecer.

—No, nada, es lo que tiene estar jubilada —dijeron riéndose como dos hienas.

—Las espero ahí —confirmó Carmen dirigiéndose a la caja a pagar.

—Ahora vamos —contestaron las dos alegremente.

La peluquera que conocía a Carmen desde hacía muchos años la miró cómplice mientras se dirigía a terminar con aquellas dos cotillas.

Tres chocolates y una docena de churros después, Carmen salía de la cafetería de la esquina con una información valiosísima. Como era pronto decidió ir a la empresa, no había vuelto desde que murió Andoni. Iba a visitar a sus hijos, todavía no diría nada hasta estar bien segura de lo que sabía.

—Hola, mamá, ¿cómo tú por aquí? —preguntó Arantxa extrañada.

—Hola, hija, venía de la peluquería y me pillaba de paso.

Esa excusa inventada por Carmen no había pasado desapercibida por Arantxa pero no dijo nada.

Cuando Carmen entró en la oficina de Arantxa y se sentó, miró a su hija y con voz seria dijo:

—Tengo que contarte algo muy serio.

—¿Qué pasa? —Arantxa se asustó.

Carmen le contó todo lo que había escuchado en la peluquería y después desayunando con aquellas dos.

Arantxa no daba crédito. Ella se olía algo, pero era muy fuerte. Estíbaliz intentaba hacer creer a su hermano que el hijo que esperaba era suyo y nada más lejos de la realidad.

Decidieron no decirle a Mikel nada todavía, tenía algo que hacer.

Patricia continuaba con su rutina, era llevadero porque se tenía que ponerse al día de todo lo que se había perdido durante sus vacaciones, sin embargo, al llegar la tarde y estar sola en casa sin sus hijos y sin Mikel todo se volvía triste. La soledad le podía, echaba de menos a sus hijos, era obvio, pero sabía que tarde o temprano estarían de nuevo con ella. Con Mikel era diferente, añoraba sus besos, sus caricias, dormir abrazada a él, sus manos posadas en sus caderas cuando hacían el amor, aquella voz tan sexy. Las conversaciones, los gestos, todo y todo era todo. Se había enamorado y ahora no podía remediarlo. ¿Qué iba a hacer? Estaba claro que le había fallado y que él no quería saber más de ella. Había insistido con llamadas, correos y mensajes pero desde la última llamada en la que daba todo por terminado no se habían puesto en contacto el uno con el otro. Solamente un escueto mensaje de whatsapp: «He vuelto con Estíbaliz». Cuando lo leyó un dolor le apareció en el pecho, no podía respirar. Fue lo que la remató, fue una bofetada.

Su humor era insoportable. No se aguantaba ni ella. Alicia, su jefa, la había llamado la atención, tenía que cambiar de actitud, no podía seguir así. Ella lo sabía, era consciente de que todo lo que estaba viviendo con Mikel la estaba pasando factura y afectando más de la cuenta, pero no sabía cómo gestionarlo.

Recibió un mensaje de Carlos: «Hola preciosa, ¿qué te parece si cenamos algún día de esta semana?». Patricia no tenía planes, así que rápidamente contestó: «Cuando quieras».

«Hablo con Sandra y te digo, ¿vale?». Contestó Carlos. Con un escueto ok dio por finalizada la conversación. Estaba claro que su mejor amigo había encontrado a esa persona importante. Siguió trabajando y a eso de las doce recibió la confirmación del lugar y la hora para cenar.

Algunas noches había pensado en ir al (S)experience, la verdad no tenía pareja, podía hacerlo sin problema. Tenía miedo de encontrárselo allí, y también tenía miedo de no hacerlo. No la apetecía estar con otros hombres, aunque sólo fuera sexo como otras veces. No iba a disfrutar, era como si estuviera guardando luto a Mikel.

Llegó al lugar indicado por Carlos en el mensaje, allí no había ningún restaurante, ni bar, ni nada, volvió a mirar su móvil para releer el mensaje cuando vio a Sandra y a Carlos dados de la mano acercándose a ella.

—Pensé que me había equivocado —dijo.

—No, nada de eso —confirmó Sandra dándole dos besos—, cenamos en mi casa.

—Ah —contestó Patricia sorprendida.

—Nos hemos venido a vivir juntos —confirmó Carlos sonriendo y saludando a Patricia.

—¡Vaya! Cómo corréis —respondió sonriendo ella también.

—Pagábamos dos alquileres, así que hemos decidido compartir gastos.

—Es una manera de verlo —admitió Patricia.

Subieron al piso de Sandra. Era un piso coqueto y decorado con muy buen gusto. Tenían la cena a medio preparar así que tomaron unas cervecitas antes de ponerse a ello.

—¿Qué tal las vacaciones, Patricia? —preguntó Carlos.

—Bien, ya sabes los niños encantados. Acerté de lleno con el hotel —dijo con una sonrisa melancólica.

—¡Qué bien!, ahora con los abuelos ¿no? —volvió a preguntar su mejor amigo.

—Sí, me da penita, pero es lo que hay hasta que nos normalicemos con el curso y todo lo demás, así me arreglo —aseguró ella bebiendo de su cerveza.

—Eres una luchadora —intervino Sandra.

—No te creas, pienso que hago como cualquier madre trabajadora, con hijos y viuda. Intento lo mejor para ellos.

—Y ¿para ti? —preguntó Carlos serio.

—Yo estoy bien, Carlos, de verdad —dijo aunque un atisbo de pena cruzó su rostro.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le reprochó—. Que nos conocemos... —dijo señalándola con el dedo.

—Estaré bien, lo prometo —contestó levantando la mano como si fuera un juramento.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sandra—. Lo siento, lo siento —intentó rectificar — no tenía que haber preguntado.

—No pasa nada, Sandra, tenemos confianza. Bueno... —comenzó suspirando—, había empezado algo con alguien y no ha podido ser —confirmó. Era la primera vez que se sinceraba con alguien de su relación con Mikel.

—¡¿Qué?! —Dijo Carlos sorprendido — ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Ya te lo estoy contando —confirmó ella apenada.

—Y, ¿qué ha pasado? —quiso saber.

—Pffff, muchas cosas, creo que la he cagado yo —dijo con voz tristonía.

—¿Y eso? —volvió a preguntar. Patricia le daba la información con cuentagotas.

—Bueno, le oculté que tenía dos hijos —resumió.

—¿Y? —preguntó Sandra—. Se acojonó cuando lo supo, ¿no?, y te abandonó. ¡Cabrones!, ¡son todos iguales! —empezó a soltar por su boca, estaba enfadada al imaginar la situación.

—No, nada de eso —aseguró Patricia queriendo disculpar de alguna manera a Mikel, intentaba demostrar que él no era el malo de la película, si es que había un malo—. No soporta la deslealtad y la falta de confianza y yo no confié en él para contárselo —afirmó Patricia moviendo los hombros y dando otro trago a la cerveza.

—Y ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Carlos.

—Bueno, él quería hijos con su mujer y... —no pudo terminar la frase.

—¿Está casado? ¡Madre mía Patricia! —cortó Carlos andando de un lado a otro de la cocina—. Esto va para largo, ¡Joder! ¿Dónde te has metido? —le preguntó alucinado, Patricia era una mujer muy responsable y lo que oía no encajaba con su manera de ser en absoluto.

—Está divorciado —espetó un poco a la defensiva ante el juicio al que le estaba sometiendo su mejor amigo.

Así empezó a narrarles la historia . Patricia hablaba y hablaba. Bebía más que cenaba. Se desahogó con ellos, necesitaba sacar de su interior toda la rabia acumulada y sus sentimientos.

—Vamos a ver —dijo Carlos—, resumiendo, ¿tú le quieres?

—Mucho —confirmó Patricia haciendo un puchero. Había tomado cerveza, vino durante la cena y en esos momentos estaban con las copas. El alcohol ya estaba haciendo su efecto.

—Y, ¿por qué no se lo dices? Demuéstraselo —dijo intentando animar a su amiga.

—He intentado hablar con él y no quiere hablar conmigo, además sé que ha vuelto con su ex.

Al confesar aquello no pudo más y se echó a llorar. La borrachera que había cogido era de las lloronas. Entre sollozos confesó que estaba locamente enamorada de él, que no quiso enamorarse, pero que ya era tarde. Inevitablemente estaba perdida.

Carlos y Sandra se miraban, la mujer fuerte que conocían se derrumbaba por momentos. Sentían lástima por todo aquello que le ocurría.

—¿Por qué no intentas reconquistarlo? —sugirió Sandra.

—¿Cómo? —preguntó Patricia con lágrimas en los ojos.

—Pues no sé, intenta reproducir la primera cita que tuvisteis o el primer encuentro, no sé —dijo ella moviendo los hombros y las manos.

Patricia volvió a llorar sin consuelo. ¿Cómo iba a decirles que lo conoció en el (S)experience? Nada de eso.

—Bueno, mujer —intervino Carlos intentando consolar a su amiga—, no creo que sea tan difícil.

—Fue en un almuerzo de la Cámara de Comercio —balbuceó Patricia mintiendo.

—Pues organiza algo y quedas con él. No tendrá escapatoria y tendréis que hablar —aseguró convencido de ello.

—Buaaahhhh —lloraba como una niña. Cuando se tranquilizó, Patricia se levantó y cogió el bolso—. Me voy a casa.

—De ninguna manera —dijo Carlos—. Mírate cómo estás. Has bebido demasiado.

Patricia se estaba encaminando hacia la puerta, se tambaleaba.

—No te vayas —pidió Sandra alarmada.

—Vale, vale —dijo Patricia al verse en aquel estado—. Voy al baño.

Se quedaron los dos mirándose en el salón mientras Patricia se iba al aseo. Allí sacó el móvil del bolso y sin pensárselo llamó a Mikel. Eran las tres de la mañana, pero no la importó, necesitaba oír su voz. Descolgó al quinto tono. Patricia se quedó callada. No sabía qué decir.

—¿Patricia? —preguntó con la voz tomada por el sueño—. Patricia, ¿estás ahí?

—Sí —contestó ella en un susurro, aguantando las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Mikel asustado.

—No.

Volvió el silencio.

—¿Dónde estás? ¿Quieres que vaya a por ti? —preguntó Mikel preocupado.

—En casha de unoss amigoshh —logró decir.

—¿Has bebido? Patricia, contesta por favor.

—¡Muuuuchhhoooo! —dijo alargando las sílabas.

—Voy a por ti —sentenció.

—No, no, no, no, por favor. Sólo quería oírte. Te necesito, Mikel. No vivo, estoy hecha un asco. Necesito que hablemos por favor, lo he intentado. —Patricia lloraba y hablaba entrecortadamente.

—De acuerdo —cedió Mikel ante los llantos de Patricia. No soportaba oírla llorar. El llanto de Patricia era muy diferente del llanto de Estíbaliz; era sincero, el de su ex era fingido casi siempre—. Mañana te llamo y hablamos, ¿de acuerdo?

—Vale —dijo con voz temblorosa. —Mikel...

—Sí, dime Patricia.

—Yo... yo... te quiero —confesó y colgó.

Mikel cerró los ojos. No podía negar lo evidente. Qué mal lo estaban haciendo. Ya no logró dormir el resto de la noche pensando en Patricia.

Toc, toc unos golpes alertaron a Patricia que se había quedado sentada en el borde de la bañera.

—Patricia, ¿estás bien? —preguntó Sandra al otro lado de la puerta.

—Sí, ahora mismo salgo —dijo como pudo.

—Patricia, creo que deberías quedarte a dormir aquí. Te llevaría a casa pero hemos bebido todos. Mañana será otro día —sugirió Carlos en tono cariñoso.

—Vale. —claudicó. Patricia se dirigía donde le mandaban era una muñeca de trapo.

Sandra la ayudó a desnudarse, la dejó un pijama y la acostó en un sofá que tenía en la habitación que utilizaba para la plancha. Allí descansaría.

Por la mañana Carlos llamó al trabajo de Patricia para decirles que no iría a trabajar, no estaba en condiciones.

Sandra tenía que ir a trabajar también así que antes de irse le dejó una nota:

«Patricia nos hemos ido a trabajar, estás en tu casa. Carlos ha avisado de que estabas indispuesta en el trabajo. Luego te llamo. Sandra».

Cuando Patricia despertó eran más de las once y tenía un dolor de cabeza infernal que no la dejaba pensar con claridad, ¿dónde estaba? ¿Qué hacía allí?

—¡Mierda! —dijo cuando fue consciente de todo.

Se dio una ducha, ordenó la habitación, tomó un café bien cargado y se fue a casa. Una vez allí intentó poner en claro lo que había pasado. Sabía que había hablado con Mikel, pero no era consciente de lo que le había dicho. El día lo pasó dormitando en el sofá. Toñi la asistenta estaba aún de vacaciones, suerte para ella, así no tendría que explicarle o inventar algo.

Recibió llamada de Carlos y Sandra preocupándose por ella. Quedaron en que irían a visitarla cuando salieran de trabajar. Por la tarde se echó la siesta hasta que le sonó el móvil. Le dio un vuelco el estómago cuando vio en la pantalla el nombre de Mikel.

—Buenas tardes —dijo con voz varonil.

—Hola, Mikel.

—Hola, Patricia, ¿cómo estás? —preguntó con la voz profunda de siempre.

—Mucho mejor ya, aunque hay cosas de las que no me acuerdo —admitió avergonzada y en voz baja.

—Agarraste una buena —confirmó él de mejor humor que ella.

—Sí, no suelo beber y ayer me pasé —le contestó.

—Ya entiendo —dijo mientras caminaba de lado a lado de su despacho.

—¿Quieres quedar? Y hablamos —sugirió Patricia aprovechando la coyuntura.

—No, tengo que salir para Bilbao ahora —negó el vasco.

—¿Pasa algo? —preguntó alarmada Patricia que ya había despertado de su somnolencia.

—No, un asunto familiar —explicó.

—Tu madre ¿está bien? —preguntó ella ante la poca información que obtenía.

—Sí, no se aún de qué se trata. El lunes cuando vuelva hablamos. —De la manera que Mikel dijo aquello no admitía réplica.

—Vale, como quieras —aceptó resignada, no podía hacer más.

—Adiós, Patricia.

—Adiós, Mikel.

Patricia cerró los ojos y pensó en él. En todo, su cuerpo, sus manos, su cara, su boca y de esa manera se quedó dormida otra vez.

El fin de semana lo pasó acompañada de Carlos y Sandra que no la dejaban ni a sol ni a sombra. La veían mal y la compañía le hacía mucho bien.

El fin de semana de Mikel sería muy distinto. El viernes llegó tarde a Bilbao, al día siguiente tenía comida donde Castellana, no sabía de qué se trataba, podría ser una de las innumerables reuniones familiares que le gustaba celebrar a su madre, por lo que no le daba demasiada importancia, nada fuera de lo normal. Fue puntual como siempre, allí estaba Arantxa, su madre y Estíbaliz. Ni rastro de sus ex suegros ni de Aitor y Nagore que seguían de vacaciones.

Se sentaron a la mesa, como siempre Castellana había preparado comida deliciosa. De vez en cuando Arantxa le tiraba indirectas muy directas a Estíbaliz pero nada fuera de lo común, como «¿De cuánto estás?», «¿Cuándo os divorciasteis?», cosas así. Mikel miraba a su hermana reprochándole su comportamiento sin hablar. Desde la conversación telefónica que tuvieron no habían vuelto a hablar de otra cosa que no fuera trabajo. Mikel miraba a su madre que estaba más seria de lo normal. Estíbaliz, hablaba de cosas que a nadie le interesaban.

—¿Qué tal te encuentras, Estíbaliz? —preguntó Arantxa.

—Muy bien, voy engordando, pero bien —dijo con su voz aguda.

—Ya veo ya, ¿y has pensado en cómo lo vais a llamar? —se interesó.

—¡Ay qué ilusión! ¡Miky no hemos hablado de esto! —respondió girándose para mirar al supuesto padre de su hijo—. pero si es niño me gustaría que se llamara como su padre —dijo resuelta.

—Ah, entonces se llamará Igor, ¿no? —espetó Arantxa que había llevado a esa arpa hasta su terreno, en realidad era fácil hacerlo, era tan predecible.

Estíbaliz se atragantó cuando oyó ese nombre. Castellana estaba con semblante serio pero no decía nada.

—¡Qué bobadas dices Arantxa! El padre es Miky —contestó atropelladamente.

En ese momento Castellana tomó la palabra. Muy seriamente empezó a hablar.

—No mientas, Estíbaliz, el padre es Igor, un vigilante de seguridad de una discoteca, ¿me equivoco? —confirmó con el semblante serio, apretaba los puños que estrujaban la servilleta de hilo haciéndola desaparecer entre sus manos.

—Pe... pe..., pero qué tonterías dices, Castellana —decía titubeante.

—Tontería ninguna. Además él lo sabe y se ha desentendido del tema —prosiguió firme la madre de su ex marido.

—¡Eso es mentira! —gritó histérica—. ¡Estáis las dos en mi contra! Os lo habéis inventado —chillaba fuera de sí.

La cara de Estíbaliz y de Mikel iba cambiando por momentos. La de Estíbaliz de alegría a asombro y la de Mikel iba cambiando del asombro a la furia más absoluta, los puños los tenía apretados y los músculos en tensión, sobre todo los de su mandíbula que amenazaban con romperse por la presión a la que estaban sometidos.

—¿Qué significa esto? —preguntó furioso.

—Lo que oyes, hermanito, que tu ex, porque es tu ex —enfaticó Arantxa para que Mikel reaccionara—, te la ha pegado con un segurata con antecedentes, que él lo sabe y ha pasado de ella y sabes ¿por qué? —preguntó dejando unos segundos para la reflexión—, porque dice que a saber con cuantos más habrá estado. Dice que él no ha sido el único, que se ha tirado a medio Bilbao —masculló Arantxa convencida de lo que decía.

Indagando había obtenido mucha información de su querida ex cuñada.

—¡Miky!, ¡Miky!, ¡Miky!, no la creas —pidió apresuradamente Estíbaliz, agarrando a Mikel por el brazo para captar su atención y desviarla de lo que decía Arantxa—. Yo te quiero —aseguró nerviosísima—. Me va a dar un ataque de ansiedad —decía abanicándose con la mano en un gesto teatral—, esto no es bueno para el bebé —proseguía intentando desviar la atención de todos.

—Lo siento, hijo —dijo Castellana, viendo la decepción en la cara de su hijo.

—¿Nos podéis dejar solos? Por favor —pidió con voz profunda.

—Por supuesto —contestó Arantxa levantándose y llevándose a su madre.

Cuando la puerta se cerró, los gritos de rabia de Mikel se mezclaban con los chillidos y sollozos de Estíbaliz. No podían oír mucho pero la discusión fue muy fuerte. A los diez minutos Estíbaliz salía de la casa de los Arriaga Fernández gesticulando y chillando.

—¡Sois unas zorras! —Arantxa se encendió y le contestó fuera de sí.

—A mí llámame lo que quieras, pero a mi madre, ¡un respeto! —la advirtió levantando el dedo de forma amenazante—. Y que sepas que la única zorra que hay aquí ¡eres tú! ¡Vete!

Tras Estíbaliz salió Mikel. Su madre y su hermana no pudieron retenerlo, se marchó dando un portazo.

Durante todo el fin de semana ni Castellana ni Arantxa supieron nada de Mikel, le llamaban al móvil, hablaron con sus amigos, fueron a su casa y nada. A eso de las siete de la tarde del domingo apareció con aspecto desastroso en casa de su madre. Pelo alborotado, la media barba muy descuidada, ropa arrugada y unas ojeras enormes.

—Hijo, ¡por fin! —dijo Castellana acercándose y abrazándole.

—Estoy bien Castellana —confirmó él.

—¡Hermanito! — Arantxa gritó y corrió a abrazarlo.

—Me voy a Madrid, sólo venía a despedirme —dijo serio.

—Voy contigo —repuso Castellana.

—¡Y yo también! —confirmó Arantxa apuntándose.

—¡Ni hablar! —dijo Mikel.

—He dicho que voy contigo y voy —reiteró su madre muy seria.

—Yo también, además no estás en condiciones de conducir —añadió Arantxa que veía a su hermano derrotado.

Mikel no quería discutir, estaba agotado. La encerrona que habían tramado su madre y su hermana a Estíbaliz y cómo lo había reconocido había provocado en él decepción, enfado, ira, desencanto, todos los adjetivos existentes que pudieran definir su estado emocional.

—En diez minutos estamos listas —dijo Arantxa—. Yo conduzco, estás agotado.

—Como quieras —aceptó él..

En cuanto recorrieron unos kilómetros Mikel se durmió exhausto. Llegaron a Madrid entrada la noche.

*E*l lunes Patricia se despertó con energía renovada. Estaba ilusionada, por fin quedaría con Mikel para explicarle por qué no había llegado a contarle lo de sus hijos. Primero por protegerlos, segundo para no asustarlo, bastante le había contado ya y por último para no demostrarle que ella tenía lo que él tanto anhelaba. Podría resolver aquel malentendido e intentar arreglar lo suyo.

Estaba radiante y como una quinceañera esperando la llamada de su noviete. Lo primero que hizo fue ir al despacho de Alicia y disculparse por la actitud del viernes y de los días anteriores. Alicia la comprendió aunque le reprochó su falta de profesionalidad. Patricia aceptó la reprimenda, su jefa tenía razón. A eso de las once le llamó.

—Hola, Mikel —dijo Patricia con voz cantarina.

—Hola, Patricia —la voz de Mikel era oscura, profunda, mucho más que otras veces.

—¿Quieres que quedemos y hablamos? —preguntó Patricia, parecía un disco rayado.

—No. Mejor no —respondió él abatido.

—¿No? Quería explicarte tranquilamente por qué no te conté lo de mis hijos —explicó ella extrañada ante el cambio de actitud.

—Escucha, Patricia, por qué lo hiciste ya no importa ahora. El caso es que lo hiciste. En estos momentos estoy muy decepcionado y enfadado con el género femenino en general y contigo en particular. Todas las mujeres por las que siento o he sentido algo me han decepcionado y fallado de alguna manera. No estoy en condiciones ahora mismo de daros una oportunidad, sería perder el tiempo, estoy muy dolido. Así que lo mejor es que sigamos por caminos diferentes. Sé que esta no es la mejor manera de decírtelo y pensarás que soy un cobarde por no hacerlo a la cara pero créeme es mejor así. Espero que todo te vaya muy bien, Patricia, cuídate —dijo Mikel sin opción de réplica por parte de Patricia. Tras sus palabras colgó.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Patricia, cruzó los brazos sobre el escritorio de su oficina y metió la cabeza entre ellos llorando en silencio. No supo cuanto tiempo estuvo así. Cuando se recompuso un poco hizo como que trabajaba, continuaba con jornada de verano, terminó como pudo y se fue a su casa. Estuvo tirada en el sofá durante toda la tarde, buscó entres sus CDs y vinilos las canciones más románticas y tristes que encontró y lloró y lloró. Cada una de ellas le recordaba a algo de Mikel. La que repitió una y otra vez fue *Wicked game* de Chris Isaack, la voz de ese cantante le recordaba a él. Cuando se le acabaron las lágrimas llamó a Sandra, en los últimos días, se había convertido en una confidente y amiga, ella sabía casi todos los detalles de su relación con Mikel. No le contó mucho ya que apenas podía hablar, escuchaba los consejos de Sandra y sus buenas palabras. Escucharla hablar de Carlos la hacía reír, era una suerte que estuvieran juntos. Las anécdotas que le contó hicieron que se olvidara por un rato de sus propios problemas.

Llamó a sus hijos también, la reconfortaba hablar con ellos. Eran felices y estaban disfrutando, eso la hacía inmensamente feliz también a ella.

A la mañana siguiente fue a trabajar, seguía hecha polvo, pero asumió que lo suyo con Mikel no tenía arreglo. Se centró en su trabajo como cuando le ocurrió lo de Alberto, focalizar toda su energía en ello le hizo que todo fuera más llevadero. Así lo haría a partir de ese momento. A mediodía Alicia había salido a almorzar con unos clientes muy importantes, estaba ella sola. Llamaron a la puerta, Raquel su secretaria entró.

—Patricia, tienes visita.

—¿Sí?, no tengo nada en la agenda —dijo Patricia revisándola. Por un momento pensó que podría ser Mikel.

—Lo sé —confirmó la eficiente secretaria.

—¿Quién es? —preguntó curiosa.

—Dice que es Carmen Fernández —respondió la secretaria.

—No sé quién es, hazla pasar.

Patricia estaba muy extrañada, saldría de dudas al momento. Cuando Patricia vio llegar a Castellana se quedó helada.

—Hola, Patricia, hija.

—Hola, Castellana —dijo levantándose.

—Sé que no me esperabas aquí —afirmó mientras tomaba el asiento que Patricia le indicaba—. Mira hija no suelo meterme en la vida privada de mis hijos, de hecho son adultos para gestionar sus asuntos.

—Si te envía Mikel será mejor... —cortó Patricia.

Castellana no la dejó terminar. Poniendo la mano en alto continuó.

—No sabe siquiera que estoy aquí. Vengo a contarte algo. Creo que te interesa, luego tú decides.

Carmen le explicó a Patricia el episodio de la peluquería y cómo entre ella y Arantxa habían recabado más información y habían preparado la encerrona a Estíbaliz. Cuando terminó se levantó y se dirigió a la puerta.

—Espera hay alguien que quiere contarte algo más.

Patricia se puso muy nerviosa, ¿sería Mikel?, no podía ser.

Todo lo que esa mujer le había contado la había dejado alucinada, con razón Arantxa le dijo que estaba tramando algo. Castellana hizo pasar a Arantxa, la saludó cariñosamente y fue ésta la que terminó el relato contándole lo del padre del hijo de Estíbaliz y lo de sus otros *affaires* fuera del matrimonio. Mikel no soportaba la falta de honestidad, Estíbaliz le había fallado también. Cuando acabaron de contarle todo, Patricia estaba agotada psicológicamente, era mucha información en poco tiempo.

La visita de las dos mujeres la descolocó. No lo esperaba para nada, la verdad era que los tenían bien puestos, pero ¿cambiaba algo el hecho de haberse enterado de que el hijo de Estíbaliz no era de Mikel? Estaba confundida, tenía casi asumido que esa historia se había acabado. Lo

habían intentado pero, entre unas cosas y otras no lo habían hecho bien ninguno de los dos. Su orgullo por un lado, los malentendidos por otro y la falta de honestidad de ella habían condenado al fracaso aquella historia. ¿Qué iba a hacer? ¿Hablar con él? ¿Volverlo a intentar, hacer como que nada había cambiado? Estaba hecha un lío. Ya le habían dado un toque acerca de su mal carácter en los últimos tiempos, la estaba pasando factura todo este asunto. ¿Si lo zanjaban definitivamente volvería su vida a ser igual? A quién quería engañar, estaba loca por Mikel. ¿Valía la pena intentarlo?, él lo había intentado y ella lo había tratado más que mal. Necesitaba que alguien le diera una pista para poder seguir por un camino u otro.

Días antes había tenido una conversación con su suegro. Ese hombre reservado la había sorprendido acerca del conocimiento sobre el ser humano y las relaciones interpersonales. No sabía que había ocurrido pero sus palabras fueron claras y meridianas, «Quién no arriesga no gana», había sentenciado el hombre.

—Hola, Sandra —dijo Patricia.

—¿Qué tal, Patricia? —preguntó alegremente.

—Mal, ¿podemos hablar? —le pidió con voz triste.

—¡Claro, mujer! En cuanto acabe de trabajar me paso por tu casa, ¿te parece?

—Perfecto —dijo Patricia.

La mañana fue ajetreada, no sólo por la visita de Arantxa y su madre, sino por la carga de trabajo. Alicia no estuvo en toda la jornada y eso la hizo estar muy ocupada, cosa que agradeció. Por la tarde apareció Sandra en su casa.

—Hola Patricia, ¿cómo estás?

—Mírame, ¿hace falta que te diga algo? —dijo pasando sus manos desde su cara hasta sus pies.

—Ya veo —contestó Sandra preocupada.

—Ven pasa, ¿quieres tomar algo?

—Una cervecita está bien.

—De acuerdo, ponte cómoda, ahora vengo.

Salieron al jardín, Patricia llevó una bandeja con cervezas y unas patatas fritas.

—Cuéntame, Patricia, ¿qué ha pasado?

Patricia suspiró y empezó a relatarle todo. La llamada desde el baño de su casa, la del día después, la del lunes y la visita de la madre y la hermana de Mikel. Sandra asentía y escuchaba atentamente a Patricia. Cuando terminó de desahogarse, junto con alguna lágrima que otra Patricia dijo:

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte Patricia. ¿Te ha dicho en algún momento que no te quiere?

—No —confirmó ella serena.

—¿Que no le gustas?

—No —volvió a repetir.

—De hecho si no me equivoco en la conversación que tuviste con él dijo algo acerca de las mujeres por las que siento algo, o algo parecido, ¿no? —quiso confirmar Sandra.

—Sí —contestó Patricia que estaba un poco perdida con la conversación.

—Pues ahí lo tienes. Todavía siente algo por ti.

—¿Y? —dijo Patricia queriendo saber hasta donde quería llegar su amiga.

—Pues que tienes esperanza —sentenció Sandra entusiasmada agarrando las manos de su amiga —. Que aunque te haya alejado de su vida él siente algo por ti, además el hecho de que el hijo de Estíbaliz no sea suyo juega un punto a tu favor, ¿no te parece?

—No lo sé, no lo veo claro. Sé que le he fallado, él piensa que le oculté lo de los niños porque me avergüenzo de ellos o algo así, pero todo lo contrario. No me ha dejado explicarle.

—Pues visto que no quiere hablar contigo, actúa —añadió Sandra guiñándole un ojo.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Lo que te dije en su día. Rememora vuestra primera cita, pero más picante, ya sabes —dijo haciendo un gesto muy explícito.

Aquello hizo reír a Patricia a carcajadas. Si ella supiera. Le venía muy bien reír.

Sonó el teléfono de Sandra, era Carlos.

—Dile que venga a cenar —sugirió Patricia. Mientras hablaban los dos enamorados Patricia iba ideando en su cabeza un plan.

A las nueve apareció Carlos en su casa, se quedaron a cenar. Sandra le explicó por encima lo ocurrido y él estuvo de acuerdo en que la idea de volver a intentarlo era un plan muy bueno.

*D*urante los siguientes días Patricia se centró en el trabajo y en idear un plan para atraer a Mikel. Si era muy directa se olería algo y de buenas a primeras no podían cambiar las cosas radicalmente.

El jueves decidió mandarle un whatsapp: «Hola Mikel, ¿qué tal estás?, ya me he enterado de lo de Estíbaliz, lo siento mucho». A los cinco minutos contestó: «Hola. Aquí ando, digiriéndolo, no es fácil».

¡Yupiiii!, hizo la señal de la victoria, ya había picado. Por lo menos le había contestado.

«Poco a poco», contestó ella. «Gracias», fue su respuesta. Ahí acabaron sus mensajes.

Al día siguiente se la jugaría, así lo hizo. A las nueve de la mañana le envió otro mensaje, este iba a ser directo y claro. «Mañana a las 9:30 en el (S)experience, te espero». Ni un minuto después contestó: «Pensaba que no repetías». Cuando Patricia lo leyó sonrió. «Sólo repito contigo, ya lo sabes». Mikel no contestó, iba a ir al (S)experience a esperarlo, tendría que vivir con la incertidumbre hasta el día siguiente.

El día había llegado, al fin había logrado quedar con él tras varias negativas. Iba a poner toda la carne en el asador para conseguirlo, siguió el consejo de Sandra y Carlos e iba a reproducir no fielmente porque era imposible la primera noche que se conocieron.

Tenía reservado una de las suites del club, cama *King size*, *jacuzzi*, juguetes eróticos y casi cualquier cosa que pudiera necesitar. Se había preparado a conciencia para la cita, la ocasión lo merecía. Un par de días antes había ido al salón de belleza, depilación integral, limpieza de cutis, manicura, pedicura y cualquier otra cosa importante. Se había puesto un vestido ajustado negro de cuello *halter* y espalda descubierta. No podía llevar sujetador, pero la forma del vestido hacía que su pecho estuviera en su sitio. Decidió no ponerse braguitas, el vestido era ajustado, pero podía ponérselas sin que se marcaran. Decidió no hacerlo, así incrementaría más el deseo de Mikel. Sandalias espectaculares con mucho tacón y de color rojo pasión, invitaban a pecar. Cuando se miró al espejo, se gustó. No podía ir así por la calle, desde luego, pero en el (S)experience nadie se escandalizaría. En esta ocasión se había maquillado, ojos ahumados como una gata. Así se sentía, felina.

Llegó al (S)experience media hora antes de lo previsto, quería tenerlo todo bajo control y hecha la gestión de invitar a alguien para lo que tenía en mente. Se encontró con Mónica, una chica joven como ella, muy alta, delgada pero de grandes pechos, labios carnosos, morena con pelo liso en una melena Bob. Alguna vez ya había jugado con ella cuando Alberto vivía, lo pasaban bien. Se saludaron y le propuso algo, ella aceptó encantada. A Mónica le gustaban más las mujeres pero no se negaba a nada. Cuando concretaron el plan, se alejó de Patricia y fue a un lado de la sala. Patricia miró su móvil, faltaban diez minutos para la hora de la cita. Estaba muy nerviosa, aquello tenía que salir bien sí o sí, pero ¿vendría? Y si no lo hacía, todavía albergaba sus dudas.

Lo vio llegar, sintió millones de cosquillas en su estómago, le dio un vuelco el corazón cuando lo vio entrar con un traje gris marengo, camisa blanca y corbata violeta. Espectacular, su pelo algo largo y barba de tres días. ¡Dios! Pensó ¡está perfecto! Se acercó a ella decidido, la agarró de la cintura y le dio dos besos. ¡Qué bien olía! Todo era evocador, y provocador, estaba sobreexcitada.

—Buenas noches, Patricia.

Cuando oyó su voz, su sexo se contrajo.

—Hola, Mikel, ¿qué tal? —dijo ella más coqueta que nunca.

—Bien, y ¿tú?

—Encantada de verte —admitió con una sonrisa y coqueteando con su melena suelta que movía de forma sensual.— Ven —dijo Patricia—, sígueme. Esa noche ella llevaba la voz cantante.

—Vas directa al grano ¿eh? —dijo él algo sorprendido.

—Por supuesto —confirmó llevándolo de la mano tras de sí. Miró a Mónica y la guiñó, ella asintió aunque Mikel no se dio cuenta del gesto.

Entraron en la suite, tenía una iluminación tenue, estaba todo listo. Así lo había pedido Patricia. Se acercó a él insinuante y lo besó en los labios. Él se apartó.

—Creí que no besabas a tus amantes —dijo él algo descolocado. Pensaba que iba a ser una cita en la iba a haber sexo y nada más pero lo que estaba viviendo le estaba confundiendo un poco.

—Así es —susurró ella mimosa—. Tú no eres mi amante —le mantuvo la mirada.

—¿Ah, no? —preguntó Mikel que tiraba con bala.

—No —contestó rotunda—. Eres otra cosa.

—Ya, entiendo. Te veo diferente Patricia —afirmó Mikel desconcertado.

—Es la ropa y el maquillaje —confirmó ella.

—Puede ser —dijo pensativo.

Patricia se lanzó a quitarle la americana, la dejó cuidadosamente sobre la butaca y empezó a desabrocharle la camisa. El posó sus manos en sus caderas y se dejó hacer, estaba claro que se lo iba a poner difícil. Le gustaban los retos. En ese momento entró Mónica.

—Hola, Patricia —dijo ella.

Patricia se giró, saludó a Mónica y se fue a por ella, la agarró del cuello y la besó lujuriosamente. Eso sorprendió a Mikel, sin embargo el gestole excitó al instante.

Patricia era más baja que Mónica pero con aquellos zapatos eran las dos altísimas. Le gustaba lo que veía, cómo esas dos mujeres se besaban con desenfreno. Mónica acariciaba la espalda desnuda de Patricia. Se sentó en el butacón a la espera de que lo invitaran.

Aquel tórrido beso terminó.

—Dale placer Mónica —ella asintió y rauda se puso de rodillas ante él.

Mikel había imaginado una cita totalmente distinta. Patricia no dejaba de sorprenderle. Mikel colaboró bajándose los pantalones y el bóxer, ya que de cintura para arriba estaba desnudo. Mónica le asió su polla y empezó a mover la mano lentamente, sacaba su lengua y rozaba el glande con ella de vez en cuando. Lamía de arriba abajo hasta que se la introdujo todo en la boca. Mikel se recostó más y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. Había perdido de vista a Patricia, pero sólo podía centrarse en lo que esa mujer le hacía con la lengua. Notó algo tras él, era Patricia, le susurró al oído como él lo hizo el día que se conocieron:

—Disfruta, Mikel, esto es para ti, déjate llevar.

Patricia dejó de hablar, Mikel levantó la cabeza y la vio tras Mónica, se estaba desnudando, se sorprendió cuando se retiró el ceñido vestido y vio que no llevaba ropa interior y que estaba totalmente depilada. Patricia ya se había descalzado, se subió a la cama y se apoyó en el

cabecero, empezó a acariciarse los pechos. El pene de Mikel vibró dentro de la boca de Mónica al ver aquello, Patricia había captado su atención mientras otra mujer le daba placer. Cuando la vio bajar la mano hacia su sexo, separar las piernas y mostrárselo, Mikel se excitó mucho más y todo por esa nueva amante que no conocía y por lo que hacía Patricia. Se introdujo un dedo dentro de ella, lo sacó y se lo llevó a la boca. Patricia vio como Mikel abría la boca y cómo sus jadeos eran más rápidos.

—Deliciosa —dijo él con la boca seca mientras ella se relamía.

—Para Mónica —ordenó Patricia—. Dame placer a mí —volvió a ordenar.

Encantada por la petición de Patricia, Mónica se levantó, se desnudó y se puso a cuatro patas frente a Patricia. Fue directa a su sexo, Patricia ya estaba lubricada y excitada. Esos segundos hicieron que Mikel recobrar el sosiego.

—Mikel, penetra a Mónica. —Ordenó Patricia de nuevo.

En la posición en la que estaba era fácil, se puso un condón y sin prepararla ni nada se insertó en ella. Normalmente no era egoísta con sus parejas, las preparaba y las excitaba y buscaba su placer antes que el suyo propio pero en este caso no lo pensó, sólo podía mirar a Patricia. Mikel empezó sus acometidas contra Mónica, cada vez que la empujaba, hacía que ésta presionara el clítoris de Patricia. Patricia gemía de placer. Oírla encendió a Mikel, estaban conectados sin tocarse. Entre ellos había una tercera persona que les proporcionaba placer a los dos a la vez. La succión de Mónica era cada vez más fuerte, aquella mujer sabía muy bien como dar placer a otra, prosiguió con su particular comida ayudada por las embestidas de Mikel que la hacían presionar con más fuerza el sexo de Patricia, lo que provocó que se corriera en pocos minutos, verla arquearse y disfrutar, sus mejillas sonrosadas y sus gemidos hicieron que Mikel acelerara el ritmo. Mónica buscaba más profundidad, y él se enterraba cada vez más en esa mujer, siguieron las embestidas hasta que Mónica se corrió y tras ella lo hizo Mikel. Había hecho correrse a dos mujeres casi al tiempo. Cuando acabó, salió despacio de Mónica y se fue al aseo. Se deshizo del condón y se lavó la cara, al mirarse al espejo se preguntó qué le había pasado. Había sido muy brusco con Mónica, él no era así, tendría que disculparse con ella. ¿Y con Patricia? ¿Qué juego era ese?, ni siquiera la había tocado y le había encantado verla disfrutar.

Salió del baño a continuación y vio que Patricia se despedía de ella,

—Er..., lo siento —dijo Mikel titubeante — he sido muy brusco contigo.

—No te preocupes, he disfrutado mucho. Me gusta incluso más fuerte —confirmó guiñándole un ojo—. Hasta la próxima, no dudéis en llamarme —añadió a modo de despedida.

—Adiós, Mónica, un placer como siempre —dijo Patricia consciente de que Mikel la miraba expectante. Mikel espero a que se fuera,

—¿La conocías?

—Sí, alguna vez estuvo conmigo y con Alberto —confirmó Patricia.

—Ah —dijo Mikel.

Y ¿ahora qué? ¿Cómo iba a continuar la noche?, se preguntó Patricia.

—Ven —ordenó Patricia, continuaba con su misión de hacerle caer en sus redes.

—Estás muy mandona hoy, ¿no?

—Dime que no te gusta —dijo coqueteando.

—Sí, si me gusta.

Lo cierto era que la noche estaba siendo totalmente distinta a lo que había imaginado pero le encantaba.

—El *jacuzzi* está listo.

Juntos se dirigieron allí. Unos momentos de relax no venían mal. Patricia sirvió dos copas de cava bien frío y le entregó una a Mikel.

—Por nuestra última noche juntos —dijo mirándole a los ojos.

—No te quepa la menor duda —contestó él.

Ambos utilizaron las mismas frases que usaron en su día. Cuando pensaban que iba a ser la última y fue la primera de muchas más.

Tras beber, Patricia se acercó a Mikel, se puso a horcajadas sobre él y comenzó a besarle el cuello. Patricia sintió la erección de Mikel de nuevo, se levantó un poco y se fue introduciendo en él lentamente, muy lentamente, aquello era una dulce tortura. Cuando estuvo totalmente dentro de él alargó la mano y cogió la copa, le dio a beber y después bebió ella. Patricia sacó su lengua y fue recorriendo el contorno de la boca de Mikel, despacio fue introduciéndosela en la boca, Mikel tenía las manos en las caderas de ella, y comenzó a moverse. Patricia entendió que quería movimiento. De repente Mikel se apartó.

—El condón.

—No te preocupes, tomo la píldora, no te voy a engañar.

Esa frase iba directa por la encerrona de Estíbaliz, tenía que recordárselo.

Empezó a moverse, le ofreció sus pechos y Mikel los aceptó, le mordió los pezones, había una conexión directa entre los pechos de Patricia y su sexo. Mikel notaba que el sexo de Patricia empezaba a contraerse, se estaba formando un orgasmo dentro de ella. Ella aceleró el ritmo, cada vez más rápido y más profundo. Cuando Patricia se corrió lo hizo gimiendo al lado de su oído. En un susurro, nada escandaloso. Mikel ayudó en el movimiento, al estar en el agua era más fácil, una, dos, tres acometidas profundas cada vez más rápidas. Un espasmo recorrió su cuerpo y se corrió dentro de ella. El roce de piel con piel era algo muy íntimo y la conexión entre ellos era evidente. Se mantuvieron abrazados durante unos minutos, recuperando la respiración, sin decir nada, cada uno con sus pensamientos. Patricia se incorporó, se separó de Mikel y se puso frente a él en el *jacuzzi*. No hablaban, solo se miraban. Patricia pensó que su plan no había servido para nada.

—Patricia, quiero otro hombre para ti —dijo con su voz profunda.

—¿Otro? —preguntó extrañada. No sabía a qué se refería si a otro hombre en su vida u otro hombre en la cama.

—Otro hombre, los dos a la vez, ¿estás dispuesta? —le preguntó con voz tomada por el deseo.

—Si tú quieres, ¿por qué no? —dijo ella a la que el plan le estaba cambiando por completo.

—La cuestión es, ¿quieres tú? —preguntó con voz profunda.

—Por ti sí —aseguró ella sin pensárselo.

Salieron del *jacuzzi*, se secaron y se volvieron a vestir, necesitaban recuperarse un poco. Bajaron a la zona común, pidieron algo de beber y escrutaron la sala en busca de un tercero. Cuando les pusieron sus copas, Patricia se levantó y se aproximó a él. Mikel pensó que le iba a besar pero se acercó a su oído y le preguntó:

—¿Se lo está pasando bien esta noche, señor Arriaga? —y le chupó el lóbulo de la oreja. A continuación él hizo lo mismo—.

—Inmejorable señorita Muñoz.

—Todo es mejorable —contestó ella con voz melosa y rozando sus pechos contra él. Aquel juego era peligroso en muchos sentidos, se estaban retando mutuamente, calentándose para lo que iba a venir, pero había un trasfondo mucho más allá del sexo.

—Abre las piernas —ordenó Mikel. Patricia obedeció, su ceñidísimo vestido no ayudaba pero

había espacio suficiente para que recorriera el interior de sus muslos, se acercó a su sexo e introdujo un dedo en ella. Patricia suspiró—. Ya estás preparada —dijo él mirándola con deseo.

—Para ti siempre —contestó ella moviéndose despacio para buscar más profundidad ya que él no movía la mano. Ese juego les estaba encendiendo.

—¿Qué te parece aquel? —preguntó Mikel, señalando con la cabeza a un hombre con cara aniñada.

Patricia miró y aceptó. Con un gesto, lo invitó a acercarse. El hombre con paso decidido se acercó a ellos. No era muy guapo, rubio ojos claros, pero no era de esos hombres que te dejan con la boca abierta.

—Hola, soy Max —dijo presentándose.

—Hola —lo saludó Mikel.

—Yo, Patricia —dijo ella dándole dos besos.

Tomaron algo los tres juntos. Ahora fue Mikel el que tomó el control. Invitaron al hombre a su reservado, dio la mano a Patricia y Max los siguió.

—Desnúdate, Patricia —pidió Mikel exigente pero lleno de lujuria.

Así lo hizo, tenía poco que quitarse, al no llevar más que el vestido sin ropa interior era fácil. Se desnudó como le pidió y quedó frente a él. La agarró por la cintura y comenzaron a besarse.

Max se acercó por detrás de Patricia y empezó a tocarle los pechos a la vez que recorría su cuello con la lengua. Mikel la tentaba con sus dedos en su sexo. Estaba más que preparada. Patricia le agarraba con desesperación del cuello y del pelo. Cuando estuvo lista, Mikel dejó de besarla y ordenó como siempre.

—Max, tumbate

Éste así lo hizo, se recostó contra el cabecero de la cama.

—Patricia, móntale —ella obedeció tras colocarle el condón.

Detrás del cabecero de la cama había un espejo, desde él Mikel podía controlar a Patricia en todo momento. Cuando Patricia montó a Max, éste gimió, la agarró posesivamente de las caderas y besó sus pechos. Patricia empezó a cabalgarlo como lo había hecho con él en otras ocasiones. Patricia tenía los ojos cerrados, Mikel se dio cuenta al verla reflejada en el espejo.

—Patricia, mírame —le ordenó. Ella abrió los ojos de inmediato y miró al frente.

Vio a un Mikel con semblante serio. La dejó hacer, cabalgó a Max durante un rato, mientras él iba tentando el ano de Patricia. Max no era nuevo en eso y le facilitó el trabajo separando las dos partes de su culo. Introdujo un dedo en ella y Patricia se tensó, después se relajó hasta que su cuerpo se acostumbró a aquella invasión. Mikel lo movía e iba preparando su ano para su erección. Cuando consideró que estaba bien dilatada puso la cabeza de su pene en la entrada.

—Para Patricia —ella dejó de moverse, ya estaba jadeando al igual que Max. Eso alargaría más en el tiempo el placer. —Voy a ir poco a poco nena. —Mikel iba introduciéndose lentamente en ella. Cada vez estaba más apretado. Dos hombres dentro de ella. Cuando Mikel estuvo dentro del todo empezó a moverse lentamente—. Estás muy cerrada, nena. Exprímeme.

Esas palabras y la voz potente de Mikel la excitaron más aún. Juntos empezaron a coger ritmo. Estaban excitadísimos, siguieron con esa danza sensual, hasta que tras un último vistazo entre ellos se corrieron y con ellos Max. Parecía casi imposible que lo hicieran los tres a la vez pero así fue. Mikel salió de Patricia dejándola vacía y la ayudó a levantarse. Max se levantó también y fue al baño dejándolos solos.

—¿Estás bien? —dijo Mikel al verla con gesto de dolor.

—Sí, sólo un poco dolorida.

—¿Por qué no has dicho que parásemos? —preguntó Mikel molesto.

—Estoy bien, no te preocupes —repuso ella moviendo la mano para quitar hierro al asunto.

En ese momento salió Max del baño,

—¿Te tomas una copa con nosotros? —preguntó Mikel.

—No, lo siento, me están esperando, en otra ocasión.

Se despidió de Patricia con dos besos y chocó la mano con Mikel. Volvieron a estar solos.

—Ven —dijo Mikel.

La agarró de la mano y fueron al baño, se metieron en la ducha, allí la enjabonó y la acarició. No era nada sexual, la estaba cuidando, mimando. Patricia se dejaba, podía ser la última vez que se lo hiciera y quería disfrutarlo aunque después sufriera por ello. Estaba agotada. Mikel la abrazó bajo el agua caliente, más que el agua la reconfortó su abrazo.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz baja, casi más para él mismo que para que le oyera Patricia.

—Estoy cansada, Mikel —dijo Patricia en voz baja.

—No hablo de eso, Patricia —respondió con voz triste.

—Ahora tú decides, Mikel —sentenció Patricia deshaciéndose del abrazo y mirándolo a los ojos.

Cerró el grifo y le tendió la mano para salir los dos. Se fueron desnudos y mojados a la cama.

—Ahora tú decides —repitió de nuevo—. Si quieres ser feliz conmigo a tu lado y una nueva familia o quieres que los dos seamos desgraciados. —Mikel cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza.

—Patricia, esto es muy difícil para mí. Han sido muchas cosas en poco tiempo.

—No te estoy presionando, piénsalo. Yo más no te puedo decir.

—¿Te puedo confesar una cosa? —preguntó Mikel algo avergonzado.

—Dime.

Estaban los dos tumbados, Patricia sobre el pecho de Mikel y éste haciéndole círculos en la espalda. Si alguien pensaba que entre ellos no había nada al ver cómo estaban en la cama, estaban locos.

—Yo quería a ese bebé aunque todavía no hubiera nacido.

Decir aquello alivió a Mikel, necesitaba expresar en alto aquel dolor que se le había acumulado en el pecho.

—Lo sé —afirmó Patricia—. Un hijo es lo más grande que uno puede dar a otro ser que ama —admitió por primera vez haciendo alusión a sus propios hijos.

—No hubiera sido feliz con Estíbaliz. Lo hacía todo por el niño —le confesó.

—Te entiendo, Mikel. Para mí mis hijos son lo primero por encima de mis necesidades.

Ambos callaron. Patricia pensó que en ese momento acababa la cita, el sexo y la relación con Mikel definitivamente. Se incorporó pero Mikel no la dejó ir.

—¿Dónde vas? —quiso saber.

—A casa, es tarde y estoy exhausta —dijo sonriendo. Por dentro estaba destrozada.

—¿No tienes más que decir? —preguntó él.

¡Venga Patricia! se animó mentalmente, atrévete, el último cartucho.

—Sí —contestó casi en un susurro—. Yo puedo darte lo que tú necesitas.

Mikel se levantó de un salto de la cama y fue a abrazarla.

—Patricia, ¿he oído bien? —preguntó incrédulo. Casi le daba vergüenza levantar la cabeza.

—Sí —dijo convencida de que Mikel sería un padre extraordinario para sus hijos y para el que tuvieran en común si se daba el caso.

—Te quiero, Patricia, te quiero a mi lado, en mi vida, en mi día a día, con tus hijos, con los nuestros. No me abandones. Déjame quererte, por favor.

Todo eso se lo dijo mirándola a los ojos, se había desnudado ante ella, no sólo física si no emocionalmente y expresado todo lo que tenía en su interior y que hacía tiempo que necesitaba salir.

—Yo también te quiero. Tenemos un largo camino por recorrer pero lo haremos juntos. Ahora ven, hazme el amor.

Epílogo

—¡Venga chicos, mamá nos está esperando! —los animó a que aceleraran el paso.

—¡Jo Mikel! No puedo ir más rápido, —protestó Alba.

—Lo sé, es que estoy impaciente porque conozcáis a Andoni —confesó Mikel.

Mikel había ido a recoger a Alberto y a Alba a la casa de sus abuelos paternos. Durante la convalecencia de Patricia en el hospital así lo habían decidido. Tanto Fermín y Mona estaban encantados por hacerse cargo de sus nietos queridos y el trato con Mikel era cordial. Lo que anhelaban era que sus nietos y su nuera estuvieran bien, y se habían dado cuenta de que el empresario vasco era un hombre extraordinario que cuidaría de su nueva familia como si fuera la suya propia.

Mikel, Alberto y Alba entraron en casa. Se oía llorar a un niño y los hijos de Patricia soltándose de la mano Mikel acudieron hacia el lugar del que provenía ese llanto.

Patricia estaba recostada en el sofá del salón de su casa, un aroma infantil invadía toda la estancia, hablaba muy bajito diciendo palabras cariñosas al nuevo integrante de la familia. Los niños al ver a su mamá corrieron hasta donde ella estaba. Patricia alzó la vista y vio a sus hijos seguidos de un sonriente recién estrenado papá.

—¡Mami! —dijo Alberto en tono alegre.

—Hola cariño —saludó Patricia estirándose para dar un beso en la cara a su hijo mayor.

—¡Mami! —musitó Alba algo reacia a acercarse a su madre y al nuevo miembro de la familia.

—Alba, mi amor, ¿no quieres ver a tu hermano? —preguntó Patricia al ver la reticencia de su hija pequeña.

—Es un llorón, además es feo —sentenció la pequeña.

—No es feo, lo que ocurre es que aún está arrugadito, a medida que vaya creciendo ya verás como cambia —explicó Patricia en el tono más cariñoso que encontró.

—No me gusta —insistió.

—Tú también eras así cuando naciste —aseguró Patricia intentando convencer a su hija. — Mikel, cariño, si no te importa busca en ese armario un álbum de color rosa, ahí están las fotos del día que nació Alba.

Mikel solícito buscó donde señalaba Patricia. Tal y como ella había dicho encontró varios álbumes de fotos. Acercó el de color rosa a Alba que miraba curiosa. Empezó a abrir una a una las páginas y cual fue su sorpresa cuando se vio a sí misma como si fuera un clon del pequeño Andoni,

—Alba, Andoni se parece muchísimo a ti cuando eras pequeña —señaló Mikel mirando con devoción a su mujer.

—Pues, entonces yo era fea también —afirmó ella algo disgustada.

—No mi amor, eras la niña más bonita de este mundo, como lo fue Alberto y ahora Andoni — confirmó Patricia encantada de tener la familia que tenía.

Alba se quedó algo más tranquila y se atrevió a coger de la mano a su hermano pequeño. Pasaron la tarde embelesados y muy pendientes de cada gesto y ruido que emitía Andoni, de repente habían adoptado la misión de proteger a ese niño por encima de todo. Tal era así, que a veces los dos hijos mayores de Patricia peleaban por atender al pequeño. Patricia con una paciencia infinita dejaba que Alberto y Alba cogieran a Andoni. Los niños acataban las órdenes y las indicaciones de su mamá para sostener de la mejor manera al bebé. Eran muy responsables y se tomaban su faceta de hermanos mayores muy en serio.

Cuando se hizo la hora de acostarse fue Mikel el que se encargó de leer un cuento a los dos hermanos. Si iba a ser su padre debía hacer todos y cada uno de los rituales que repetía Patricia diariamente.

Cuando se durmieron fue hasta la habitación que compartía con Patricia.

—Duermen, —confirmó.

—Andoni también —dijo Patricia en un susurro mirando a la cuna que estaba pegada a la cama.

Mikel se desvistió ante la atenta mirada de ella. No veía el momento de volverse a entregar a ese hombre. Era tan sexy y varonil que era inevitable sentirse excitada. Él ajeno a los pensamientos pecaminosos de Patricia se metió en la cama y se abrazó a ella.

—Nena, estoy agotado —confesó, —pero soy el hombre más feliz del mundo —reconoció.

—Te dije que formaríamos una preciosa familia, y así ha sido —afirmó Patricia encantada.

—No descarto que la aumentemos en el futuro —bromeó.

—De eso ya hablaremos, de momento bésame, te he echado de menos.

Mikel accedió a los deseos de Patricia sellando con un beso la gran historia de amor que habían decidido emprender.

© 2020, Vega Fountain

Primera edición en este formato: febrero de 2020

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-56-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.